



## LA MALA SOMBRA

CUENTO TRISTE.



**S**e usan en el lenguaje frases muy gráficas sin duda, pero cuyo sentido metafórico es aceptado por todos sin conocer su origen, su razón de ser ni su abo-  
lengo en el idioma. ¿Por qué se dice, v. gr., del hombre desgraciado, que tiene *mala sombra*? No lo sé.

Quizás sea por esto que voy á contar.

### I.

Yo tenía un amigo que era muy desgraciado.

Todo el mundo se lo decía, y á fuerza de oírlo repetir casi llegó á creérselo.

Y digo casi, porque era hasta tal punto optimista, su alma cándida y buena se revelaba de tal modo contra la creencia de que existiese *algo* que perpétuamente le persiguiera, que envenenara su vida y se colocase siempre entre él y el más pequeño deseo que tratara de realizar, que no podía atribuir aquel tejido de contrariedades, sino á casualidades imprevistas ó á culpas propias.

Pero la desgracia era tan manifiesta, de tal modo la tenía

siempre al lado, que no le faltaba otra cosa que tomar forma sensible, para que él la viese con sus ojos y la tocara con sus manos.

Y algunas veces tomaba una forma; pero no la forma propia, odiable, burlesca, en cuyas facciones estuviese pintado el sarcasmo, la horrible satisfacción de hacer mal, sino la de los instrumentos de que se valía, es decir, de todo lo que de cerca ó de lejos rodeaba á la inocente víctima de aquella persecución encarnizada.

Aquella hada maléfica tenía burlas sangrientas, refinamientos crueles, sarcasmos horribles.

¿Veis cómo una niñera de mala intención, teniendo en la mano el juguete favorito del niño, lo levanta en el aire á medida que el pobre muchacho se empina sobre los pies, llorando y riendo á un tiempo, alegre de tener el juguete tan cerca y desesperado de no haberlo cogido todavía?

Así le sucedía á mi amigo. Corría detrás de un deseo que parecía estaba al alcance de su mano; le iba á coger y se le huía de entre los dedos; le perseguía, y aquella ilusión, imagen de esas dobles figuras que aparecen en los cuentos de hadas, que por un lado representan la felicidad y por otro la desgracia, se volvía de pronto y le azotaba el rostro con las más crueles disciplinas del dolor.

Todo se convertía en él en instrumento de la desgracia. Nadie sabía cómo se componía aquel muchacho á quien todo parecía sonreír, para quien la vida se presentaba como una senda de rosas, y á quien sin embargo todo le salía mal.

Es que su mala suerte tenía combinaciones tan ingeniosas, recursos tan originales, *efectos* tan sorprendentes, que mal año para todos los autores dramáticos y para los novelistas por entregas, que sacan una situación de debajo de las piedras y la desenlazan con más facilidad que un grano de sal se disuelve en un vaso de agua.

Aquellas aventuras trágico-burlescas, aquella fecunda *vis cómica* que la mala suerte desplegaba en él, hacía que sus amigos no pudiesen menos de morirse de risa cada vez que oían el relato de alguna de sus desventuras; le compadecían de todo corazón, y la prueba es que no había ninguno que medio aho-

gado por las carcajadas, dejase de manifestar su conmiseracion por estas elocuentes palabras :

—¡Pobre chico!

Él no se enfadaba por ésto ; muy al contrario, muchas veces se reía tambien de sus propias desgracias. ¡Tan candidote era y tan bonachon! Es verdad que se reía de muy distinto modo que sus amigos ; pero cada uno tiene su manera de reir.

Llamábase Ventura, como si por una primer burla de la suerte hubiera sido su madrina aquella que tan léjos había de estar de él toda su vida. Su madrina, su verdadera madrina, una tia suya, se murió al poco tiempo de tenerle en la pila, como si hubiera estado esperando á tener un sobrino á quien dejar su no reducida fortuna.

Entrar heredando, es entrar con buen pié por el camino de la vida, y aunque Ventura perdió á sus padres ántes de que aprendiera á llamarlos con la balbuciente charla de los niños, aquellos milloncejos podían compensarle de su orfandad.

Así fué en efecto : no se ha visto huérfano más disputado por parientes celosos de darle sus paternales cuidados, ni niño amamantado por más gigantesca pasiega, ni tierno infante que por más largas horas se haya desgañitado en hueca cuna.

Su tutor y curador, de tal modo y con tal celo se consagró al cumplimiento de su deber, que muy pronto dejó el empleo de que vivía para entregarse en cuerpo y alma al cuidado de los intereses del pupilo. Y tan bien le trataban, que cuando fué mayor de edad se encontró que su capital se había reducido hasta tal punto que sólo le quedaba una pequeña renta... en papel del Estado.

Eso sí, durante su minoría, le habían dado el decoro que convenía á su rango y su riqueza ; vivían en soberbia casa y tenían carruaje. Es verdad que él siempre iba á pié, mal vestido y peor comido, pero no conviene hacer á los niños vanidosos ; es verdad tambien que su educacion se limitaba á leer y escribir medianamente, pero no se había querido impedir el desarrollo físico con grandes trabajos de inteligencia... y respecto á cuentas, ¿ acaso el que tiene tutor debe saberlas ?

Así, pues, entró en el mundo con un capital bastante á abrigarle de las necesidades de la vida, pero que no le daba para

pan ; con talento , pero sin los más rudimentarios conocimientos ; dotado de buena naturaleza , pero falto de vigor por el sabio sistema de dieta y palos á que había estado sujeto.

Tal era Ventura.

Si yo hubiera de referir todas sus desgracias , sería el cuento de nunca acabar.

Que las mujeres le engañaron , que sus amigos le vendieron , que cada duro que prestó le conquistó un enemigo que se esforzó cuanto pudo en desacreditarle , todas estas desgracias no le distinguirían del vulgo de los hombres , ni le harían digno de tener un biógrafo.

Por esto referiré sólo los últimos acontecimientos de su vida , en los que su mala suerte intervino valiéndose de un medio muy original : de su sombra.

## II.

Si Ventura hubiera leído aquel cuento alemán que refiere las desventuras de un hombre que vendió su sombra al diablo , y hubiera adivinado cuál debía ser el fin de su vida , seguramente hubiera admirado de cuán diversos medios se vale la fortuna para los mismos fines , y seguramente también hubiera convenido en que más vale no tener sombra que tenerla mala.

Pero Ventura , ni conocía aquel cuento , en lo que no perdía mucho , ni podía adivinar su destino futuro , en lo que perdía ménos todavía.

Así , que tenía en su sombra completa confianza , considerándola incapaz de poder influir en sus destinos ni en los de nadie . Y en esto hacía muy mal ; porque además de las muchas razones que yo aduciría (pero que me guardaré muy bien de aducir) sobre la importancia de la sombra , él tenía ya motivos particulares para desconfiar de la suya.

Sí ; aquella sombra pérfida , que siempre le seguía , que se esforzaba en hacerle burla remedando todos sus movimientos , que danzaba en su alrededor , tan pronto delante , tan pronto detrás ; haciéndole ver su figura , unas veces larga larga , y estrecha como un apagaluces , otras ancha , corta y deforme como

un monstruoso enano, aquella sombra le había robado ya su primera ilusión de amor.

Aún se acordaba Ventura de aquella niña, joven, alegre, coquetuela y celosa que en los primeros años de su vida tantas noches le quitó el sueño y tantos días el apetito.

Aún conservaba en una cajita porción de flores secas, cuyo color y cuyo aroma había robado el tiempo, prendas queridas de un amor juvenil; aún miraba algunas veces aquel retrato en fotografía, cuyas tintas de color de ala de mosca dibujaban una encantadora figura engalanada con los grotescos adornos de un figurín de hacía diez años; y en sus horas de melancolía, aún hojeaba aquel paquete de cartas, cuyo perfume ya se había evaporado, páginas encantadoras del corazón de una mujer, tan llenas de pasión como faltas de ortografía.

Ventura había soñado con aquella mujer los dulces goces del hogar que no había gustado nunca, y de los que había leído tan bellas pinturas; ansiaba gozar con ella las delicias de la *eterna luna de miel* que los periódicos desean á los recién casados de cuyo matrimonio dan cuenta, y se enorgullecía de antemano de los deberes sagrados de la paternidad.

Su novia era guapa y rica, y todos los amigos exhortaban á Ventura á no demorar aquel enlace, ¡encantadores amigos dispuestos á hacer extensivos á la mujer los afectos de su amistad por el marido!

El asunto marchaba como sobre ruedas, cuando el padre de la niña tuvo la mala ocurrencia de venir de América, donde se hallaba, y de donde trajo la resolución de que siendo su hija rica, no debía casarse sino con quien tuviese un par de millones como él, adquiridos—como él los había adquirido—vendiendo zapatillas morunas á los habitantes del Nuevo Mundo; únicos seres (los que tal habían hecho) dignos de su consideración.

La felicidad de Ventura se nubló, pero el amor de ambos jóvenes se rebeló contra la tiranía paterna, y sus relaciones continuaron. A todo estaban decididos, pero no contaban con la *sombra*.

Llegó el verano, y Ventura siguió á su novia á una estación balnearia, donde el padre de ésta acudió á curarse dolencias

adquiridas en sus largos viajes. Mi amigo tomó el cuarto inmediato al que ocupaba su amada : ¡qué felicidad para ellos dormir bajo el mismo techo, verse todos los días en la mesa, todas las noches en el salón, y poder cambiar algunas palabras con los mil pretextos que á todas horas se les ofrecían! Además sus balcones, inmediato el uno al otro, daban sobre el jardín, y Ventura veía la sombra de su amada moverse en el cuadro de luz que se proyectaba en el enarenado paseo; y por las noches, cuando todos dormían, él se descolgaba bonitamente y tenían á la luz de las estrellas diálogos dignos de Romeo y Julieta.

Una noche, Julieta, anegada en lágrimas, puso en conocimiento de Romeo que su padre había encontrado ya lo que buscaba, es decir, un hombre, que aunque no había vendido nunca zapatillas, tenía los millones bastantes para ser digno de su mano. En vano la hija lloró, suplicó, el padre se mantuvo inflexible, como un padre de comedia, y la ordenó que se dispusiera á casarse en cuanto llegaran á Madrid, que sería muy pronto.

La consternacion de los dos amantes no tuvo límites. Confundieron sus lágrimas, y tomando por testigos al cielo y á la tierra y no sé si algo más, se juraron no prestarse nunca á tan inicuo sacrificio.

El depósito era la única salvacion, y accediendo á las súplicas de Ventura, la jóven consintió. Tanto activó aquél el asunto, que dos días despues hizo llegar á manos de la jóven un papel en que la advertía que al día siguiente iría la autoridad á constituirla en depósito.

Por la noche, Ventura estaba haciendo su maleta para partir al día siguiente ; la lámpara, colocada sobre la mesa, proyectaba una luz muy viva sobre el jardín ; por el balcon abierto entraba el aire fresco de la noche.

Llamaron suavemente á la puerta ; un camarero se presentó anunciando que una señora preguntaba por el señorito, y poco despues una vieja se precipitaba en los brazos de mi amigo, diciendo entre sollozos :

—¡Ventura! ¡Hijo mio! ¿No te acuerdas de mí?

Ventura pudo al fin reconocer, no sin trabajo, entre los

pretenciosos adornos de aquella mujer, á la nodriza que le había criado y á la que no había visto hacía muchos años. El único recuerdo grato que conservaba de su infancia era el sincero cariño que aquella mujer le había manifestado siempre.

La abrazó, pues, con verdadera efusion, y sentándose al lado suyo aceptó las maternales caricias que su ex-nodriza le prodigó con la misma intemperancia que si aún le tuviese en la falda envuelto en los infantiles pañales; supo por ella que habiendo entrado á servir á un tendero, viejo, rico y avaro, se había dado tan buena maña, que había sabido casarse con él, y lo que es más, había sabido también enviudar, y que habiendo llegado aquel mismo día, y sabiendo casualmente que estaba allí *su niño* (que de este modo llamaba á Ventura), se había apresurado á darle un abrazo.

Ventura, que era muy bueno, tuvo una gran alegría con aquella visita, y se despidió de la nodriza con nuevos abrazos y caricias, prometiéndola escribirla.

Era muy tarde, apagó su lámpara y se acostó. Durmió mal, y muy de madrugada se puso en camino para el sitio en que debía esperar noticias de su amada. Pero esperó en vano.

Alarmado, acudió á informarse del estado en que se hallaba el expediente de depósito, y allí supo que su novia se había retractado formal y solemnemente de su solicitud.

Salió del Juzgado presa de la mayor confusion; tan abstraído iba, que no sentía que el sol de verano le daba en las espaldas. Buscaba en su imaginacion la causa de tan imprevisible cambio en aquella muchacha, y no lo hallaba; y miraba distraidamente su sombra, que con hipócrita seriedad le precedía y parecía mirarle á la cara, gozándose en su confusion y en su dolor.

Con efecto, la última noche que Ventura pasó en los baños, su novia, reclinada en su balcon, veía la sombra de él moverse en el cuadro de luz que salía de su habitacion; despues sintió abrir la puerta, le oyó hablar, y una sombra de mujer se abrazó á la otra sombra. Una mujer, cuyos agiles movimientos hacían suponer que era jóven, y demostraban que era elegante la forma de sus vestidos y las flores de su tocado, que se dibujaban en vigorosa silueta sobre la luz.

Ventura y aquella mujer se sentaron uno junto al otro, sus caricias no tenían término, y el rumor de su cariñosa conversacion llegaba hasta la jóven, que, presa de la ira y del dolor, cerró su ventana murmurando :

—¡Pérfido!

Pasó la noche llorando, y á la mañana siguiente, llorando tambien, se arrojó en los brazos de su padre y le confesó sus criminales proyectos. El padre, herido en las vivas fibras de su cariño paternal y mercantil, se conmovió mucho, la perdonó y la exhortó á contraer el enlace que él la proponía ; la jóven consintió, y pocos dias despues se casaba.

Aquella felicidad con que los autores de novelas antiguas pintaban en el epílogo el premio á la virtud de sus personajes se cumplió en ella : «fué muy feliz, y tuvo muchos hijos.»

Cuando Ventura la volvió á ver habían pasado ya muchos años ; entónces supo la mala partida que le había jugado la sombra.

Excusado es decir que la novela de sus amores no se reanudó ; tantos frutos de bendicion habían hecho ya que no quedara en aquella mujer ni siquiera una hoja seca de las flores del primer amor.

### III.

Ventura, sin embargo, vivía tranquilo ; su alma noble, incapaz de dar albergue al rencor, perdonó á su sombra.

Pero la sombra le reservaba todavía desgracias y pesares de un carácter más trágico. Estaba escrito que la vida de aquel hombre pareciese uno de esos pliegos de aleluyas dibujados en siluetas negras sobre fondo claro, ó pudiese servir de asunto á una coleccion de cristales para linterna mágica.

Sin embargo, vivía tranquilo.

Un dia su mala suerte se había dormido, y durante aquel sueño un ángel, bajo la forma de una mujer, se atravesó en el camino de Ventura. Mi amigo la amó con un amor más tranquilo, pero tambien mucho más profundo que el que había sentido ántes ; ni celos, ni tempestades, ni fiebres, ni insom-



nios ; era el dulce placer del alma que ha encontrado su compañera.

Ventura supo por primera vez lo que era ventura: y lo supo mucho más cuando se unió en matrimonio á aquella niña, que le daba lo que nadie le había dado en su vida, verdadero amor. Entónces la existencia tuvo para él otro aspecto, dormía tranquilo y comía con más apetito; lo que ántes le enojaba le agradaba entónces; no se fastidiaba nunca; y al experimentar cada uno de los pequeños goces de esa felicidad tranquila que es la única felicidad, se quedaba absorto como un pastor de la tierra que viene por primera vez á Madrid.

Verdaderamente era muy feliz. Su mujer era hermosa hasta enloquecer á un hombre, y sin embargo, no era coqueta. Era elegante hasta hacer volver la cara á las mujeres que se cruzaban con ella en la calle, y sin embargo, no daba á sus adornos más valor que el de lindos trapos que cuestan caros, pero que no valen lo que el más pequeño deber de la vida de familia y la más indiferente mirada de un buen marido; tenía soberbias formas, pero no la agradaba exhibirlas al desnudo en paseos ni salones; era rica, y ni estaba orgullosa de su fortuna, ni la derrochaba en frivolidades. Como se ve era el ave fénix de las mujeres; y no le parezca inverosímil al lector, he oído asegurar á personas serias que hay mujeres así.

Se amaban como dos tórtolos, con un amor digno de figurar en el teatro si hubiera sido desgraciado; dichosos los amores que no tienen historia.

Eran Adan y Eva ántes del pecado y en aquel paraíso situado en no sé qué calle de Madrid; no había serpiente; Ventura no tenía suegra.

Así pasaban los meses y los años en una luna, no de miel, no de no sé qué más dulce todavía y no tan empalagosa; no se separaban el uno del otro, y á pesar de eso, yo que los visitaba á menudo, ni una sola vez los vi bostezar.

Todas las noches al acostarse Ventura se miraba á sí mismo y se decía:

—Pero esto es imposible. ¿Cómo pueden haberse trastornado de tal modo las leyes de la naturaleza? ¿Quién puede concebir esta idea absurda? «¡Yo feliz!»

Muchas veces me decía.

—Cuando me acuerdo de lo desgraciado que he sido, puedes creer que tiemblo. Aquí hay por fuerza una equivocación; cuando la fortuna se aperciba de que he tomado lo que no es mio, toda esta felicidad tendré que pagarla en desgracias, con los intereses y las costas.

Yo me esforzaba en destruir aquel absurdo fatalismo.

—No te quepa duda, decía él, mi mala suerte duerme, ¡ay de mí cuando despierte!

Seis años llevaban de matrimonio, y su único pesar era no tener un hijo á quien rodear de aquella aureola de amor y felicidad que era la atmósfera de su vida, pues hasta esto les concedió la fortuna.

Su hada protectora oyó sus deseos y con su varita mágica agitó el seno de María (que así se llamaba la mujer de Ventura), y una voz infantil que oyó dentro de sí la dijo que iba á ser madre.

¡Qué trasportes de júbilo! ¡qué sueños para el porvenir!

La ventura de Ventura ya no tuvo límites; se le subió á la cabeza y le embriagó; más aún, estuvo á punto de volverle loco.

Ya ni aún tenía aquellos absurdos temores de que he hablado ántes.

—Sí, me dijo, Danton decía la verdad. «La mujer es la fortuna.» La mia es un ángel que ha anonadado el espíritu del mal que me perseguía. María ha pisado la cabeza de la serpiente.

Me asocié á su alegría y me comprometí á ser el padrino. ¡El vástago aún no nacido, heredaba ya la mala suerte de su papá!

#### IV.

Este fué el momento que escogió la desgracia para comenzar de nuevo á mortificar á Ventura.

Como el cazador á su presa, le acechó ocultándose, ¿dónde creereis? En el *secrétaire* de su mujer.

Sentados ámbos en grupo encantador, sobre una marquesita, cuyo tamaño les obligaba á estar muy juntos, revolvían las mil

encantadoras niñerías que tanto aman las mujeres, y que constituían el tesoro que guardaba aquel mueble.

Ventura, en una de esas indiscreciones imperdonables, tan comunes á los maridos, abrió un cajoncito que hasta entonces había estado cerrado, y entre varias cartas y papeles, halló una carterita.

—¿Qué es esto? preguntó.

—¡Ah! Su mujer se puso encarnada como una amapola; pero reponiéndose en seguida, añadió:

—Es el retrato de un primo mio. ¿No le conoces?

—No.

—Pues mírale.

—No sabía que tuvieses un primo.

—Es marino y no le veo nunca.

—Y ahora, ¿dónde está?

—Se murió el pobre.

—¿Se murió?

Ventura tuvo un verdadero disgusto, aunque se esforzó en disimular.

Sin embargo, ¿qué mujer habrá, que por virtuosa que sea, por amante de su marido, no guarde el retrato de otro hombre, si no dentro de su *secretaire*, por lo ménos dentro de su corazón? ¿No saben hasta los niños que se ama más lo que se sueña que lo que se tiene?

Pero Ventura era exclusivista, y el veneno de los celos mordió su corazón.

Le pareció inverosímil la existencia de un primo, para él desconocido, y habiendo notado en su mujer cierta vacilacion al anunciarle que aquel hombre habia muerto, se dijo:

—Ha hecho lo que los autores con un personaje que les estorba; matarle por recurso.

Sin embargo, tuvo el buen talento de disimular, y elogió mucho la gentileza de aquel primo político que se encontraba como llovido del cielo.

Pero ya no fué tan feliz. Una sombra de desconfianza (que despues del hastío es el más activo veneno del amor) se interpuso entre él y su mujer.

Algunas veces se reprochaba aquella desconfianza, porque

llevaba seis años sin separarse de María un momento, y estaba seguro de su fidelidad. Pero, ¿y aquella reserva en ocultar un retrato? Además, ¿no le había dicho que era marino? Estaría viajando, pero volvería, y entónces... Esta idea le daba frío.

Sumido en este monólogo, ni siquiera miraba el periódico que tenía en la mano. Distráidamente, sus ojos se fijaron en una punta de cigarro que alguien había arrojado debajo de una silla. ¿Quién?

Esto era lo que se preguntaba Ventura, contemplando aquel cigarro con un gesto digno de Otelo, cuando vió en manos de Casio el pañuelo de Desdémona.

Él no fumaba; su mujer odiaba el tabaco: pero, ¿se puede creer en el odio de una mujer? En su casa no había otro hombre; el lacayito era demasiado niño para fumar.

Cogió aquella punta (era de un cigarro del estanco) y la guardó en su mesa. Fué á ver á su mujer y con aparente displicencia, la preguntó.

—¿Ha venido álguien miéntras yo no he estado en casa?

—Nadie.

Ventura estuvo á punto de desmayarse.

Salió á comprar un cigarro habano, y despues se encerró en su despacho con el criado.

—Pepe, le dijo, ¿tú fumas?

—No señor.

—Haces mal; á tu edad ya debe fumar un hombre; eso da aires de valenton que agradan á las muchachas. Toma; fúmate esta breva.

—Pero, señor...

—Te lo mando; interrumpió Ventura, presentándole una cerilla.

El muchacho encendió el cigarro con una torpeza que demostraba su inocencia.

A la primer chupada, el criado comenzó á toser y á hacer arcadas tales, que se negó rotundamente á continuar. Pero Ventura, temiendo que todo aquello podía ser disimulo de un vicio que pudiera causarle un regaño, le ofreció cinco duros si llegaba hasta el fin. Animado por el interes, el pobre chico se

fumó todo el cigarro ; pero de tal modo se mareó y tan malo se puso, que hubo que llevarlo á la cama.

—¡Ah! ¡No es él! se dijo Ventura consternado.

No había duda de que un hombre había entrado allí en su ausencia.

Sobornó á la doncella de su mujer, la cual le dió, entre otras, las graves noticias de que algunas veces miéntras el señorito estaba fuera, la señora salía sola, y otras veces estaba en el balcon largo rato.

El tono con que la doncella—buena pécora que tambien se llamaba María, y que encontraba un gran placer en desacreditar á su ama—dijo ésto, y la disposicion de su propio ánimo hicieron que Ventura diese á lo que no existía proporciones colosales é interpretaciones absurdas. Para qué necesitaba más pruebas de su deshonra?

Entónces fué más desgraciado que lo había sido nunca ; como es más desgraciado el ciego que ha tenido vista que el que siempre ha sido ciego.

Su ira era tan grande como su dolor y comenzó á enflaquecer visiblemente.

—Era necesario—se decía á sí mismo.—¿Cómo era posible que yo pudiera ser feliz? Mi única felicidad ¡felicidad bien triste! ha sido tener una venda sobre los ojos.

Su mujer seguía siendo para él tan buena, tan cariñosa, más cariñosa que ántes porque le veía triste y le creía enfermo.

Aquellas caricias le irritaban y le afligían.

—¡Infame!—decía para sí—todas las mujeres son comediantas por instinto.

Ella se esforzaba por alegrarle y le hablaba del niño que iba á nacer, de los mil proyectos que habían formado ambos y que ella seguía formando para el porvenir.

Entónces Ventura sentía la sangre agolparse á su garganta amenazando ahogarle, y una voz satánica decía á su oído :

—«Habeis tardado seis años en tener hijos.»

En el mundo no ha habido un celoso más loco que él.

Salía por las noches. ¿Qué marido por enamorado que esté de su mujer, á los seis años de matrimonio se está de noche en su casa? Pero en lugar de irse con sus amigos, como hacía.

antes, se apostaba en frente de su casa oculto en el quicio de una puerta, pasando revista á cuantos entraban y salían.

Naturalmente no veía nada; pero con una constancia que hubiera hecho honor á un polizonte, repetía cada noche el mismo planton por espacio de cuatro ó cinco horas. Era invierno muy crudo, llovía, nevaba, helaba; él impertérrito en su escondite. Tres catarros, una bronquitis y un reumatismo, fueron las consecuencias de aquel espionaje.

Pero la desgracia no se descuidaba.

Un día al subir la escalera de su casa, al lado de la puerta, se encontró un papel doblado. Le cogió. Era una carta abierta y sin sobre, y halló en él varias líneas escritas que decían así:

«María: Mañana sábado iré por la noche á verte, según convinimos el otro día. Entraré en tu cuarto, en el que no tendrás luz para que nadie de la casa se entere. Aguardaré para entrar á que salga el otro.

PACO.

P. D. No puedo ir á verte porque estoy de guardia.»

El papel era grosero, la letra infernal. Pero la carta no cabía duda que era para su mujer.

—«El otro,» soy yo—dijo Ventura con ira reconcentrada.

## V.

Era sábado, el día mismo de la cita, y Ventura entró en su casa en un estado difícil de describir. Su mujer estaba más alegre, más cariñosa que nunca.

Se acercaba el día feliz, después más, y aquella esperanza risueña que alegraba su vida se convertiría en una realidad; y entre los encajes de aquella cunita preparada de antemano, asomaría la cabecita de un niño.

Ventura interpretó á su manera aquella alegría de madre, la más santa alegría de la tierra.

Cuando llegó la noche se sentó en su sillón después de comer, y su angustia era tal que no tenía valor para moverse de allí.

—¿No sales? le dijo su mujer.

Aquella frase le estremeció.

Para gozarse en su propio dolor rehusó salir, se confesó á sí mismo culpable de dejarla sola todas las noches, la dijo que debía aburrirse mucho miéntras él se divertía y que esto algunas veces le causaba remordimientos.

Ella, riéndose, le manifestó su extrañeza por aquella resolución repentina; protestó de que no se aburría lo más mínimo; adujo todas las razones posibles para demostrar que todos los hombres pasaban las primeras horas de la noche fuera de su casa.

—Ademas, le dijo, has estado triste y de mal humor todo el dia; esta noche ménos que nunca te conviene quedarte en casa. Vete, esto te distraerá.

El insistió en quedarse con aire galante.

—Nó, le dijo ella; hazlo por mí si es necesario, lo exijo. Los hombres os aburrís mucho entre estas cuatro paredes, y tu mal humor tomaría proporciones terribles.

Lo que pasaría en el ánimo de Ventura ante esta insistencia de su mujer por quedarse sola queda á la consideracion de cualquier marido celoso.

Coge el sombrero y la capa y despidiéndose de su mujer se dirige hácia la puerta de la escalera; su mujer ha vuelto á entrar en el gabinete y Ventura, como los personajes de las comedias hace *que se va y vuelve*; cierra la puerta de la escalera de golpe, y quedándose dentro y á oscuras, lentamente se dirige al gabinete de su mujer.

¡Qué angustia, qué horrible angustia le oprimió al entrar allí! ¡Qué feliz había sido en aquel pequeño recinto que entonces iba á ser teatro de no sé qué espantoso drama! ¡Cuántos dias había sido el único horizonte de su vida aquel gabinete en que él mismo iba á ver aquella noche el calvario de su honra!

Buscó donde ocultarse y ningun sitio le pareció mejor que el balcon. Las colgaduras de tapicería le ocultaban; la cortina de tul bordada de flores le permitían ver sin ser visto.

A pesar del frio intenso de aquella noche de Enero se ahogaba. Abrió una vidriera para respirar. La noche era muy oscura; los faroles lejanos daban su luz oblicuamente al balcon, las tinieblas envolvían á Ventura completamente.

Era víspera de Reyes y turbas bulliciosas recorrían las calles. Las antorchas esparcían su luz rojiza alrededor de hombres ébrios; las voces avinadas se mezclaban al estrépito de los calderos que arrastraban por el pavimento.

Ventura oyó dar en los relojes vecinos una tras otra las horas que median desde las nueve á las once. Su angustia crecía á cada momento.

Por fin sintió pasos; la puerta del gabinete se abrió y vió entrar á su mujer.

Apénas entró, apagó la bujía que tenía en la mano. Después se quedó inmóvil como esperando.

Ventura apretó el revólver que imprudentemente se había echado en el bolsillo. Sus sienes latían como si tuviese en ellas una banda de tambores tocando llamada y tropa.

María había pasado la noche haciendo una camisita para su hijo con el mismo placer y la misma formalidad con que una niña cose la ropita de sus muñecas. Es verdad que no se aburría y aquellas horas fueron para ella soplos. A las once el encajito con que adornaba aquella camisita diminuta faltó; y como las cosas más pequeñas son las que deciden de nuestra vida, se levantó para ir á buscar á su gabinete otra pieza de encaje igual.

Encendió una bujía y atravesó la sala. En aquel momento una turba ruidosa pasaba por la calle. Abrió la puerta, y al entrar, una corriente de aire que penetraba por el balcon abierto apagó la luz. A oscuras miró á su alrededor, y la pareció ver á la luz confusa y rojiza de las hachas de viento la sombra de un hombre en el balcon.

Su miedo fué tanto, que ni áun pudo gritar. Las luces pasaron y todo quedó á oscuras. Sin embargo, el susto la retuvo allí; uno ó dos hombres rezagados del grupo que iba á esperar á los reyes pasaron un momento después, y entónces no hubo duda, una sombra gigantesca extraña se agitó en el balcon. La luz vacilante de las antorchas la prestaba movimientos pavorosos. Tocaba con la espalda al techo y se encorvaba hácia ella. Aquel resplandor rojizo, parecido al de un incendio; aquel ruido estridente é infernal; aquellas voces enronquecidas; la noche, las tinieblas, todo la llenó de un pavor tal, que cayó al suelo dando un grito horrible.



Los criados acudieron con luces, y Ventura ya estaba al lado de su mujer, que se revolvía en el suelo presa de una convulsion fuertísima.

Todos acudieron; sólo la doncella no parecía. Ventura la llamó para que desnudara á la señora. Pero en vano; fué á su cuarto, y al abrir la puerta, se encontró con un soldado de caballería que procuraba esconderse debajo de la cama.

—¿Quién es este hombre? ¿Qué hace V. aquí?

—Es mi novio, señor, contestó María avergonzada; no me riña V.; pero me escribió ayer diciendo que hoy vendría á verme, y, como yo soy así, no he podido decirle que no.

Ventura dió un grito.

—¿Es esta la carta? dijo, sacando la que había encontrado en la escalera.

—¡Calle! ¿pues cómo la tenía el señorito?

La desesperacion de Ventura no tuvo límites.

Todos sus tormentos, todos sus celos habían tenido por origen los amores de una maritornes con un rancho.

Volvió al lado de su mujer. Esta se hallaba en la cama presa del delirio más espantoso; sus frases incoherentes denotaban el espanto que la había sobrecogido.

Quería huir de aquella sombra pavorosa que se destacaba en un fondo de sangre, que había entrado por el balcon, y por todas partes la perseguía, y Ventura comprendía demasiado que aquella sombra era la suya, aquella sombra infame que, abusando de la impunidad, tantos pesares le había causado.

El médico llegó, y apenas vió á la enferma, frunció las cejas con ese gesto friamente lúgubre que oprime tantos corazones.

El delicado estado de María, unido á la congestion cerebral que aquel susto la había producido, hacían desesperada su situacion.

En efecto, una hora despues dió á luz un niño muerto, y cuando el sol amaneció, encontró á Ventura viudo.

## VI.

Su desgracia y sus remordimientos espantaron á mi pobre amigo.

Huyó de su casa, corrió frenético sin saber á dónde iba, y cuando llegó la noche se encontró rendido y hambriento, muy léjos de Madrid, á la entrada de un monte. Se dejó caer al lado de una tapia medio derruida, pero ni el cansancio ni el hambre pudieron libertarle de esta idea horrible :

—¡Con sólo mi sombra he asesinado á mi mujer y á mi hijo!...

Yo pregunto á cualquiera : ¿qué recurso le quedaba en tal situación, sino ahorcarse? Y esto hizo.

El diablo había puesto de antemano una soga en el sitio en que se sentó Ventura. Allí había un árbol, no sé si también plantado por el diablo ; y encaramándose sobre el cascote derruido de la tapia, ató Ventura al árbol la soga y un nudo corredizo á su garganta, y después dando un salto se encontró colgado.

En aquel momento salió la luna, luna de Enero, clara y brillante que proyectó la sombra del ahorcado sobre la tapia, y aquella sombra cruel parecía mirarle con horrible complacencia, al ver realizada su obra, y remedaba las crueles contorsiones de aquella agonía, con un baile infernal, sacrílegamente burlesco, que exageraba más y más á medida que eran más convulsivos los movimientos del infeliz. Parecía un espíritu del infierno que después de haberle perseguido toda su vida celebraba el momento llegado ya en que iba á arrebatarse aquella alma.

Un guarda de campo pasó por allí, y al ver agitarse aquella sombra debajo de los árboles, no pudo menos de tener miedo.

—¿Quién va? gritó ; pero sólo le respondió el aullido de su perro, que también temía.

Entonces se echó la escopeta á la cara y disparó. La sombra desapareció ; llegó al árbol y encontró á Ventura en el suelo ; la bala había cortado la soga.

Todavía vivía.

—¡Gracias á Dios que una vez ha tenido suerte! dijeron sus amigos al saberlo.

Con efecto, sobrevivió á aquella tentativa de suicidio, pero adquirió una enfermedad de garganta que le llevó al sepulcro, despues de año y medio de penosísimos sufrimientos.

Además se había vuelto loco.

## VII.

Lector, si alguna vez durante la lectura de este cuento tan triste no has podido ménos de reir, ¿qué culpa tengo yo?

ALFREDO GONZALEZ PITT.





## FRENTE Á FRENTE.

---

En mis noches de delirio  
áun parece que te veo,  
blanca, rígida, solemne,  
y de pavor me estremezco.  
Sola, callada é inmóvil  
tendida está sobre el féretro;  
la sombra de sus pestañas  
luchando con el reflejo  
de dos cirios moribundos  
produce un extraño efecto...  
Hay algo lúgubre y frío  
en las luces de los muertos:  
el alma ya entró en la sombra,  
sólo iluminan el cuerpo.  
Yo la miraba de hinojos  
en medio del aposento.  
¡La miraba! No, mis lágrimas  
formaban un denso velo  
á través del cual la veía  
como en un terrible ensueño.  
Dió un reloj dos campanadas...  
era el reloj del convento  
que tasaba nuestra dicha  
con sus sonos, otro tiempo.

Loco de dolor, sí, loco,  
alcé los brazos al cielo  
como buscando al autor  
de desastre tan inmenso.  
Y mis ojos tropezaron  
en lo más alto del lecho  
con un Cristo colosal  
grave, sombrío, severo.  
Le ví y le lancé frenética,  
dura mirada de reto,  
y así le hablé, con voz ronca,  
presa de espantoso vértigo:  
«¡ Muerta! Ella, pobre niña  
»que no cometió otro yerro  
»que el de amarme... ¿ Es el amor  
»un delito ó un precepto?  
»Puro fué su amor de vírgen...  
»Amar manda tu Evangelio....  
»¡ Y la mata tu venganza!  
»Dí... ¿ Eres tú Dios, nazareno?»  
Un helado escalofrío  
recorrió todos mis miembros.  
La muerta alzara los ojos  
mates, sin vida, siniestros,  
y con voz que resonó  
en lo interior de mi pecho  
como el postrer *De profundis*  
Dijo un *sí* lento... muy lento...  
Mientras el último cirio  
con tenue chisporroteo  
nos dejaba entre las sombras  
solos los tres y en silencio!  
Y en mis noches de delirio  
áun parece que la veo,  
blanca, rígida, solemne,  
y de pavor me estremezco.

JESUS MURUAIS.





## DE LA IGLESIA ANGLICANA

---



Al tratar aquí de las condiciones en que hoy se halla la Iglesia nacional, tal vez aquellos á quienes más particularmente me dirijo en este colegio (1), se preguntarán probablemente qué pretendo al obrar así en este instante, ó qué ventajas cabe esperar de lo que os pueda decir. Acepto de buena voluntad que se formulen tales preguntas, que encontraré muy razonables, si se me permiten, por vía de explicacion, algunas palabras preliminares.

Algunos meses ántes de que tuviesen lugar las ocurrencias de Hatcham y cuanto á las mismas se ha seguido, se me había ofrecido este honor, que no acepté sin vencer ántes muy fundadas vacilaciones y conservando siempre cierta repugnancia.

Nacían aquellas de que creo sinceramente que los miembros del colegio Sion me pueden enseñar mucho sobre esta materia ántes que poder aprender de mí cosa alguna; pues si bien es cierto que fuí invitado para hablar ó dar lecturas sobre la cuestion religiosa en Birmingham, Norwich y otros varios puntos, tales conferencias se dirigían á un auditorio popular, á quien hablaba como hombre político, y ademas, en tiempo

---

(1) Este discurso fué pronunciado en el colegio de Sion el 13 de Marzo último.

y circunstancias en que esta gran controversia atravesaba una fase muy distinta de la actual. Pero en este sitio, y teniendo que dirigirme á un concurso tan ilustrado, como que forman parte de él los representantes metropolitanos y los ministros de la Iglesia anglicana, mi empeño se hace infinitamente más arduo : de aquí, pues, mis vacilaciones y dudas.

Nacía mi repugnancia, de mi disgusto á contribuir á encrespar más las olas, promoviendo discusiones sobre asuntos tan graves, cuando parecía que ninguna necesidad obligaba á resolverlos. Sin embargo, confieso que, á principios del año último, parecióme notar signos de que había llegado la ocasión oportuna de abordarlos ; pero las mociones dirigidas á establecer la separacion de la Iglesia y el Estado, ó á provocar una reforma en este ó en otro sentido, no fueron hechas en la Cámara de los Comunes. En el otoño último, al aludir á esta cuestion en sus manifiestos al cuerpo electoral, los candidatos, aún los liberales más avanzados, la consideraron como un terreno neutral en política ; y hombres como Mr. Courtney declararon que, aunque sosteniendo en teoría la completa separacion de ambas potestades para cuando llegase la época oportuna, no percibían todavía signo alguno de que tal época hubiese llegado, y censurarían acerbamente á cualquiera que tratase de precipitar con violencias la aproximacion de ese momento. Por otra parte, la reforma más importante que puede intentarse en la Iglesia y cuyo sentido jamás ha sido bien comprendido por las clases populares, es, á saber : la subdivision de diócesis y la relativa al sueldo de los obispos sufragáneos que no tengan asiento en el Parlamento, ha hecho grandes progresos, sin encontrar casi oposicion en las asociaciones disidentes ni en la Sociedad de emancipacion. En esta reforma habría yo trabajado con buena voluntad á no haberme separado de tal propósito el comprimido descontento que comenzó á revelarse claramente en las más humildes filas de nuestro clero, sobre cuyo disgusto no me parece del todo fuera de lugar tratar en el Colegio Sion, considerando este asunto bajo su aspecto puramente láico. Estas consideraciones vencieron mi repugnancia, sin que la fantasía me hiciese esperar que precedería á este discurso el estallido de las comprimidas llamas á que he

aludido; teníamos, pues, por una parte *la union de la Iglesia* negando públicamente á la nacion el derecho de gobernar al clero, y éste declarando que «trabajaría dia y noche hasta emancipar la Iglesia de la persecucion del Estado,» y por otra la Sociedad de emancipacion, satisfecha al oir estos gritos de guerra, preparándose abiertamente para una campaña que, en su concepto, había de ser la última.

Confieso ingenuamente que de haber previsto semejante estado de cosas, habría declinado el honor de esta invitacion. El aspecto que á mis ojos presenta la cuestion es por demas triste y confuso; su resolucion por el momento tan incierta, y las fuerzas de cada partido tan poco desenvueltas, que habría esperado en silencio con mucho gusto hasta que se hubiese planteado esta gran controversia y comprender entónces qué podría decir ó hacerse respecto á las relaciones de la Iglesia con el Estado (relaciones en que se funda la vida espiritual y temporal de la nacion tal cual existe y como ha existido desde que Inglaterra es nacion) que constituyen una parte de nuestra herencia nacional, parte cuya pérdida sería más que una gran desgracia, pues que sería una desgracia irreparable.

No obstante, y una vez aquí y necesitando hablar de esta cuestion, procuraré hacerlo con la moderacion posible, satisfecho en cierto modo de que querais oir mis opiniones, expuestas francamente en este punto. Existen en nuestro país, en proporcion mayor de la que se cree por la generalidad, muchos eclesiásticos y seglares que no tienen opinion bastante pronunciada ni en pró ni en contra de partido alguno religioso; otros que carecen de tiempo y gusto para mezclarse en los ardientes bandos á quienes excitan la prensa y las asociaciones que se apellidan religiosas; y una gran mayoría que sólo desea conservar y transmitir en paz á sus hijos los ritos y costumbres cristianas, como los practicaron sus antepasados durante muchas generaciones, reformando solamente lo que exijan las necesidades de los nuevos tiempos; pero conservando esta doctrina como parte inalienable del patrimonio de todo inglés. Juzgo á esta clase más numerosa de lo que generalmente se cree, participando en esto de la opinion de un hombre que conoce muy á fondo nuestra sociedad y que se



viene ocupando de esta cuestion hace muchos años. Sería, pues, gran error suponer que esta clase numerosísima, porque no disputa ni mete ruido, se cuida poco de su religion. Pien-san muchos hoy que la gran multitud de los que siguen nues-tro culto son meramente formalistas y que soportan la religion por considerar al párroco como el mejor agente de policía, pero que están prontos á aceptar cualquier otro culto ó seguir la creencia que pudiera establecerse por las investigaciones de la ciencia ó el criticismo sobre las ruinas de lo sobrenatural y lo cristiano. Tales gentes, segun ellos, aceptan la religion sólo para que sirva de freno para mantener en órden al género hu-mano, especialmente á nuestras mujeres y á nuestros hijos. En contra de los que así opinan, nosotros (pues debo confesar que pertenezco á este número) estamos perfectamente conven-cidos de que los peligros que amenazan hoy á la religion de Jesus no son mayores que los que corrió hace ciento cincuenta años, cuando el dean Swift y otros muchos de más intelligen-cia que nuestros incrédulos contemporáneos la declararon to-talmente hundida. Tenemos fe indestructible en que la buena nueva predicada por Nuestro Señor es lo mejor que jamás haya oido el mundo : que fué Jesucristo-hombre una revelacion de Dios, el Creador del mundo, como padre nuestro, de tal vir-tud, que el hombre más humilde y pobre puede conocer á Dios bajo todos los puntos de vista que puede serle necesario tal co-nocimiento en esta vida y puede proveer á su salvacion imi-tándole ; creemos, ademas, que no habrá revelacion, aunque apareciese otra en futuros tiempos, que se imponga más á los hombres por su inenarrable profundidad, gloria y belleza, así para explicar el mundo exterior como el hombre, ya se le con-sidere en sociedad, ya como individuo. Pienso que la mayoría de los ingleses participan de esta creencia y que nuestro propó-sito debe dirigirse á propagar la idea de que siendo el Evan-gelio de Cristo el poder más grande que existe en el mundo para purificar, reformar y redimir, debemos desear que cada vez se vea más libre en su santa obra y que pueda dedicarse á tan piadosa tarea en las mejores condiciones que podamos pro-porcionarle.

Por otra parte, existen materias sobre las que se ha discutido

en Inglaterra, como nacion cristiana, y respecto á las cuales no tienen formada opinion las clases de que ántes he hablado, pues sin tiempo que dedicar á su estudio, no le juzgan ademas necesario para la salvacion de sus almas ; tales son, por ejemplo, la recta interpretacion de la Escritura, la manera de expiar los pecados, la naturaleza y efectos de los sacramentos, la justificacion, conversion y otras muchas tan debatidas en todo tiempo. Respecto á otras cuestiones religiosas, como la sucesion apostólica y los derechos que el órden sacerdotal funda en ella, su inteligencia ha sido extraviada por completo, y las creen fábulas inventadas por los hombres, tan ridículas y corruptoras para los que las enseñan como para los que las aprenden, esto es, así para los sacerdotes como para el pueblo.

Probablemente muchos de los que me oyen considerarán tal creencia demasiado vaga para que se le deba conceder valor práctico ; pero como hecho es conocido y debe ser tomado en cuenta por su estrecha relacion con la cuestion religiosa. Este hecho produce ademas la ventaja de quitar á los que en él creen toda supersticion y exagerada importancia en favor de una ú otra forma de la organizacion de la Iglesia, inclinándoles al propio tiempo á respetar y estimar la que durante muchas generaciones sucesivas ha tenido, y con la cual ha salvado la nacion sus intereses y su honra. Los que así piensan, alegan como sus principales argumentos :

Primero, la historia. En nuestros dias no puede mantenerse institucion alguna con el solo prestigio de sus antiguas glorias, sino que debemos conservar cuidadosamente los lazos que nos ligan al pasado si nuestra vida y nuestros progresos han de ser sólidos. Considerada bajo este punto de vista la Iglesia nacional ó anglicana, es sin duda la más venerable de nuestras instituciones, y está tan íntimamente unida con la existencia del país como la Monarquía ó las Cámaras del Parlamento. La última historia de la Conquista, la mejor sin duda, describe la Inglaterra de 1066 como «un país en donde la Iglesia y la nacion formaban una sola comunidad, diferenciándose sólo en el nombre ; país en que los sacerdotes y prelados estaban sujetos á la ley como otro hombre cualquiera; país en que el Rey confirió de buen grado el báculo del obispo;» y añade que «ese

país era considerado por Roma como más peligroso que una tierra de judíos ó sarracenos.»

Durante la prolongada lucha de cuatro siglos con el papado subsistió este mismo espíritu, apareciendo unidas como una sola comunidad la Iglesia y la nación durante todas las grandes crisis. Cuando Becket reclamó para el Papa el derecho de nombrar Tribunales Supremos para el clero, exceptuando á éste de obedecer á los de la nación, el Rey dió por respuesta las ordenanzas de Clarendon, que declaraban á la Iglesia parte de la nación y al clero sujeto á la ley civil, como los demás ciudadanos, ordenanzas que fueron defendidas juntamente por todos, así eclesiásticos como seculares.

Cuando el Rey, apoyado por el Papa, se negó á los ruegos de la nación, que pedía la Gran Carta, un arzobispo, Langton, se puso á la cabeza de los barones. Dos de los tres principales, á quienes el Rey Juan se vió obligado á nombrar para que redactasen aquella, eran obispos, y los nueve primeros nombres pertenecían á dignatarios de la Iglesia. Entónces, como siempre, subsistió la estrecha union de la Iglesia con la nación: unas veces mantenida por los obispos, como cuando Roberto Grostete se negó abiertamente á dar posesion á un eclesiástico nombrado por Inocencio IV para un beneficio inglés; otras por el Rey ó sus tribunales, como cuando the King's Bench (1) proscribió á los miembros de la Asamblea del clero que se hubiesen reunido sin orden del Rey, y por deferencia á una bula pontificia, exhibida por el arzobispo Winchelsea, se negó á conceder un subsidio á Eduardo I para su campaña contra los escoceses. Las leyes sobre manos muertas, provisiones, *præmunire* (2) y cuanto tendía en favor de las intrusiones de Roma sobre la Iglesia nacional, pasaron todas precediendo el asentimiento de aquella Iglesia, la cual, por sus mismas divisiones en tales crisis, probó su carácter nacional. No necesitamos seguir la historia de la Reforma acá, pues no es nuestro propósito, como una parte del clero procura, relajar la estrecha intimidad que entre ambas potestades ha exis-

---

(1) Nombre que designa uno de los principales tribunales ingleses.

(2) Palabra que designa en el foro inglés una ley penal.

tido desde entónces. Mas aún : cuando se abolió el episcopado durante el mando del Protector, salvóse el principio nacional, pues la Iglesia presbiteriana, que se estableció á la sazón, estuvo más íntimamente aliada con el Estado que su predecesora. Cromwell no pensó más que Eduardo ó Enrique en romper esta union ; lo que se propuso fué sólo imbuir en la Iglesia los principios de la más ámplia tolerancia.

Así la Iglesia ha continuado hasta nuestros tiempos, siendo en teoría, y con bastante extension en la práctica, la nacion organizada para los fines espirituales, simpatizando con ella y reflejando exactamente todos sus movimientos—perseguidora unas veces, tolerante é indiferente otras—pero, considerada en su conjunto, fiel siempre á su gran mision, y ejerciendo una influencia tan notable como purificadora sobre la conciencia y la vida de la nacion.

Si lo que dejamos expuesto acerca de la historia de la Iglesia nacional es exacto, aparece desde luego la falsedad del principal argumento que han proclamado en los últimos *meetings* los sostenedores de la *union de la Iglesia anglicana*, al afirmar que entre el Estado y la Iglesia mediaba no sé qué supuesto convenio, en virtud del cual la segunda jamás concedió al primero el derecho de intervenir en los negocios espirituales. Para que ésto fuese cierto, sería preciso que en alguna época hubiesen formado dos cuerpos distintos, condicion indispensable para que hubiesen podido celebrar ese pacto. Pero tal época jamás ha existido en Inglaterra, donde entre el Estado y la Iglesia nunca han mediado esas relaciones, ni se ha llevado á cabo ese contrato formal que alegan como argumento los sectarios de la *union*. Claro es que entre los que sirven á la Iglesia y el Estado ha podido existir en todo tiempo, como existe hoy, cierto pacto, ni más ni ménos que el que media entre el Estado y los oficiales del ejército; pero es ofrecer la cuestion bajo un punto de vista falso, presentar á la Iglesia anglicana como un Poder que ha pactado con el Estado; pudiendo, por consiguiente, cuando le parezca oportuno, anular ese pacto y quedar libre. Una Iglesia que sostuviese las pretensiones de Roma, ó formada por el arbitrio y voluntad, como la de los metodistas, si llegase á apoderarse de la nacion,

podría adoptar esa actitud y tener esas exigencias, actitud y exigencias que chocan por completo con la verdadera idea representada por nuestra Iglesia nacional, al ménos en el sentido que esas palabras han sido siempre comprendidas en Inglaterra.

Antes de abandonar el terreno de la historia, desearía recordaros que este moderno grito, que pide separar en absoluto el Estado de la Iglesia, no tiene realmente tradicion alguna en nuestro país, y ménos á contar desde el Largo Parlamento. Es cierto que en aquella célebre Asamblea se hizo una proposicion sobre este punto; pero no tuvo el menor éxito. El doctor Owen, cuñado de Cromwell y famoso ministro disidente, fué su más vigoroso adversario; y es indudable que, al combatir con solemnes y vigorosas palabras á los que sostenían que los representantes de la nacion no deben mezclarse como tales en los asuntos religiosos, interpretaba rectamente el espíritu que dominaba en la Cámara y los sentimientos generales del país. Desde entónces hasta nuestros dias nadie ha vuelto á intentar realizar ese proyecto, miéntras que podemos apoyarnos en la autoridad de los más ilustres nombres entre los disidentes, quienes han sostenido y proclamado las relaciones é íntima union que reinan entre ambas potestades. Así Mate-Henry da gracias á Dios «por los estrechos lazos que median entre nuestra religion y la paz y la libertad civil del país»; y Bunyan, Wesley, Barter deben ser contados entre los de estas mismas opiniones. Más aún: entre los jefes de los disidentes y reformadores de la última generacion, tampoco prevaleció esa teoría. Mr. Grote, su más autorizado representante en esta cuestion, aunque en el primer Parlamento Reformado defendió violentas y muy graves reformas, no llegó nunca, segun mis noticias, hasta pedir la separacion de la Iglesia y el Estado. Respecto á los que perteneciendo á la Iglesia piden ese divorcio, no necesito deciros que tales reformadores son más modernos todavía.

Por de contado, puede responderse á todos ellos, que cualquiera que sea la fuerza que se atribuya al argumento histórico, sólo es, despues de todo, una razon sentimental de escaso peso en las múltiples y variables aspiraciones de nuestro tiempo;

pero razon, que aunque fútil, debemos combatir enérgicamente, pues si treinta generaciones de ingleses, profesando el Estado la religion cristiana, han elevado la nacion al grado de bienestar y preponderancia de que disfrutamos, parece lógico pedir, á los que se afanan por cambiar esa organizacion, algunas garantías que nos convenzan de que renunciando á ese principio han de aumentar el poder y las prosperidades del país.

Aunque tambien podamos calificar de sentimental la segunda razon, alegada por los hombres á quienes aludo, en favor de esa union, tiene, á mi parecer, un lado práctico muy importante. En efecto: esa union es una constante y poderosa protesta contra los que desean y se esfuerzan por dividir la vida del hombre en dos esferas absolutamente distintas, la esfera de lo visible y la de lo invisible, ó, como se dice vulgarmente, los asuntos del siglo y los asuntos espirituales. No obstante la gran experiencia que hoy tenemos de muchas faltas, esos deseos, esos esfuerzos jamás fueron tan activos y tan intensos. Por firme que sea nuestra conviccion, por lo que nos dice la experiencia de nuestra propia vida y cuanto observamos á nuestro alrededor, de que tal separacion es imposible—pues ambos reinos lucharían más pronto ó más tarde por preponderar, cualquiera que fuesen las leyes con que tratásemos de mantenerlos en paz—la simple tentativa de realizarla será siempre una obra perjudicial, sin que se nos pueda presentar testimonio alguno en contrario; pues desde el principio de los tiempos esas esferas han estado unidas, y unidas continuarán hasta la consumacion de aquellos, en virtud de una ley á que el hombre no puede sustraerse. La union, pues, de la Iglesia con el Estado es una constante demostracion de esa ley realizada en las cumbres de la nacion, la cual necesita cumplir sus principales deberes, ni más ni menos que cualquiera de sus ciudadanos. Si hoy se lograse realizar esa separacion, su único resultado sería que más pronto ó más tarde, pero probablemente despues de graves pérdidas y una gran humillacion nacional, la ley habría de restablecerse, teniendo la nacion que volver á aceptar su deber bajo nuevas condiciones. Por tanto, aquellos en quienes el amor patrio sea más fuerte y profundo, deberán ser los primeros en

afrontar esta lucha sin renunciar á un ideal, el más elevado de la nacion, á pretexto de que ofrece graves obstáculos el conseguir su realizacion.

No cabe negar que esa pretendida separacion empujara ese ideal. El abandono de tan importantísimas funciones, ¿podría ser fácil ó conveniente? Sin que nos detengamos á considerar las diversas condiciones con que un abandono tal podría ser llevado á cabo en Inglaterra, es indudable que siempre produciría el grave mal de que los hombres de piadosos sentimientos mirarían con poco interes cuanto se refiriese á la política y á la vida pública. Bien sé que existe una escuela de políticos que exclamarán : «¡Magnífico! ¡Cuán sin obstáculos marcharían los negocios públicos con sólo que tal separacion pudiera realizarse por completo! Los que defienden la union envenenan la vida pública, por lo ménos en cuanto traen á ella dificultades por motivos religiosos. La conciencia religiosa del Estado es incompatible con su grandeza y prosperidad.» Y sin embargo, yo me atrevo á decir, por la experiencia que tengo de la vida en Inglaterra, que la verdad es precisamente lo contrario : que los hombres de notorios sentimientos religiosos son nuestros mejores políticos, y que conviene en alto grado á la nacion y á su prosperidad que ellos no abandonen la gestion de los asuntos públicos. Esto no es fácil ahora, y ménos lo será en adelante, pues que se declara para lo futuro la ninguna intervencion del Estado en los asuntos religiosos. En cuanto á los emancipadores, si replicasen que no es su propósito llegar á tal resultado, ni esperan que lo produzca una vez realizada la separacion, yo, á mi vez, les preguntaría ¿cómo harán ustedes para evitarlo? ¿Con qué mecanismo sustituiréis las instituciones actuales para que la inspeccion sobre las cosas de la Iglesia se realice con menores inconvenientes?

Repito, pues, que todo inglés adquiere, desde el punto en que nace, como una especie de herencia religiosa. Si se marcha de aquí y se establece en la más insignificante aldea de la más distante de nuestras islas, allí se encontrará con un culto público organizado para él y su familia, con un empleado que representa la nacion y con todo el indispensable mecanismo para que pueda disfrutar de los bienes que procura á todos el

Estado y de los consuelos religiosos. Esto, digo, forma parte de su patrimonio como del mio, como del de todo inglés, en el año que corre de 1877. Y tengo derecho á todas esas cosas y las reclamo, no en virtud de mis particulares opiniones religiosas, sino por mi sola calidad de inglés: y si mi pobreza no me permitiese pagar los tributos establecidos para sostenerlas, aún en este caso me asistiría un perfecto derecho para reclamarlas.

Por lo demas, ésta, que llamo parte de nuestro patrimonio, nunca puede convertirse en molesta carga, entre varias razones, por la muy sencilla de que podemos renunciar á ella cuando queramos. Si en nuestro corazon no sentimos la necesidad de adorar á Dios ó la de que se nos bautice, case, entierre, consuele, socorra (ni echamos de ménos nada de esto para nuestras esposas é hijos), nadie por fuerza nos compelerá á practicarlo. Por tanto, es difícil comprender en qué puedan molestar estas cosas ni á nosotros ni á nuestras familias, ni á persona alguna. Por el contrario, los que proclaman la union de ambas potestades, como más ventajosa para la vida nacional, tienen para proceder así otra razon, y es, que el principio sobre que descansa la Iglesia nacional es esencialmente conjuntivo. En efecto, todo inglés desde el nacer forma parte de ella, en cuyo estado continúa, hasta que la abandone por un acto suyo, de su propio y libre albedrío, mientras que el principio, que sirve de base á todas las Iglesias voluntarias, es por su naturaleza disyuntivo, puesto que constituye una seccion agrupada fuera de la creencia general, y en la que ningun inglés puede ingresar sino empleando el mismo procedimiento que para abandonar la en que nació, esto es, realizando un esfuerzo de su voluntad. Síguese de aquí, y es ademas un hecho, que la Iglesia nacional es la más liberal por su espíritu, pues que su misma naturaleza y organizacion la llevan á protestar contra el espíritu de secta, contra el espíritu de division, pudiéndose afirmar, que si alguna vez no ha opuesto esa protesta, se ha separado de su verdadero espíritu. Las grandes divergencias de opinion permitidas dentro de sus filas y citadas con aire de triunfo por algunos para probar su debilidad, nos parecen á nosotros, por el contrario, inequívocos signos de su robustez.



Es igualmente cierto que la Iglesia nacional posee la única organización apropiada para llevar el Evangelio hasta las clases más ínfimas, que son precisamente las que más necesitan sus luminosos consuelos y que se encuentran al mismo tiempo por su pobreza imposibilitadas de costear ningún culto: las Iglesias voluntarias, todos sabéis que no pueden vivir en los distritos muy pobres, sino en los que las costean, á los cuales limitan sus servicios.

Por último, la Iglesia nacional se adapta mejor que otra alguna á las costumbres y circunstancias del pueblo inglés, como lo prueba que todas las voluntarias la imitan cada día más usando su liturgia, copiando su arquitectura y su música, hasta el punto de que es muy difícil, al pasar por delante de un templo, decir si pertenece á la nacional ó á alguna de las disidentes; sus ministros han adoptado asimismo los títulos que siempre usaron los individuos del clero nacional.

He necesitado extenderme un tanto, aunque confío no haberos molestado, describiendo la situación de ánimo en que se halla una gran parte del clero respecto á estos asuntos. Ahora bien, si hay alguna verdad en el cuadro que os he trazado, si no sueño al afirmar que tal clase de hombres es numerosísima en Inglaterra, pediría á los eclesiásticos aquí presentes que procuraran ponerse en el lugar de esa clase, y consideraran, desde ese punto de vista, los acontecimientos ocurridos en los últimos meses en el seno de la Iglesia y la posición y lenguaje adoptados por una parte del clero. Y digo *una parte del clero*; no porque niegue yo que bastantes seglares la apoyan y siguen, sino porque, naturalmente, éstos nada significarían sin aquella: por tanto, la responsabilidad del actual estado de cosas, bueno ó malo, pesa y debe pesar ciertamente sobre una parte del clero nacional.

Ellos, en estos mismos instantes, infringen á sabiendas la ley, y, lo que más debe asombrarnos, son aplaudidos y alentados en su obra, no solamente por los periódicos y asociaciones de sus ideas, sino por un considerable número de sus hermanos, á quienes siempre hemos considerado, aunque disintiendo de sus opiniones, con el respeto que merecen hombres fieles y honrados. Es cierto que no llegan hasta convenir en

todo con los más exagerados ritualistas, pero les ayudan abiertamente, calurosamente, bajo pretexto de que sufren por motivos de conciencia. En cuanto al pretexto, pase (admitamos que hagan de estas cuestiones asuntos de conciencia), pero nuestra calidad de ingleses nos da derecho á preguntar qué especie de conciencia es esa que se pretende imponernos ó imponer á la nacion. ¡Pobre conciencia! ¡Qué lastimoso empleo se hace de tan sagrada palabra! El estólido campesino de Essex, por ejemplo, deja morir á su hijo por no permitirle tomar medicinas, y se cree á sí propio sufriendo por motivos de conciencia, porque se le obliga á responder de aquella inocente vida en presencia del magistrado. Pues ese campesino casi tiene razon si se le compara con los mártires ritualistas, á quienes no deseo ofender con amargas censuras; pero al ménos séame lícito decir, que los hombres que pueden considerar como casos de conciencia trivialidades tales como el corte ó color de las vestiduras, el modo de quemarse los cirios ó el incienso, y por defender tales nimiedades, osan desafiar á la autoridad é infringir la ley de su país, no merecen que se les confíe la direccion espiritual de una parte de nuestro pueblo. Esta nacion tiene aún que realizar una grande obra en el mundo, para la cual necesita de hijos cuyas conciencias estén formadas justamente por principios opuestos á éstos; conciencias sencillas, varoniles, obedientes, cualidades que los hombres á quienes aludo procuran extinguir con sus ejemplos y predicaciones. Mucho nos repugna esta deduccion, pero es inútil tratemos de vendar nuestros ojos para no percibir su verdadero sentido. Puesto que se han propuesto medir sus fuerzas con las de la nacion y rechazar toda autoridad civil y desobedecer y desafiar á sus superiores en el órden espiritual, habrán de sufrir las consecuencias que tales actos engendran, siendo la primera ciertamente privarles de administrar la Iglesia nacional, cuya destruccion han procurado por cuantos medios les ha sido posible.

Si se tratase sólo de tales hombres, no sería grande nuestra ansiedad; pero como dejamos dicho, en algunas ocasiones han sido apoyados, cual aconteció en los sucesos de Hatcham, por muchos de los más altos dignatarios de la Iglesia, dignatarios á quienes debemos seria consideracion. He oido á algunos de

mis mismos amigos hablar de esos hombres, presentándoles como mártires y repitiendo los clamores de la prensa que se llama á sí propia religiosa, clamores como éstos: «La intervencion del Estado en la Iglesia, ha aumentado, está aumentando cada dia, y es preciso disminuirla.» Siempre había yo comprendido que la palabra *mártir* designaba al que se sacrifica voluntariamente por su fe, y es abusar de una palabra casi sagrada aplicarla á los que padecen, lo que es posible padecer hoy en Inglaterra, cualquiera que sea la opinion que se profese, ya sobre las actitudes del cuerpo ó el corte ó color de las vestiduras que se han venido usando en los templos desde la época de Eduardo VI. Y respecto á que haya aumentado la intervencion del Estado es completamente falso á ménos que se aluda al aumento de las ofensas contra la ley, ofensas que han obligado á reforzarla á los que rigen la Iglesia, por más que lo hayan hecho con marcada repugnancia.

Sin embargo, confieso de buen grado que pueden alegar en favor de su causa argumentos más razonables. Dicen, por ejemplo, que á ellos se debe el poder regenerador infundido en la Iglesia de nuestros dias, de cuyo poder se advierten benéficas muestras por todo el país, ya por las restauraciones de templos y catedrales, por la frecuencia con que se repiten las prácticas piadosas, y principalmente por el profundo celo excitado en favor de toda reforma filantrópica ó social, celo que ha venido á ser el signo característico y honroso de la nacion en nuestros dias. Y en cambio de tales servicios no han hallado, añaden, sino abusos, malevolencia, siendo ahora, por último, el blanco de los ataques de la nacion que les persigue á la vez en los tribunales y el Parlamento, habiéndoles inferido el mayor ultraje con el acta en que se regulariza el culto público, tiro dirigido exclusivamente contra ellos.

En la actualidad, aún los mayores adversarios del alto clero, deben tolerar estas quejas nacidas ya de su celo, ya de la obra, admirable por muchos conceptos, que vienen prosiguiendo desde que la comenzaron por las «Transacciones con los tiempos» hace cuarenta años. Por muchos conceptos han merecido bien de la patria y tienen algun fundamento para quejarse de los recelos y desconfianzas con que se les ha mi-

rado siempre, desconfianzas que por su parte no se han tomado gran trabajo por evitar. En lo que no tienen razon alguna es en acusar al poder ejecutivo ó legislativo de haberles infligido severos ó injustos tratamientos. El proceso de Mr. Beunnett prueba cuán tolerante es el espíritu en que se inspiran los tribunales; sólo cuando la ley ha sido escandalosamente infringida (como en los casos de Mr. Purchas y Mr. Tooth) se han visto obligados á reprimir á algunos de los principales promovedores de tales conflictos. Esa repugnancia que han demostrado los tribunales para intervenir en tales contiendas, es una prueba más de las ventajas que recomiendan el principio nacional, como tambien lo es la firmeza con que han mantenido su criterio de amplia tolerancia en frente de una fuerte excitacion popular.

Respecto al poder legislativo, si ha dispensado alguna acogida al grito popular, lo ha hecho sólo cuando la abierta desconfianza á la ley ha venido á convertirse en público escándalo, obligando á intervenir al Parlamento, y entónces ha dado un acta que no ha sido, á nuestro juicio, bien apreciada ni comprendida.

Séame permitido recordaros uno ó dos hechos relativos á esta acta del Parlamento. Debemos tener presente que ella emanó de la Iglesia, pues habiendo prevalecido por muchos años la costumbre hasta llegar á ser la regla, de que tales *bills* deberían ser presentados por el gobierno de acuerdo con los obispos, esos *bills* no eran medidas del gobierno. Nunca he sabido por qué esa regla fué quebrantada, pero lo fué, pues que el *bill* no fué adoptado por el gobierno segun el procedimiento que dejamos apuntado, sino cuando hubo pasado por la Cámara de los Lores y fué discutido ampliamente en tres largas sesiones por la de los Comunes.

Presentado por el arzobispo de Canterbury, le apoyaron en general todos los altos dignatarios, excepto los obispos de Lincoln y Oxford, que opusieron objeciones á algunos de sus más pequeños detalles.

Al terminar el largo y luminoso debate que sobre él tuvo lugar en la Cámara de los Comunes, el sentimiento de ésta y del país quedó tan claramente expuesto, que

á su segunda lectura había desaparecido toda oposicion.

No recuerdo cuestion que haya conmovido á la Cámara y al país más hondamente que ésta, de veinte años á esta parte. Fué ademas discutida en todo el país en los *meetings* principalmente organizados por la *Asociacion de la Iglesia* y la *Union de la Iglesia*, de cuyas corporaciones ha dicho con razon el obispo de Lichfield, que mientras no desapareciesen, la Iglesia no podría vivir en paz. Pues bien : yo pido á los hombres sensatos y honrados que se inclinan á emancipar la Iglesia de toda intervencion del Estado, que comparen los discursos pronunciados en el Parlamento y los que se dijeron por los miembros de esas corporaciones eclesiásticas durante la primavera y el verano de 1874 y que me digan despues cual yugo (pues que esta es la palabra empleada) es más llevadero y tolerable.

En cuanto al acta en sí misma, Mr. Gorchen, alto dignatario de la Iglesia, dijo con razon de ella que era una medida eficaz si el clero se prestaba á obedecerla, gravísima si le negaba su adhesion.

Por sus disposiciones, el clero de cada escuela está protegido contra toda interpretacion maliciosa ó arbitraria de la ley, por la intervencion de su jefe gerárquico en la diócesis en que ocurra una cuestion, pues no se puede incoar procedimiento alguno sin obtener la vénia de éste. El obispo viene, pues, á ser en la práctica un juez arbitral en el caso de que ambas partes le acepten y por si alguna de ellas rehusase su autoridad, se ha creado un tribunal imparcial para que falle las cuestiones.

Creo pueden abrigarse esperanzas aún de que el acta sea eficaz, pues no creo que á pesar de las punzantes alusiones de la prensa y asociaciones semi-religiosas, una corporacion compuesta de los más altos personajes de Inglaterra, persevere en esa actitud de desconfianza hácia la ley y hácia la voluntad de la nacion, claramente expresada.

El cargo tan repetido de que el acta es un arma esgrimida solamente contra una parte de la Iglesia, se presta bien á huecas declamaciones, pero no puede soportar un serio exámen. En efecto, no introduce variacion alguna en la ley, sino sólo

simplifica y abrevia los procedimientos que sirven para aplicarla. Lo que era legal tocante á la construcción y disposiciones de los edificios consagrados al culto, á las vestiduras, adornos, etc., continúa siendo legal; lo preceptuado ántes de promulgarse el acta sigue estando vigente y lo que prohibido estaba continúa igualmente prohibido.

Tampoco es razonable llamarla una espada, pues en este caso lo serían todas las leyes eficaces que contienen nuestros códigos, no existiendo ninguna de este género que no prescriba castigos para los que las infringen.

No es más justa la censura que se hace del modo prescrito para constituir el tribunal que ha de entender en estas causas, cuando las dos partes no se someten á la autoridad del obispo. Se dice que la autoridad de ese tribunal se deriva de la potestad régia rectamente ejercida *por delegacion de Dios* y no del Consejo del soberano autorizado por el Parlamento.» Pero los que hacen tal protesta saben bien que la reina no tiene autoridad para crear un tribunal en virtud de su sola supremacía y prescindiendo del concurso del Parlamento.

En suma, si se ha de conservar el órden y la ley ha de amparar á la Iglesia nacional, no es fácil encontrar un camino ó método más seguro que el seguido por el acta en cuestion para asegurar tan importantes fines.

Pero, dejando á un lado esta ley, pasemos á examinar los remedios, que para mejorar el presente estado de cosas, proponen los promovedores de esta cuestion. Estos remedios no están aún bien determinados, pues ciertamente que es muy vago decir: «que hay que trabajar dia y noche para libertar á la Iglesia del Estado perseguidor,» sin que se nos exponga claramente el *yugo* que ha de reemplazar al de la nacion. De tomar al pié de la letra las palabras de muchos de ellos, creeríamos se trataba de hacer retroceder setecientos años nuestra historia, cual si Inglaterra se encontrase otra vez frente á frente de aquellos monges que seguían á Becket en su empresa de separar al clero de la nacion, haciendo de él una casta aparte colocada sobre las leyes del país. No creo que los actuales sectarios pretendan hoy eximir al clero de responsabilidad ante la ley por las faltas que cometa en el órden civil, pero al-

gunos de entre ellos piden que en cuanto tenga conexión con el ministerio que ejercen, estén sujetos sólo á los tribunales eclesiásticos, entendiendo por tales los que tengan una especial organizacion; pues de estar constituidos segun las leyes del país y bajo la jurisdiccion del Parlamento, claro es que entónces su peticion nada tendría de extraordinaria ni áun siquiera existiría. En este caso, la cuestion quedaria reducida á nada, á una mera cuestion de nombre ó de palabras, importando poco llamasen tribunales eclesiásticos á los que entendiesen en las causas formadas al clero, con tal que esos tribunales estuviesen constituidos como marcan las leyes del Estado y sus jueces nombrados por el soberano, bajo la responsabilidad de sus ministros y sujetos á la fiscalizacion del Parlamento. Sin embargo, es fácil deducir que entienden por tal, un tribunal independiente de toda fiscalizacion del Estado, siendo el clero quien pueda nombrar y separar ó residenciar los magistrados que han de constituirle; en una palabra, una organizacion especial y puramente eclesiástica. En el propósito de Becket, que hemos recordado, había cierta firmeza y profundidad, pues que colocaba al Papa en el lugar del rey y del Consejo Real, como cabeza y fuente de autoridad para los tribunales con que pensaba sustituir á los de la nacion; pero como los ritualistas no llegan hasta ese punto, se ven reducidos ó á dejar anfibologías y exponer lo que desean con precision, diciéndonos de qué institucion ó poder hacen derivar la autoridad eclesiástica, ó á separarse de la Iglesia nacional, formando una secta particular, en la que pueden establecer la gerarquía eclesiástica que gusten y ocupar los cargos que mejor les parezcan, ya que se creen incapacitados para aceptar la más grande de las posiciones, la de meros ciudadanos, designados y pagados para servir á la nacion, cuyos hijos son, en las cosas espirituales.

Muchos altos dignatarios de la Iglesia, para vencer las actuales dificultades, proponen un temperamento mucho más razonable, que cuenta ademas con el apoyo público de un obispo. Hé aquí sus mismas palabras: «Soy de opinion, escribe el obispo de Lincoln, que convendría al bien del Estado y al de la Iglesia, se concediese más libertad y mayor autori-

dad al elemento puramente espiritual en las causas eclesiásticas, ensanchando al propio tiempo la acción de la Iglesia anglicana en sus sínodos así diocesanos como provinciales.» Y más adelante añade: «Pero jamás obtendremos semejantes beneficios resistiendo violentamente á la autoridad constitucional; por el contrario, se provocarán violentas represalias, perjudiciales por todo extremo á la causa que deseamos defender.»

Presumo que estas palabras tienden á investir la Convocacion (1) con facultades legislativas para resolver en los asuntos eclesiásticos, y, aunque deseo conceder cuanto sea posible para conseguir la paz, confieso francamente que no espero la obtengamos por este camino. La Convocacion ha estado durante algunos años discutiendo todas las cuestiones sobre que era preciso dictar leyes ó que afectan seriamente á la nacion bajo el aspecto religioso. Pero temo que los debates de ambas Cámaras no han logrado tranquilizar al país, sin duda porque denotan timidez y mezquindad de miras, y sobre todo porque no han ofrecido datos para apreciar las fuerzas que luchan hoy sobre la haz de la tierra, para resolver esta cuestion. No conozco ningun resultado verdaderamente práctico producido por la Convocacion; su reciente restauracion, el principal que ha dado ha sido persuadir á los que estiman, como es debido, el carácter nacional de nuestra Iglesia, de que no es posible sostener aquél si se confía la direccion y gobierno de ésta á una corporacion eclesiástica. Algunos podrán decirme que se trata de reformar la Convocacion admitiendo en su seno el elemento seglar; pero esto no destruye la objecion, pues los seglares que serían elegidos probablemente no representarían á la nacion, ademas de que serían impotentes para oponerse á las tendencias predominantes en aquella corporacion: que no es posible el triunfo de meros aficionados sobre hombres, que ademas de sus conocimientos profesionales, están unidos entre sí por intereses y espíritu de clase.

---

(1) Data del reinado de Enrique III la Junta ó Parlamento del estado eclesiástico, que regularizado despues bajo el cetro de Eduardo y con las modificaciones consiguientes al cisma que separó á la Gran Bretaña del gremio de la Iglesia católica, subsiste todavía en Inglaterra bajo el nombre de *Convocacion* del clero anglicano.



Ahora dos siglos la Convocacion fué una especie de cuarto estado del reino que representaba no á la iglesia nacional, sino al clero hasta en lo tocante á sus derechos y contribuciones, y sólo á petición del mismo desapareció este procedimiento, sujetándosele al general que regía para todos los ciudadanos. Desde esta época la Convocacion, en la práctica, quedó sin atribuciones, y cuando surgieron, como en 1698, las disputas entre el clero episcopal pagado por la Corona y el Jacobista, las pretensiones alegadas fueron tan exorbitantes que escandalizaron á la nacion é hicieron infructíferos sus debates; y desde 1717 hasta nuestros dias, aunque se les citó por mera fórmula, siempre fué al cabo aplazada su reunion.

A más de lo poco satisfactorias que son estas tradiciones de la Convocacion, subsiste la principal objecion contra la misma, á saber, que sujetar la Iglesia á su fiscalizacion es infringir el principio nacional, imitando lo que practican las sectas, sin obtener en cambio compensacion alguna. En efecto; la reciente experiencia ¿puede darnos razon para creer que los distintos partidos religiosos llegarían á entenderse hoy en el seno de la Convocacion mejor que en 1698?

Dar á esa corporacion las facultades que piden sus partidarios, sería en cierto modo entrar en el camino de separar á la Iglesia del Estado y, por consiguiente, nos llevaría sin remedio, como ha dicho un notable escritor, «á esa degradacion que por una ley casi universal alcanza á la religion, cuando en vez de elevarse á una forma más pura, pierde el vivificante y noble espíritu infundido en ella por el íntimo contacto con las grandes influencias históricas y seculares, que evitan la corrupcion espiritual de las comunidades meramente religiosas, á la manera que obra el aire puro al penetrar y extenderse por los senos de una atmósfera demasiado condensada.» (*El dean Stanley.*)

Así, á los que se proponen separar al clero de la Iglesia y de la nacion, les diremos que lo que necesitamos es precisamente lo contrario, esto es, que esa respetable clase se ponga en contacto más íntimo con las otras, y entónces aprenderá á sentir más y más la dignidad y nobleza que lleva en sí la calidad de ciudadano.

Es cierto gozan de una ciudadanía más alta, pero lo es sólo en el mismo sentido en que es cierto de todos sus demás hermanos seculares. Que Cristo es la sola cabeza de la Iglesia, también es cierto; pero, ¿no es Él también la sola cabeza de la nación? ¿Acaso es más visible para la Iglesia que para la nación, para el sacerdote que para el marinero? Sin duda que por Él les es transmitida su misión, pero si es necesario que por algo humano se autorice y selle esa transmisión, ¿qué sello se puede encontrar más digno y noble que el de la nación misma, en cuyo seno han nacido?

Fracasadas cuantas tentativas se han hecho para resolver esta cuestión, confieso que me preocupa su oscuridad, que va, sin embargo, desapareciendo, aunque lentamente, cada día; pero que consuela antes que afligir el ánimo, pues estas batallas y disputas son, después de todo, signos evidentes de una exuberante vitalidad. Lo que se necesita, y de seguro Inglaterra no lo necesitará ahora en vano por la primera vez, es un poco de imperio sobre sí misma, paciencia y el valor que, Dios mediante, nunca la ha faltado. Es claro que debe introducir una gran reforma en la Iglesia nacional, pero nadie duda de sus fuerzas para llevarla á cabo. Lo hecho en nuestros días, aunque no todo lo que hace falta, basta para sustraernos á todo abatimiento y abrir nuestros corazones á la esperanza.

La reorganización de la propiedad de la Iglesia, el restablecimiento de la Comisión eclesiástica, la abolición de *tests* (1), la subdivisión de las diócesis, el sueldo de los obispos que no tienen asiento en la Cámara de los Lores, la nueva organización dada á las parroquias, la revisión de la Biblia, y, por último, el acta sobre el culto público; todas estas reformas y otras muchas que podría recordar, deben animar al más tímido, pues que ellas se han realizado en una época la menos favorable para el desenvolvimiento de esta santa institución. El espíritu mercantil, con su evangelio utilitario y materialista, invadiendo todos los espíritus, ha hecho que los amigos de la Iglesia nacional no osen tocar una sola piedra del edificio por

---

(1) Ley por la cual se exigía que todo empleado hiciese un juramento contra la transustanciación, y que recibiese la comunión, según las ceremonias de la Iglesia anglicana.

temor de que se derrumbase todo él sobre sus cabezas, mientras que sus adversarios no han perdonado esfuerzo por alterar hasta sus cimientos mismos. Todo el que haya penetrado en la Cámara de los Comunes, habrá sentido, inevitablemente, el impulso de esas dos fuerzas opuestas, que trabajando en la misma dirección, tienden á equilibrarse, haciendo por todo extremo difícil el que se lleve á cabo la reforma.

¿Por qué, pues, habríamos de desesperar de conseguir los resultados que apetecemos, cuando estamos en una época en que cada día parece como que van á ménos los signos que denotan el utilitarismo ó materialismo que hasta aquí han predominado? Si de esta época, que está al terminar, la Iglesia ha salido con más vida y celo que nunca y sin haber perdido aún nada de su carácter nacional, ¿cómo podríamos temer que degenerase de aquí adelante, contradiciendo los antecedentes de su tradición y los de la historia patria? En una crisis, bajo muchos aspectos tan grave como la actual, el más sabio observador y mejor informado de los críticos extranjeros acerca de nuestras costumbres é instituciones, escribió estas palabras: «Corresponde á este país el honor de haber triunfado, en cuanto al Estado toca, en la difícil tarea de conciliar la libertad individual con la sumisión debida á la voluntad social, mientras otras naciones luchan aún por conseguirlo; y estoy persuadido de que el mismo ardiente celo y sentido práctico que ha hecho de su Constitución política un objeto de admiración para otros países, hará asimismo de su Iglesia, Dios mediante, un modelo para el mundo.» (*Principe Alberto.*)

Lleno de esa esperanza, abrigando esa creencia, me he aventurado esta noche á dirigiros la palabra. Comprendo que debo haber dicho cosas, que habrán sido oídas con disgusto y tal vez con indignación por personas á quienes individualmente y por muchas de sus obras no desearía manifestar sino respeto y gratitud. Si se contasen algunas de estas entre mis oyentes, les ruego crean que el amor hácia la Iglesia, de que todos somos miembros, tan sincero y leal como el de ellos—aunque disintiendo en la misión que á la misma imponen las circunstancias—me ha obligado á hablar con completa franqueza, sin ocultar hecho alguno y llamando á las cosas por su verdadero

nombre, tal como lo grave de los actuales tiempos lo parece exigir.

Entiendo que á nuestra Iglesia no amenaza peligro alguno que no venga de sus propios hijos, ó mejor aún, de sus ministros. El sentimiento más profundo que agita á la Cámara de los Comunes respecto á la reforma, es el de una irritada desconfianza, cuya raíz arranca del suelo político y social, y que al expresarse en la Cámara con acerba locuacidad, refleja fielmente la amargura de los sentimientos populares. Respecto á los que tratan la cuestion con más seriedad, procuran sólo, á mi juicio, persuadirse á sí propios que únicamente les mueve el mayor bien del país, y el propósito de colocar la religion en condiciones tales que pueda ayudar en su obra á la nacion. Despues de todo, lo cierto es que en el seno de la Iglesia y no en otra parte existen celo y fuego suficientes para engendrar un conflicto.

Los descontentos, ántes de avanzar más en esos nuevos y peligrosos caminos, deberían tomar en cuenta lo costosas que son para su propio partido estas disensiones. ¿Por ventura hay entre ellos quien crea, puesta la mano sobre su conciencia, que ha de mejorar la vida religiosa de la nacion porque se separe á la Iglesia de la alta tutela que sobre ella ejerce el Estado? Si hay quien pueda responder afirmativamente, inútil será que añadamos una sola palabra, pues que no es posible ni paz ni tregua entre nosotros. En el caso contrario, excepto en algun punto de poca importancia, estamos prontos á unir con ellos nuestras fuerzas, á fin de que la reforma sea lo más profunda y ámplia. No tememos poner mano en formularios, cánones, rúbricas ó liturgias, pues comprendemos que en muchos puntos se encuentran anticuados é impropios, por tanto, para satisfacer á las necesidades de nuestro tiempo. Tan pronto como el clero se halle preparado para esta reforma, que ya no es posible aplazar por mucho tiempo—aunque en la agitacion presente es difícil prever cómo y por quién será realizada—encontrará en muchos seglares eficaz y poderosa cooperacion. Por nuestra parte, sólo le pedimos que en estas grandes crisis del mundo—que con tanta propiedad llaman tiempos apocalípticos—no destroce malamente esta organizacion que per-

mite al Evangelio y las naciones vivir conjuntamente la misma vida, organizacion que con todos sus inconvenientes, es la mejor que hasta ahora ha conocido el mundo, y la única que nos da una remota idea de cómo pueden los reinos de la tierra llegar á ser, en los buenos tiempos de Dios, reinos de Nuestro Señor y de Su Cristo.

TOMÁS HUGHES.

*(Contemporary Review.)*

---

## Á UN AMIGO

### QUE ME QUIERE BIEN Y ME ACONSEJA MAL

SONETO.

Dícesme, queridísimo Isidoro,  
que escribiendo comedias á porrillo  
pudiera comer bien, vivir con brillo  
y no ser más la imágen del tesoro.

Dícesme, que mirando á mi decoro  
voy quedándome flaco y amarillo,  
que el ganar oro uno es muy sencillo...  
—Dices bien: muy sencillo es ganar oro.

Pero, en el nombre de lo más sagrado,  
tan blando sacrificio no me exijas,  
no hagas de mí un perdido que ha ganado.

Yo soy poeta y es quien tú dirijas,  
un comerciante de papel manchado,  
un padre que comercia con sus hijas.

CÁRLOS COELLO.

---



## LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA

---

### IV.

**E**n otro estudio (1) he tratado de mostrar cómo la cuestión colonial á fines del siglo pasado sirvió á la reacción inglesa para dar la batalla, y hasta cierto punto ganarla, á los partidos liberales de la Gran Bretaña. El hecho no es único en la historia : así ha sucedido en España, en Portugal y en Holanda, y se ha intentado en Francia en estos últimos cien años más de una vez ; de modo que conociendo bien el suceso y no mal aprendida la lección (perdóneseme la jactancia) he podido sonreirme tristemente de la simplicidad de aquellos liberales de mi país que hace poco tiempo creían ver en mis esfuerzos en favor de la abolición de la esclavitud y de la reforma colonial un mero empeño de localidad, un puro interés de campanario. Es probable que hoy opinen de otro modo ; aunque no me permitiría jurarlo.

Notorio es que el reinado de Jorge III (el primer descendiente de la casa de Hannover nacido en Inglaterra y en Inglaterra educado) se caracteriza por la lucha entablada por la monarquía contra el Parlamento ; ó en términos más británi-

---

(1) *La Emancipación de los Estados-Unidos de América*; artículos publicados en *El Abolicionista*.

cos y menos escandalosos: por la *prerogativa* contra los *privilegios parlamentarios*. Y como que el Parlamento es por aquella época el representante más legítimo de la libertad inglesa, puede muy bien afirmarse que aquella campaña se hace por la autoridad real contra las libertades públicas.

Una empresa de este género era literalmente imposible en Inglaterra, sobre motivos ó con pretextos puramente ingleses. Palpitante estaba la rota de Culloden (que había precedido nada más que catorce años—de 1746 á 1760—á la exaltacion de Jorge III) y los jacobistas se habían retirado de toda accion pública, llevándose al fondo de sus palacios, sus castillos y sus campos la fe en la legitimidad histórica y la tradicion monárquica de los Estuardos y los Tudor. No había, pues, términos hábiles para resucitar la causa de éstos, bajo la bandera de los Hannover de un modo franco y acentuado. Pero la cuestion de América sirvió á maravilla para que las ideas autoritarias y realistas lograran el ascendiente que deseaba el tenaz y joven monarca y á que propendían todos los intereses heridos en 1746 por la victoria del duque de Cumberland, pero consentidos y más ó menos reparados entre los pliegues complacientes de la política de los dos primeros Jorges y de los jefes de las grandes familias whigs, principalmente los Pelham.

La sustancia de la cuestion americana, era esta: ¿Puede una Cámara representativa, un Parlamento, votar impuestos y exigir su pago á los que carecen en él de representacion? Tratándose de la Gran Bretaña, ni se comprendia el tema. El gran Pitt, muchas veces lo demostró, tomando, por ejemplo, á Irlanda. Pero se trataba de las colonias, y por aquella subversion de ideas que provoca en casi todos los hombres el hábito del imperio y la conciencia exagerada de la superioridad, fué posible que este problema se plantease y se resolviese en un sentido que, como Bancroff explica perfectamente, negaba el principio mismo de la Constitucion inglesa. En efecto, el día que en Westminster se votó el bill del té, quedó consagrado en Inglaterra el principio absolutista, la negacion del régimen representativo. Y como que el Parlamento era la puerta por donde las libertades inglesas (con sus reservas é imperfecciones) habian entrado, no es de extrañar que tras aquel ata-

que á la autoridad de las legislaturas coloniales, vinieran otros más francos y no ménos formidables á los derechos que *como hombres, como ingleses*, y al abrigo de *sus cartas* del siglo xvii (segun decian en sus representaciones) disfrutaban los colonos de Norte-América; esto es, la institucion de los tribunales del almirantazgo, la supresion del jurado, la negacion de la libertad de imprenta, y, en fin, todas las violentísimas medidas que siguieron á la clausura del puerto de Boston (1774), y precedieron á la ruptura de hostilidades entre ingleses y norte-americanos, en Lexington, en la primavera de 1775.

Pero hubo mas. La fuerza adquirida por la reaccion para luchar en América, sirvió para la misma Metrópoli. Dicho se queda que la revolucion del 88 y el advenimiento de la casa de Hannover, determinaron la prepotencia del partido *whigh*, cuyas eran aquellas obras, y el apartamiento de los jacobistas y sus afines de la vida política. Pues bien; la cuestion de América, esto es, la política que el rey sostuvo y que el partido *whigh* aceptó y practicó con más ó ménos decision y contradicciones, produjo á la postre no sólo la caida de los liberales, sí que la entrada de los jacobistas en la vida activa y la reorganizacion, con estos y con otros elementos, del partido tory realista, concluyendo por la subida al poder de los elementos vencidos y expulsados por la revolucion y la ley de sucesion de 1700. Comenzóse la empresa por dividir al partido *whigh* en dos grupos: el de las grandes familias (los Pelham, los Grenville, los Bedford) propenso á un sentido profundamente conservador, y el de los representantes genuinos del espíritu progresivo de los revolucionarios del 88, como el marqués de Nottingham, Conway, Grafton, etc. Despues se hizo confundir con los primeros á los *amigos del rey*, presididos por lord Bute; devotos ciegos de la persona de Jorge III, que con este apoyo ejerció por todos los caminos y todos los medios (la amenaza, la corrupcion y el castigo) una influencia directa en la marcha general de las cosas públicas, en la accion y las resoluciones del Parlamento, en la vida y el desarrollo de la libertad y de las instituciones representativas. Por último, se llegó á quebrantar al grupo de los *whighs* avanzados, constituyendo aquellos ministerios de conciliacion monstruosa,



aquellos gabinetes *mosáico* en que entraban el gran Pitt, y Carlos Townshend, y Conway, y Shelburne, medio seguro de llegar, como se llegó, á la disolucion del partido *whigh*; lo cual conseguido, fué facilísimo encumbrar los elementos reaccionarios que con lord North constituyeron un ministerio homogéneo encargado de llevar á sangre y fuego la política de intransigencia en América, y de consolidar la prepotencia monárquica, la política personal del rey en la vida política íntima de Inglaterra.

Ademas (para desvanecer toda duda), no puede prescindirse de que en esta época crítica es en la que se dan hechos tan graves como los procesos contra Wilkes (atacado en diversas ocasiones, ora como periodista, redactor del *North-Buton*, ora como miembro de la Cámara de Comunes); los *general warrants* ó mandatos generales de arresto, dictados por los oficiales reales contra ciudadanos de cuya identificacion se prescindía, así como de toda prueba previa de culpabilidad; la expulsion de los miembros de los Comunes de la sala de los Lores, para que las sesiones de estos fueran secretas; las sustraccion al jurado del conocimiento de ciertas causas de imprenta, como las relativas á los libelos, de que fueron escandalosos ejemplos los de Woodfall y Miller en 1770: la persecucion de los impresores que publicaban extractos de las sesiones de los Comunes y la prohibicion de que entraran personas extrañas en las tribunas; la agitacion terrible de 1780 contra los católicos, y en fin, el reconocimiento de facultades excepcionales en las autoridades gubernativas y á los jefes militares para hacer uso de las armas en casos de turbulencia. Tales sucesos y tales disposiciones aparecen en la historia inglesa como el atentado más general y comprensivo contra las libertades tradicionales británicas; porque como se ve partía en los casos más graves del monarca, en alguno de los lores y siempre tenían por objetivo lo mismo las libertades públicas que la autoridad, el prestigio y los privilegios del Parlamento. Bajo este concepto aquellos atropellos tuvieron mayor importancia que las leyes prohibitivas determinadas por el miedo y el odio á la Revolucion francesa.

Pero la causa del derecho y los intereses del progreso triun-

faron en América. La ayuda (de consecuencias verdaderamente trascendentales en la historia general del mundo), de Francia, España y Holanda, á los trece Estados americanos, que en 1770 habían proclamado su independencia ante Dios y el mundo, redactando la primera celebérrima *Declaracion de Derechos* del hombre, determinó á la postre dos sucesos de extraordinaria importancia; el primero, el reconocimiento por parte de Inglaterra (aunque con cierto carácter singular y particularista) de los principios progresivos de la neutralidad armada proclamada por Rusia y las potencias del Báltico en 1780 (profunda modificacion del sentido tradicional del derecho internacional marítimo); y el segundo, la paz de Versalles de 1783 y la consiguiente emancipacion y constitucion de la República de los Estados-Unidos de América, sobre aquellas bases amplísimas, aquellas robustas libertades y aquel sentido democrático que, la reaccion jacobista primero y despues la política personal de Jorge III, secundado por la burocracia colonial, los monopolizadores del mercado americano y los devotos, más ó ménos desembozados, del absolutismo centralizador, habían combatido con incomparable saña.

Cuenta la historia íntima que ántes de aceptar la dimision de lord North en 1782, y de convenir en la nueva política que respecto de América aconsejaba en sus mociones de Febrero y Marzo la Cámara baja, Jorge III pensó sériamente en renunciar la corona y retirarse á Hannover; y es unánime la opinion de que los disgustos que esta crisis produjo al emprendedor y soberbio monarca entraron por mucho (si no fueron el origen), de la perturbacion de espíritu que hizo incapaz á Jorge III desde 1810 para regir los destinos del país, encomendados, como regente y durante la demencia de su padre, á Jorge IV. De todos modos, es un hecho que con la paz de Versalles terminó la *política personal del rey* en Inglaterra, y respecto del sentido íntimo de la lucha, baste recordar las frases con que el monarca anunció en Diciembre de 1782 al Parlamento el tratado preliminar de Noviembre del mismo año. «Consintiendo la separacion de esas provincias, he sacrificado toda consideracion personal al voto de mi pueblo. Del fondo de mi cora-

zon ruego á Dios Omnipotente que la Gran-Bretaña no resienta los males que pueden resultar de un tan considerable quebrantamiento del Imperio, y que la América se libre de las calamidades que nos han probado otras veces cuán esencial era la monarquía al goce de la libertad constitucional. La religion, el lenguaje, el interes, los afectos—lo espero,—establecerán un vínculo de union perpetua entre ambos países. Para llegar á esto, se puede contar con mi buena voluntad.»

Consagrada la independendencia de los Estados-Unidos, Inglaterra, con un tacto político superior á todo encomio, prescindió de los resentimientos de la guerra para establecer relaciones íntimas políticas y comerciales con sus antiguas colonias; y aprovechó la leccion para iniciar en seguida, sobre la marcha, aquella nueva política colonial que dió de sí la reforma de la India, las constituciones coloniales de las Antillas y del Canadá, la abolicion de la esclavitud, el libre cambio y el *self-government*.

Deste entónces la República norte-americana comenzó á reobrar moralmente sobre la madre patria. La opinion del rey Jorge III no fué correspondida de una manera absoluta por los hechos. En cambio, todas aquellas instituciones profundamente liberales que Inglaterra había llevado en los comienzos de la colonizacion á América, y sobre todo, el espíritu y las tendencias británicas se desarrollaron allénde el Atlántico con todo su vigor, con toda la fuerza de la lógica, sin las dificultades que en la Metrópoli le oponían los compromisos tradicionales. Harto lo demuestra la Constitucion americana de 1789 y las enmiendas constitucionales de 1791, 98 y 1804, hasta llegar á las de estos mismos dias que han consagrado la abolicion de la esclavitud y el sufragio universal.

Por otra parte, la Revolucion americana influyó, como no podía ménos, en Inglaterra, determinando en los hombres políticos y en las multitudes una poderosa reaccion contra la política autoritaria del gobierno de lord North. La testarudez de Jorge III, el servilismo del ministerio, el abandono de las ideas y los procedimientos liberales en América, costó á Inglaterra no sólo la pérdida de las trece provincias trasatlánticas, si que concesiones importantes hechas á Francia y á España (por

ejemplo, las islas de Saint-Pierre y Miguelon, el Senegal, la Gorea, Menorca, las Floridas, etc.), y el crecimiento de la deuda desde 128 1/2 millones de libras esterlinas á 249.851.628 : esto es casi el doble. Además, aquella política de Utrech y de Paris y de Huberstburgo, la política tan brava y felizmente inaugurada por la revolucion del 88 se interrumpía, recobrando Francia gran parte de su prestigio, y obteniendo aquel feliz paréntesis en la historia de sus desastres, cuya perspectiva mató como un rayo, en su asiento al apasionado cuanto elocuentísimo Chatam.

Explícate, por tanto, que terminado el conflicto anglo-americano reapareciese en la gran Bretaña el espíritu de libertad y de progreso que inspira, entre otros hechos, los reiterados proyectos de reforma electoral de Pitt el jóven, Mr. Flovel y Mr. Grey desde 1782 á 1792 ; la protesta de la Cámara de los Comunes en 1783 contra el uso del nombre del rey para defender una política determinada, y su abierta y soberbia oposicion en 1784 á la política autoritaria, al punto de aplazar la votacion del *mutiny bill* ó ley del ejército permanente ; el bill de Fox de 1783 y la mocion de la Cámara baja del mismo año en favor de la reforma del gobierno de las Indias y el bill definitivo de Pitt de 1784 ; las reformas liberales políticas y comerciales sobre Irlanda, de 1785 á 1792, y en fin, la organizacion de aquellas grandes asociaciones políticas, como *Los Amigos del Pueblo* (1790) y la *Sociedad abolicionista de la trata africana* (1787), que tan decisiva influencia habían de ejercer en la vida política y social de Inglaterra : amén de la abolicion de los *general-warrants*, el restablecimiento de los fueros del jurado, la dulcificacion de las leyes contra los católicos, etc., etc.

Abriase una nueva era para la libertad británica, y el brío con que los intereses del progreso acometían la empresa auguraba un resultado felicísimo. Los partidos, un tanto rehechos, se unían contra el rey, que insistía en su tarea de disolucion lo mismo sobre los torys que sobre los wighs, en vista de la exaltacion de aquellos. La opinion pública estaba excitadísima, y llovían sobre el Parlamento exposiciones y representaciones de todo género, principalmente sobre la reforma electoral.

Pero sobrevino la Revolucion francesa y comenzó por paralizarlo todo.

Es imposible imaginar nada más antipático al pueblo inglés, nada más opuesto al espíritu y los hábitos británicos que el sentido, las formas y los modos de la Revolucion francesa. La americana entraba en la cabeza de los ribereños del Támesis. Aquel proceso prudentísimo, aquella lucha sucesiva y progresiva, aquel modo particular de plantear y de resolver las cuestiones eran verdaderamente ingleses. Antes de llegar á la ruptura del vínculo colonial se habían agotado todos los temperamentos, y la misma *Declaracion* de 4 de Junio de 1776 (muchísimo ménos extensa como *Declaracion del derecho del hombre* que la famosa de Francia de 1789) contenía este significativo párrafo: «La prudencia dirá que por motivos ligeros y causas pasajeras no se debe cambiar gobiernos de muy atrás establecidos; y la experiencia de todos los tiempos ha demostrado que los hombres se hallan más dispuestos á sufrir (en tanto son los males soportables) que á hacerse justicia por sí propios destruyendo las formas á que se encuentran acostumbrados. Pero cuando una larga serie de abusos y usurpaciones tendentes de un modo invariable al mismo fin, muestra con toda evidencia el deseo de reducir á un pueblo al yugo de un despotismo absoluto, ese pueblo tiene el derecho y está en el deber de derrocar semejante gobierno y de proveer por nuevas garantías á su seguridad en el porvenir. Tal ha sido la paciencia de estas colonias en sus males: tal es hoy la necesidad que les fuerza á cambiar su antiguo sistema de gobierno.»

El movimiento francés, inspirado en la Enciclopedia, en el espíritu destructor de Voltaire, de Rousseau, de Volney, en el sentido cosmopolita de Mably y de Raynal; movimiento esencialmente latino, de pasion, de fantasía, que pide inmenso espacio, infinitos horizontes; que á todo amenaza, á todo alcanza y todo lo conmueve, el movimiento francés, repito, indudablemente produjo en las islas británicas cierta agitacion favorable á las ideas y los principios que con su lava ardentísima escribía aquel terrible Sinaí en un vasto territorio hecho por la tradicion borbónica y esterilizado por los ver-

gonzosos desbordamientos de la regencia Orleans. Pero esta agitacion (de que son ejemplos los folletos de Payne, la *Sociedad de la Revolucion*, la *Sociedad para el desarrollo de los conocimientos constitucionales*, la de *Correspondencia de Lóndres*, etc., etc.,) fué inmediatamente seguida y dominada por un sentimiento de terror, que embargó á toda la sociedad inglesa. La precipitacion de las cosas en Francia despues de 1792 no hizo más que acentuar aquel sentimiento, y éste fué poderoso á determinar en las esferas del gobierno una política de resistencia y prevenciones que el mismo Pitt, ministro á la sazón, calificó de exagerada, por más de que se viese obligado á practicarla.

Toda la benéfica influencia de la Revolucion americana fué contradicha y destruida (temporalmente se entiende) por la desastrosa de Francia. Los Anales legislativos de esta época registran los *bills* de traicion y de reuniones sediciosas de 1795; la suspension del acta del *Habeas Corpus* desde 1799 á 1801, los reglamentos de 1789 á 1798 contra la prensa, los decretos de disolucion de 1799 contra las sociedades políticas del Reino-Unido, el *Allien bill* de 1793 contra los extranjerros (negacion absoluta del *Habeas Corpus* y de la hospitalidad británica) el *traitorous correspondence bill* de la misma fecha, contra los ingleses que sostuvieran trato con los revolucionarios del continente; *et sic de cæteris*.

Casi tan grave como esta serie de disposiciones fué el hecho de imponerse en las esferas del poder el partido tory, reorganizado como he dicho á la sombra de la cuestion de América, victorioso en 1770 con lord North, pero caido y desacreditado en 1782, precisamente por el fracaso de la política de centralizacion y fuerza sostenida allende el Atlántico y la agitacion producida aquende por los atentados contra la seguridad individual, la comunidad parlamentaria, la libertad de la prensa, etc., etc. Ahora la enemiga á la Revolucion francesa, hizo que la administracion whigh pasase rápidamente (de 1782 á 1783), y que las riendas del gobierno fuesen confiadas á los torys presididos por Pitt el jóven, por espacio de diez y ocho años seguidos la primera vez (de 1783 á 1801), y de cinco la segunda (de 1802 á 1806): y despues bajo

la direccion de lord Liverpool, Perceval, etc., etc., bajo la regencia y el reinado de Jorge IV, por espacio de otros veintitres años. De modo que en los cincuenta años que van desde 1770 á 1830, sólo *dos* tuvieron en sus manos el gobernalle del Estado aquellos whigs que en rigor podían considerarse como los autores de la revolucion del 88 y los patronos de la casa de Hannover. Y esto harto dice con qué sentido se desarrollarían en este largo período los principios de la constitucion británica.

Pero nose ha de pensar ni por un solo momento que todo esto se verificó sin resistencia. A medida que corrían los años y la impresion de las matanzas de Setiembre y la ejecucion de los Capetos y las violencias de la Convencion se desvanecían, la masa liberal británica iba notando la gravedad de lo que en su país se instauraba y los enormes pero naturales abusos que á la sombra de las leyes del miedo se realizaban. Por otra parte, la bondad intrínseca de las ideas francesas iba produciendo su efecto en Inglaterra como en toda Europa, un tanto desvanecidas las horrendas sombras que envolvieron por bastante tiempo á la obra del 89; á lo que hay que agregar la ida á los Estados-Unidos de América en busca de refugio y su vuelta á la Metrópoli, en el primer cuarto del siglo actual, de muchos ingleses, todos de iniciativa, caracterizados por su devocion á los principios avanzados, causa de su persecucion durante la época de la clausura de la *Sociedad correspondiente* de Londres y de la condenacion de Payne. La resistencia, pues, á la política represiva fué tomando cuerpo á partir de los últimos años del siglo XVIII: y los mismos wighs llegaron á retraerse del Parlamento en dos ocasiones, sobre todo en 1798. La agitación comenzó: celebráronse *meetings* contra los bill de Pitt: la demanda de la reforma electoral tomó colosales proporciones; y, por último, apareció en la escena la escuela (más que el partido) democrática, á cuyas reclamaciones dieron tanta fuerza los abusos del poder y la miseria de los años 17 al 20, á pesar del daño que le produjo la resistencia de Fox y de los wighs á coaligarse con sus adeptos.

Ademas hay que notar bien la diferencia que separa el sentido político de todo el período de Pitt el jóven, del posterior

caracterizado por lord Liverpool y Perceval, hasta llegar á Canning, en 1827. Pitt nunca obedeció al espíritu reaccionario de sus sucesores : lo demuestran sus grandes discursos y su resolución para abandonar el poder en 1801, cuando el rey se negó á aceptar por completo su pensamiento relativo á la union de Irlanda sobre la base de la libertad de los católicos. Su política de prevenciones y resistencias (que contradujo no poco tiempo) fué una política de circunstancias, harto diferente de la de los torys que ocuparon el poder á su muerte (1806) y que eran fundamentalmente enemigos de las libertades populares—ya que no de las parlamentarias,—en lo cual se distinguían del rey Jorge III y de los *amigos del rey* de la época pasada. A vivir Pitt hubiera sido lo que Canning, lo que Peel, quizá lo que el mismo Gladstone, cuyos orígenes y tradiciones conservadoras todo el mundo sabe. Así que la batalla que contra el gobierno inglés y sus *bills* y su política acomete el partido liberal desde 1807 tiene un carácter mucho más amplio que todas las pasadas, y entraña efectos desconocidos hasta entónces en la historia inglesa. Verdad que el poder, y los torys en particular, sacaban fuerzas de una circunstancia especialísima, la de la guerra continental, que, despues del tratado de Amiens, Europa tuvo que sostener contra el cónsul Bonaparte y el emperador Napoleon : guerra de la cual era el alma Inglaterra y que pedía una concentracion de medios y una acción poderosa y constante ; pero tambien á los liberales ingleses sirvió á su vez el curso de los sucesos en el continente, donde las ideas se abrían camino hasta llegar á las explosiones de 1820 y el triunfo general de 1830 con la resurreccion de Grecia y la aparicion de Bélgica.

Contra esta corriente fueron débiles muros la suspension del *Habeas Corpus* en 1817, y las célebres *seis actas* de 1819, resúmen y especimen admirable de la política reaccionaria y de las pasiones del torysmo acosado, contra la prensa, la libertad de asociacion, la de reunion, etc., etc. No se trataba ya de secundar las prevenciones y los terrores de la sociedad británica contra la furia de los convencionales : no se trataba ya de mantener una y entera la acción del Gobierno inglés para que luchase desahogadamente contra el coloso del siglo, insis-



tiendo en su política tradicional. El interes del momento era el de una determinada escuela política : se trataba sólo de un problema interior de la vida británica. Mas contra esto se movía la propaganda de todo el siglo. La reforma electoral, por ejemplo, la habían pedido Burdett en 1809, Brand en 1810, en el mismo año el conde Grey, en 1818 y 19 de nuevo Burdett, en 1820 lord Jonh Russell, que desde entónces no descansa hasta 1832, presentando á las Cámaras más de siete veces la proposicion. La emancipacion de los católicos había sido objeto de esfuerzos análogos. La causa de la libertad de imprenta había sido sostenida incesantemente con motivo de numerosos procesos contra autores é impresores. Nada digo de la abolicion de la trata africana, conseguida en 1807, y sobre cuya victoria se alzó inmediatamente la propaganda contra la esclavitud misma. Por último, vinieron la division de los torrys la muerte de lord Liverpool, el apoyo dado á Canning por los wighs, la política liberal de Canning en Europa y América frente á la Santa Alianza, el triunfo y exaltacion de los wighs en 1830, y la aparicion del célebre Roberto Peel con un nuevo sentido conservador.

Había llegado la hora de la revolucion de 1830, y con ella de la entrada de Inglaterra en nuevas vías.

RAFAEL M. DE LABRA.





## NOCION DEL DERECHO

SEGUN

# LA FILOSOFÍA POSITIVA

---

### ARTICULO II (1).

**E**studiábamos en el artículo anterior la evolucion de la idea moral, la sucesiva formacion de este principio en el espíritu del hombre, le dábamos por fundamento la utilidad, primer motor de todas las acciones, móvil que implica una ventaja cualitativa sobre el del bien, sobre la nocion de la moral pura, que es una abstraccion de mucha fuerza, que es un imperativo categórico para los espíritus levantados, pero que es insuficiente para dirigir la sociedad y para mantener el orden y para subordinar las voluntades á un principio; ya que en la sociedad no sólo hay espíritus levantados capaces de comprender el bien por el bien, sino que hay individuos de todas clases y condiciones, hay héroes del bien y criminales, mártires de la bondad é indiferentes á la justicia. Faltaba empero, precisar, cuál era la fórmula del Derecho, que acorde con la naturaleza del hombre y de su estudio nacida, viniera á descansar en la uti-

---

(1) Véase el núm. 30.—28, Febrero, 1877. REVISTA CONTEMPORÁNEA.

lidad, en la necesidad y faltaba consignar la encarnacion del principio filosófico del derecho en las disposiciones positivas; faltaba determinar cuál era esta utilidad, base del derecho, y era necesario, en fin, precisar la nocion y fundamento de la capacidad jurídica del hombre.

Carecía el concepto desarrollado en el artículo anterior de algunas consideraciones filosóficas acerca de la ley científica que ha de sustituir á la ley moral, consideraciones que vienen en su apoyo, y que transforman la idea moral religiosa ó metafísica superior á toda disposicion humana, en nocion positiva del derecho; y era necesario de todo punto encontrar la fórmula de esta nocion positiva, elevarla á la categoría de ley científica, cosa harto difícil, como el hallazgo de toda relacion entre dos fenómenos sociales, cuya dificultad se comprende á primera vista ya que toda cuestion social, todo fenómeno social, es más complicado que todo fenómeno biológico, éste, lo es más que todo fenómeno químico, y por regla general, todo fenómeno químico es complicadísimo si se le compara con un fenómeno que sea objeto de la investigacion mecánica.

El éxito mayor que puede esperanzar el positivismo es la averiguacion de la ley social. La humanidad tendría que agradecerle una adquisicion de inestimable precio; porque desde el momento en que aparece una ley científica, sostenida por la demostracion y la evidencia, se abre paso, domina todas las inteligencias, se impone con rigor extremo, y no hay, no puede haber espíritu alguno que se subleve contra su imperio. Sólo al ignorante que la desconoce y al incapacitado que no la puede conocer, le es dado protestar. Su protesta será tan inútil como la resistencia que se pretendiera oponer á las leyes de la naturaleza. Su rigorismo, su tiranía, su fuerza, no admite resistencia porque es ley natural, y por lo tanto justa, irresistible. La ley matemática, la ley mecánica, la ley física, es irresistible en la naturaleza, fatal é indiscutible en ciencia. Su rigorismo es soportable, su incontrastable influencia es hija de la necesidad, de la única manera de ser que tienen las cosas. La ley química que hoy formulamos ya no es tan precisa; la ley biológica admite discusion porque no pasa de hipótesis; la ley científica sociológica aún no se ha encontrado,

ya que es más difícil su hallazgo é invencion que el de las otras leyes, lo cual se comprenderá atendiendo la mayor complicacion de los fenómenos que estudia : pues bien, el dia en que podamos formular una ley social tan fija, tan precisa, tan exacta como dos y tres son cinco, aunque esta ley á primera vista apareciera absurda, sería en vano eludir su cumplimiento. Supóngase que la obtenemos con el empleo del método positivo y su fórmula es de consecuencias terribles, su aplicacion cruel y bárbara; pues esta ley será ley, pese á quien pese, y se cumplirá forzosamente. La filosofía positiva cargaría con la responsabilidad y el tanto de culpa de haber encontrado la fórmula de lo que la humanidad está realizando durante muchos siglos inconscientemente; pero el dia en que la filosofía positiva la encontrara, no temería la protesta de la humanidad inconsciente. La ciencia patrocinaría la fórmula, porque reconocería que es la ley de la humana naturaleza.

El ideal de la filosofía positiva, es el de encontrar esta ley fundada en la progresiva naturaleza humana. El dia en que la encuentre reclamará en nombre de la ciencia que se ajusten á ella todas las prescripciones del derecho positivo, todas las disposiciones reguladoras de las relaciones humanas, el espíritu de todas las constituciones y de todos los códigos, y fundará esta exigencia en que sólo los principios que se ajusten á ella, estarán conformes con la humana condicion. El dia en que la ley escrita, la ley promulgada, el derecho positivo vigente, se ajuste á esta ley fija y precisa, la sociedad se transformará de tal manera que al poco tiempo será inconcebible la infraccion del derecho. El hombre se encontrará bien dentro de sus principios y obedecerá á ellos fatalmente, lo cual le acercará más y más al ideal de la felicidad positiva.

En tanto que esta ley no se encuentra, porque la antropología, en general, está en mantillas y porque la psicología está atrasadísima, y los hechos del mundo social imperfectamente observados, podemos aventurar algunas hipótesis esperando la comprobacion de la experiencia, y abandonando la senda seguida por los teólogos y metafísicos, establecer positivamente segun el alcance de la ciencia en la época moderna el fundamento del derecho ó principio regulador de la accion

sociológica, deducido del estudio de la humana naturaleza.

El Dr. Clavel, en su *morale positive* (1) y Th. Funk-Brentano en sus estudios de moral social titulados *La Civilizacion y sus leyes* (2), han evidenciado la ineficacia de los principios morales, la inestabilidad de las instituciones animadas por principios que se pretenden absolutos, anteriores y superiores al hombre, han puesto de relieve el malestar moral de todas las épocas, nacido de esta discordancia, de este antagonismo entre las leyes y las instituciones nacidas de un principio moral de origen teológico y metafísico, y las necesidades del hombre que reclamaban un estado social, cuyas leyes y cuyas instituciones obedecieran al ideal científico, á la ley natural hallada y comprobada con el método que proclama y usa la filosofía positiva, esto es, con el método experimental.

Despues de lo que han dicho Clavel y Funck-Brentano, cuyas obras conoce el mundo científico, ni una palabra más tengo que añadir. Ni quiero copiar íntegramente sus razones y argumentos, y los hechos que citan, porque quizás los conocen mejor que yo nuestros lectores; ni puedo hacer una síntesis de los argumentos y razones que encuentro en sus obras, porque éstas son las síntesis de las razones y argumentos que se han dado por los mejores autores en apoyo de las tesis que defienden con gran parte de razonamientos propios de subida valía, y de no ménos alcance.

Para conocer la insuficiencia moral de los postulados y apotegmas de origen metafísico y teológico deben consultarse sus obras, y cuando los argumentos en ellas aducidos y las lecciones de la historia nos hayan convencido de aquella insuficiencia y vaguedad, estará el espíritu convenientemente preparado para determinar algunos enunciados acerca de la consideracion filosófica positiva del fundamento del derecho.

---

(1) *La morale positive*, par le Dr. Clavel. Paris, librairie Germer Bailliére, 1873.

(2) *La Civilisation et ses lois morale-sociale*, por Th. Funck-Brentano. Paris. E. Plon, 1876.

## I.

La mayor parte de sabios etnologistas, entre ellos Eyre Burton, Lubbock, están conformes en que el sentido moral es un producto de la civilizacion. La historia de todos los tiempos y de todas las épocas nos demuestra que una accion buena en circunstancias determinadas puede ser mala en otras diferentes; que un hecho censurable y punible es un remedio que conviene para satisfacer una necesidad, ó evitar un mal mayor; la necesidad que carece de ley legitima todas las acciones, y la falta de voluntad y de consentimiento eximen de todo cargo en la realizacion de un acto que merece castigo; en casos extremos se ejecutan actos intrínsecamente perjudiciales, atentatorios á toda ley y á todo derecho, pero que se eximen de responsabilidad, porque las circunstancias atenuantes que le rodean llegan á legitimarle.

Swientochowski, en su reciente *Ensayo sobre el origen de las ideas morales* (1), se propone aplicar al estudio de las mismas el método de análisis que se emplea en las ciencias físico-naturales. La ética es, en su sentir, una ciencia teórica ó un sistema práctico, segun que explique los fenómenos éticos ó dicte reglas morales. Sostiene este autor que no existen ideas innatas de un órden moral, y lo demuestra; y recordando el dicho de Stuart Mill: «Las leyes morales no son ménos naturales porque no sean innatas,» nos hace ver cómo no existe peligro alguno en que tal idea sea adquirida, á cuya obtencion hemos llegado merced á la evolucion intelectual secundada por la evolucion social. Cuatro agentes señala como factores indispensables de la evolucion intelectual que ha producido el desenvolvimiento de tales sentimientos. Estos son: el egoismo en primer lugar, sigue luégo la educacion, la influencia del medio social y la herencia ó conjunto de aptitudes y facultades orgánicas adquiridas por un individuo de sus ascendientes. Del choque de los sentimientos egoistas nacen reglas, y de las

---

(1) A. Swientochowski, *Ein Versuch die Entstehung der Moral gesetz zu Erklären*. Cracovia 1876.

transformaciones del egoismo nacen los sentimientos altruistas ó de amor al prójimo. La costumbre, las relaciones sociales, el lenguaje, fortifican y generalizan los sentimientos altruistas. Segun Swientochowsky, las leyes morales son el resultado de una prolongada evolucion de los instintos naturales del hombre. Los instintos egoistas que preexisten á todos los demas determinan por sus condiciones de equilibrio las condiciones de existencia de cada aglomeracion social. Una vez establecido el equilibrio, las condiciones que perjudican á los unos y favorecen á los otros son erigidas con el tiempo en principios sociales obligatorios, y lo que es una interdiccion en un principio, lo que es una mera prohibicion sostenida por la fuerza, viene á ser un deber para la generacion siguiente. La costumbre hace lo demas. Así se ha establecido en la familia el derecho del más fuerte, y así tambien los esclavos de la vigésima generacion se comprende hayan encontrado soportable su triste estado.

En definitiva (1), la ley moral es la expresion de los sentimientos conscientes ó inconscientes de un grupo social, evidenciados por un intérprete de estos sentimientos de la mayoría, ó bien es la obra de una personalidad superior que ha sabido hacer prevalecer su voluntad egoista ó altruista.

Las leyes morales que encontramos idénticas en todas épocas y en todas las sociedades expresan el elemento primordial y originario de todo organismo social, lo que hay de permanente é indestructible en el fondo de la humana naturaleza.

La historia nos enseña que los principios que algunas filosofías habían proclamado absolutos no son tales, y sí muy relativos. Las religiones, las filosofías, las tradiciones de los pueblos y sus diversos códigos señalan diversos principios como inquebrantables y fijos. Hoy, á pesar de nuestro estado de civilizacion, los autores alemanes no parecen tener el mismo concepto de la justicia, del derecho natural y del derecho escrito que el que tienen los franceses; Inglaterra, por su parte,

---

(1) Véase el extracto que hace de las doctrinas de este autor M. Deban en la *Revue Philosophique*, pág. 204, número de Febrero de 1877.

tiene acerca de este punto sus doctrinas y sus tradiciones (1).

La *escuela histórica*, que implícitamente reconoce esta relatividad, y el positivismo, que explícitamente lo declara, han merecido por este reconocimiento un duro reproche de parte de las demás escuelas que del derecho se ocupan, especialmente de la *filosófica* y de la *teológica*, aunque también de algunos partidarios de la *eclectica*. Y el reproche ha sido tan riguroso, que algunos intransigentes partidarios del apriorismo han querido se vedara toda investigación en la ciencia social al científico que solamente empleara el procedimiento de la escuela positiva, el método de observación y experimentación, y el rigorismo excesivo ha sido contraproducente desde el momento que el positivismo ha demostrado el escaso fundamento científico de las demás escuelas que le atacan, porque sus principios no son absolutos, ya que no basta que las escuelas digan que los principios del orden moral son absolutos, sino que es preciso que lo sean.

Los sistemas que no han querido ó no han sabido ver la relatividad de estos principios les dan inestimable precio, conceptúanles de intachable pureza, de esencia incorruptible. Inaccesibles á los ataques de la crítica, les dan el carácter de dogmas incontrovertibles, los consignan en los tratados de filosofía moral y los sancionan en los códigos. Pero la crítica y el tiempo les van desvirtuando poco á poco; la experiencia enseña que lo que era bueno ayer no lo es hoy, y llega el momento en que los principios imprescindibles en épocas pasadas se hacen inaplicables en los tiempos presentes, y serán meras extravagancias en los tiempos futuros.

## I.

Cuando el espíritu de una época no transige con ciertos principios implantados, ó que se implantan en la sociedad en que domina, queda el recurso de decir que aquella época y aquella situación son anormales; recurso que emplean ciertas

---

(1) *L'idée moderne du droit*, par Alfred Fouillée; *Revue des Deux Mondes*, t. III, año 1874.



escuelas aprioristas, que prefieren la desarmonía entre las leyes y las costumbres, prefieren el malestar continuo á un período normal en que la ley esté en armonía con las necesidades de la época. Desconociendo el peligro que encierra la proclamación de derechos absolutos, prefieren en muchas ocasiones que se falseen y mueran las instituciones, con tal que se salven los principios. «Estos no pueden transformarse, porque son absolutos» dicen los metafísicos; y á ello contestan los positivistas: «Estos principios deben transformarse, cuando así lo exijan las especiales condiciones y lo reclamen las necesidades de los pueblos.»

## II.

La ciencia positiva reconoce inseguridad é insuficiencia en los principios morales y jurídicos; inseguridad que no debemos deplorar, pero que no debemos desconocer; y procura, dada esta relatividad por la que estos principios, que en una época bastan á contener y refrenar la humana voluntad y las pasiones cuando van acompañadas de la sancion y garantía de la fuerza para su ejecución y cumplimiento, son inaguantables en otra y se vulneran y falsean, á pesar de la sancion, hallar un equivalente; procura encontrar principios fijos, seguros, los que ofrezcan la mayor solidez posible. Y ya que esta condición no la reúnen los principios á que nos referimos (á nuestro entender), debemos buscarla en los principios y leyes científicas.

Dirán los metafísicos que nuestro sistema jurídico no puede ofrecer solidez ni estabilidad; y á ésto responderemos que la garantía de su solidez y estabilidad está en el método de investigación por que se adquieren, ya que el método más eficaz y más seguro para hallar las leyes científicas es el empírico. La ciencia positiva, para encontrar el principio de derecho, estudiará el fenómeno social, las conclusiones científicas de la psicología experimental y de la biología.

En apoyo de nuestros principios sociológicos acude la ciencia del humano espíritu y la ciencia de la vida; acuden también las continuadas experiencias que suministra y ofrece la

historia de los hechos sociales. En contra de los principios metafísicos que proclaman el derecho absoluto, están los hechos que escapan á su ley; están la psicología experimental y la ciencia de la vida. Nadie garantiza la seguridad de las bases en que descansa el sistema metafísico y teológico; en cambio el positivismo que se apoya en la psicología y en la biología, al formular la ley social, sabe que el terreno en que asienta el edificio es firme, ya que la biología se apoya en la química, esta ciencia en la física, y ésta tiene sus principios establecidos por la ley mecánica y las matemáticas, cuyas conclusiones no ofrecen duda y son las más acertadas, son, en una palabra, lo exacto por excelencia.

Hay quien juzga al positivismo por las exageraciones de su tendencia y finalidad; hay quien toma las afirmaciones extremas del vulgo en vez de las síntesis de los trabajos científicos. Cuando alguien ha llegado á decir que había sido más eficaz la policía, las luces de gas y las medidas sanitarias que todas las prescripciones morales habidas y por haber, el vulgo ha confundido dos términos que los positivistas no confundiremos nunca, aunque así lo crean nuestros contrarios. El elemento moral no debe confundirse con el elemento material. La voluntad humana entra aquí siempre como factor indispensable, y esta humana voluntad ha de estar regida por una ley; pero esta ley es hija de la necesidad y de la utilidad, y más tarde tiene el prestigio de todas las autoridades, la religiosa, la militar, la política, la civil, pero le falta la autoridad científica, que sólo obtendrá el día en que pierda esta pretension absoluta, porque la ciencia nada entiende, nada sabe acerca lo absoluto, y cuando surja del estudio de la ciencia social y de la historia, y halle su fórmula exacta de precision inatemática.

Es menester, pues, como ha dicho muy oportunamente Alex (1), que el legislador se deje guiar por los hechos en lugar de tratar de conducirlos; y para obtener este resultado, es menester: 1.º Que la historia nos enseñe por cuál serie de tran-

---

(1) *Du Droit et du positivisme*, por P. Alex. — Paris. — Ernest Leroux, 1876.

siciones se modifican poco á poco las instituciones jurídicas. 2.º Que la economía política nos enseñe los fenómenos de la riqueza y sus constantes relaciones. Y 3.º Que la sociología reduzca á una ley general la síntesis de los hechos particulares que nos suministra la historia.

Los metafísicos consideran inútil este trabajo, y dicen : Si el derecho no tiene un principio fijo , si está sujeto á perpetua mudanza, ¿cómo se determinará en cada caso lo que es justo y lo que no lo es? Si lo que es justo hoy, es injusto mañana, ¿cómo podremos juzgar de la bondad ó maldad de las acciones? ¿Qué regla es esta declaratoria de la bondad ó maldad de las acciones, tan mudable como las acciones mismas?... No —dicen los metafísicos,—no pueden los positivistas penetrar en la esfera de la moral ni en la más estrecha y reducida del derecho; en buen hora que empleen el método empírico y de pura observacion, miéntras no se salgan de las matemáticas, de la física, de la química y de la biología. Con este método jamás encontrarán este principio absoluto; y más allá del dominio de estas ciencias, es inseguro el procedimiento; el resultado que el sistema ofrece, fatal; las conclusiones desgraciadísimas.

Forzosamente—dicen nuestros adversarios—ha de haber un principio fijo, invariable, superior á toda accion, y al cual se ha de ajustar todo criterio jurídico. El acto será justo ó injusto segun la conformidad á este principio, el cual es regla invariable de derecho, norma de toda accion, regulador de todo acto, ideal de las humanas instituciones; por tanto, la bondad ó maldad de las acciones que deberán sujetarse á él, no pueden ser cosa variable ni sujeta á mudanza, pues lo que es bueno hoy, lo que hoy es justo, será justo hoy y siempre; ha de tener bondad intrínseca de toda eternidad. En el corazon del hombre—han dicho los que militan en el campo contrario—hay esculpido en caracteres indelebles el principio de justicia. El bien en general, todo aquello que se hace con arreglo á las leyes y á los principios por que se rigen las cosas, y expresan su esencia íntima, es el principio universal para todas las acciones humanas, sea cual fuere el órden á que pertenezcan. La conciencia es el único juez de la moralidad, pero el

derecho se deja reconocer exteriormente. La base comun para el derecho y la moral está constituida por el bien objetivo.

Así dicen muchos filósofos ; pero estas conclusiones son verdaderas como todo relativamente. El derecho tiene un principio fijo en cada caso, una misma regla de derecho debe aplicarse á cada caso particular y á todos los casos no análogos, sino idénticos. Su utilidad y necesidad del momento puede á veces determinar la regla ; para juzgar de la bondad ó maldad de las acciones, hay que considerar el momento en que se juzgan, las leyes morales y las leyes positivas calcadas en ellas que la sociedad tiene. Las sociedades van transformando su idea de moralidad y de derecho, segun las épocas, á medida que sus especiales condiciones lo reclaman. En cada caso la ley moral es fija ; en cada momento la ley moral tiene una solidez inquebrantable, porque responde á la utilidad del momento y á los principios establecidos por las generaciones anteriores. La conciencia humana recoge los principios que le dan formados y los adapta á su condicion, y á fuer de influirlos llega á transformarlos.

El concepto del derecho segun el positivismo, no nace solamente de la voluntad, pues esta es variable, influida por varios principios, solicitada por varios agentes, interesada por varias fuerzas.

El concepto del derecho que hubiera llenado las aspiraciones de nuestros contrarios, es el siguiente : «La reunion orgánica de condiciones libres y dependientes de la voluntad para el cumplimiento armónico de la destinacion humana,» y este concepto fundamental necesita todo un sistema filosófico que venga en su apoyo y nos explique el concepto fundamental de la vida, la destinacion de los séres, las causas primeras y finales ; esta concepcion del derecho resulta vaga, si ántes no se precisa cuál es el destino del hombre en la sociedad, cuáles son los medios que conducen á este fin ; y discutiendo los medios y las facultades, y las condiciones del hombre, nos encontraremos en plena psicología y en plena biología, y no tendrán más remedio nuestros adversarios que darnos la razon en la contienda, porque nosotros de antemano nos habemos apoyado en las conclusiones psicológicas y biológicas, y empleamos en la cien-

cia jurídica el método experimental que también se emplea en estas ciencias.

El estudio de las condiciones de nuestra voluntad, el estudio de los accidentes de nuestro organismo y las consecuencias que de aquel se sacan para formular la teoría de nuestra destinación, es objeto de la psicología, de la biología y de las ciencias positivas que en éstas descansan conocidas con los nombres de antropología y etnología, de las cuales arranca la ciencia social.

Por otra parte, cuantos no encuentren precisada la noción objetiva del derecho fundado en la utilidad, tal como la ofrece el positivismo, abandonen por un momento lo que existe en su mente; descuiden si es posible el origen teológico y metafísico atribuido á cada uno de los principios que se les viene á la memoria cuando han de resolver una cuestión entre partes, cuando dan la razón al que en su sentir la tiene, cuando dicen que una cosa es justa y se preguntan el por qué, cuando se violentan ante el espectáculo de una víctima sacrificada inocentemente, cuando presencian un atentado á la moral y á las buenas costumbres, y cuando observan la lentitud y dificultad con que se adquieren las facultades, cuán onerosamente se adquieren los derechos por la aplicación de estas facultades, con cuánta facilidad la violencia y la injusticia despojan y triunfan, y cuán tardíamente se rehabilita al despojado (cuando no se le deja sin rehabilitación); formulen estos principios, pónganlos en frases sencillas y precisas, concluyan un decálogo de cuyo contenido todos cuantos tengan una muy mediana inteligencia puedan hacerse perfectamente cargo, y al propio tiempo comprendan toda la extensión y alcance de sus preceptos. Escriban las reglas para determinar todo aquello que es justo, todo aquello que ellos crean justo, independientemente de lo que crean que lo es en presencia de un principio inquebrantable; descártense y hágase abstracción por un momento de todo dogma religioso, decidan lo que entienden por justo incondicionalmente, y estén seguros de que gran parte si no todas las disposiciones que formulen (mientras esta fórmula la realicen con completo conocimiento del hombre de nuestra época y de sus necesidades), las aceptaríamos los positivistas, las aceptarán los metafísicos

y las aceptarán los que se encuentran en el período teológico.

Pero si entramos en la cuestión de origen, teólogos, metafísicos y positivistas formarán, no un grupo aparte, sino innumerables grupos: allí aparecerá la discordia, y el teorizar, y el no entenderse. Dirán los teólogos que Dios nos ha gravado el principio de justicia en nuestro corazón y en nuestra memoria, y nos ha dado libertad, y nos ha hecho responsables del uso que hiciéramos de esta libertad. Dirán los metafísicos que estos principios son inherentes á nuestra naturaleza, pero que podemos no aplicarlos en los diversos actos de nuestra vida; y dirán los positivistas que son principios que los hombres de nuestra época y de nuestra civilización encuentran como cosa natural é indispensable para el régimen de nuestra sociedad, y como elemento integrante de nuestro ser, porque en estos principios se han educado, á ellos han procurado ajustar en más ó en menos sus acciones, los han aplicado de mil maneras, y escrito en sus códigos religiosos y civiles, y repetido á todas horas la escala de nuestros ascendientes; y en nosotros es cosa ya adquirida lo que ellos debieron conquistar con su ingenio, con su trabajo y cuando sus necesidades lo reclamaban; y dirán además los positivistas que la humana naturaleza no tiene el principio de justicia como elemento integrante cuando se encuentra en su primitivo estado, que no es la moralidad ni la justicia noción innata, que no se encuentra en las primeras civilizaciones sino en las últimas, que el hombre en su primitivo estado es por naturaleza muy inmoral y muy injusto, y que á una civilización primitiva corresponde justicia poco menos que nula; que á una civilización embrionaria corresponde una justicia embrionaria, y que á una civilización completa y acabada corresponde una completa y acabada noción de la justicia.

### III.

El hombre primitivo es en todo grosero, como grosero es todo organismo rudimentario en la Naturaleza. No encontramos en él más que sus instintos, sus pasiones hijas de sus necesidades. A medida que éstas aumentan con los medios de bienestar, de perfeccionamiento y de cultura, con la perfecti-

bilidad creciente de nuestros sentidos y desarrollo de nuestro sistema nervioso, hánse diversificado las necesidades, aumentado en número y potencia, hánse complicado las relaciones humanas, y los hombres en su recíproca lucha, convencidos de la necesidad de vivir en sociedad, de su fuerza dentro la humana asociación, y de su escaso valer fuera de ella, han comprendido la necesidad de un principio y de un medio coercitivo. Al comenzar la civilización, este principio sólo se encontraba en los medios de expresión y de lenguaje que empleaba el más fuerte. Pero el hombre no hubiera llegado á formular estos principios, si, por ejemplo, en cierta época no se le hubiese hecho entender al hombre fuerte y robusto que todo lo avasallaba, que el débil, el que no podía resistir su empuje ó el que sufría su opresión, tenía el apoyo de otros seres más fuertes. Vino un día que el hombre fuerte, de organización y temperamento sanguíneo-muscular encontróse con dos enemigos que le habían de supeditar; sus propias preocupaciones, su ignorancia el uno, y los hombres de sistema nervioso más desarrollado, el otro. Vino un día que el astuto luchaba y casi vencía al fuerte; aquel día se formularon transacciones, se establecieron principios de derecho, se concretaron los alcances de cada individualidad. Pero este derecho necesitaba una sanción, porque podía desatarse lo atado y deshacerse lo hecho, y se necesitó una potencia superior que lo sancionara. Hubo de intervenir la divinidad que todos temían; el pacto estuvo bajo la salvaguardia de un ser superior. La época del fetichismo, del politeísmo y del monoteísmo es la época teológica del Derecho.

Cuando el pensamiento humano alcanzó mayor vigor con la civilización, y cuando el espíritu del hombre se elevó y encumbró, la concepción de esta sanción jurídica le pareció grosera. De ahí que más ideal en su derecho, en su noción de la justicia y en la sanción de la misma, concibió que esta justicia era ingénita en nuestro ser.

Sin duda, alguna sensibilidad exquisita, sufriendo demasiado al ver oprimido al débil por el fuerte, al ver el crimen en todo su desarrollo y la violencia en todo su apogeo, cual viva protesta formuló inconscientemente un principio de limi-

tacion que se tradujo en principio de justicia, y con toda la fuerza del sentimiento lo grabó con caracteres indelebles en el corazon de sus contemporáneos y los selló con su sangre. En todas las épocas—por regla general—han surgido estas idiosincrasias de una sensibilidad exquisita que han dado el impulso á todas las grandes acciones. Una excitacion nerviosa muy viva y muy intensa ha producido las grandes cosas de la humanidad.

La gente tranquila y reposada, de costumbres triviales y de instintos egoistas, nunca jamás ha procurado otra cosa que su propio y exclusivo bienestar. Los espíritus reposados, la gente de criterio formal, las medianías que constituyen la gente que hoy se llama de ideas sosegadas, han producido el reposo en el estado social, la estabilidad en las costumbres y en las leyes; ni siquiera han sabido mantener el orden, cuanto ménos precipitar el progreso.

Esto que el vulgo llama locura, sobreexcitacion, estado anormal, esto indecible que han tenido San Pablo, Lucrecio, Mahoma, Newton, Haller, Swift, Cowper, esto que mató á Mozart y á Donizetti en la flor de su edad, la locura de Augusto Comte, el misticismo de Santa Teresa; esto es lo que ha hecho progresar á la humanidad. Esto que predispone al sacrificio y hace aguantar el martirio con placer por una idea, esto es más eficaz en ciertas ocasiones que todos los principios y reglas. La humanidad atraviesa momentos en que todo está preparado para que un acto se realice, un acto que podrá ser de incalculables consecuencias para el bienestar social, y no tiene lugar aquel acto si falta uno de estos séres privilegiados que sobresalen de entre la multitud por sus extravagancias muchas veces, por sus acciones heróicas, por su genio. El primero que señaló al principio de derecho como principio humano, debía tener el privilegio de una sensibilidad exquisita. El espectáculo de la barbarie le debía predisponer á la realizacion de acciones heróicas. El dia en que una mujer como Angélica Kauffmann, la baronesa de la Recke ó Sarah Bernhard de los primitivos tiempos tomó la defensa del débil oprimido por el fuerte, y profirió una condenacion enérgica y altiva en nombre de la personalidad humana oprimida, y resu-



mió en una frase el suspiro de todos los débiles y la agonía de todos los moribundos y el recuerdo de todas las víctimas á manos de un opresor, y dió gustosa su sangre, que fué á mezclarse con la sangre de los que defendía; aquel día el derecho, la moral, todas las instituciones de un orden superior dieron un gran paso. Los jurisconsultos no pudieron hacer más que comentar aquel hecho. Desde aquel momento se desarrollaron los principios; el árbol moral recibió la savia fecunda; la idea del derecho pudo desenvolverse. Antes hubiera sido inútil. La idea de aquel sacrificio llenó el espíritu de los jurisconsultos, fué el fuego oculto que encendió las ideas, fué la chispa que conmovió la multitud, la convocó en la plaza pública y le hizo proclamar sus derechos. Los jurisconsultos de las primitivas edades escribieron en mármoles y en bronces los principios que el pueblo reclamara en los comicios; más tarde el cristianismo se apoderó del hombre, y con el agua del bautismo grabó estos principios en su corazón en nombre de un Dios que por ellos dió su sangre; así es, que no se le olvidarán jamás.

Esta huella la tenemos todos los herederos de la civilización romana por cristiana herencia, y esta herencia cristiana reaparece en nosotros y los destellos de sus principios impresos en nuestro espíritu, como las cualidades orgánicas adquiridas de nuestros padres; aunque se borrara de la humana memoria el dogma de la Iglesia, no pueden desaparecer. Es lo que más íntimamente se ha apoderado de nuestro ser; por lo tanto, sólo puede transformarse.

Las generaciones pasadas nos lo han transmitido intacto; nosotros lo transmitiremos á las generaciones futuras metamorfoseado, combinado con los principios de la ciencia.

#### IV.

En el artículo anterior explicábamos cómo se forma la noción moral de lo justo y de lo injusto; y ahora nos toca preguntar: ¿cuáles son las impresiones que el espíritu del hombre recibe para que esta idea se forme? ¿Cómo se ha posesionado

de nuestro espíritu esta idea madre que parece está por cima de toda sensación y de toda impresión?

Dos investigaciones de un orden muy distinto pueden ayudarnos en este trabajo. La investigación histórica y la investigación psicológica; estudiando por la primera las diversas fases que ha presentado la idea de justicia en la vida de los pueblos, las diversas concepciones que han tenido de ella las varias naciones; deduciendo estas concepciones de cada manifestación de la voluntad en las diversas relaciones de un orden jurídico. Por medio de la investigación psicológica analizaré la justicia tal como se encuentra en la vida de los pueblos modernos; analizaré esta idea tal como se encuentra y manifiesta, no sólo en el derecho positivo, sino en el derecho natural, cuyo ideal podemos estudiar en los códigos religiosos y en los tratados de filosofía.

Por el primer método estudiaré los elementos de que yo supongo se ha de componer la idea de la justicia, estudiaré las manifestaciones históricas á través de las cuales aparecen estos elementos, su combinación y asociación. Por el segundo analizaré la idea moderna, el concepto moderno de la justicia; hallo en esta idea que á primera vista aparece simple un sistema muy complejo, y lo hallo estudiando en cada acto el principio que me indica la bondad ó maldad de las acciones. Penetrando profundamente, descomponiendo los elementos que forman estos principios, no encuentro más que una fórmula constante mezclada con otras variables; hallo siempre un sentimiento, la utilidad, el instinto de conservación y mejoramiento personal. Así como en toda combinación orgánica (salvas rarísimas excepciones) encontramos las combinaciones del carbono, elemento indispensable y primordial; así como en toda combinación orgánica encontramos una combinación de moléculas en cada una de las cuales hay un átomo de carbono, así también en las relaciones jurídicas hay un átomo de utilidad que se combina con el deseo, con el gusto estético, etc., etc., que se combina de mil maneras distintas y que si se busca la utilidad es lo último que se encuentra; sin embargo, es el impulso, es el átomo que dirige, por decirlo, en la combinación, es en el fondo el alma de la combinación. Lo

propio sucede en la historia de las relaciones jurídicas, en el fondo encontramos la utilidad.

Esta utilidad toma formas diferentes, según sean los organismos. Un hombre de pocas relaciones, de escasa actividad, tendrá un amor propio rudimentario y simple, no habrá tenido ocasión de combinarlo. Los individuos de una familia abdican parte de su amor propio, de su espíritu de independencia, de la utilidad del momento; se desprenden de las trabas del egoísmo en beneficio de la familia. En el fondo es la utilidad el móvil inconsciente de este desprendimiento, porque en la esfera de la familia, en la forma social familia, en este organismo social, el hombre se encuentra mejor, el hombre abdicar parte de su autonomía y libertad, pero gana en el cambio. Lo que da a la familia lo gana en interés compuesto. Su desprendimiento al entrar en familia puede ser hijo de un egoísmo elevado al cubo. Si da cuatro recibe cuarenta; hay una solidaridad en los beneficios de la cual todos salen igualmente gananciosos sin que pierda ninguno; y lo que le sucede al individuo en la familia, le sucede a la familia en la ciudad ó en la nación, y le sucede a las naciones en la humanidad entera.

Llega, pues, a complicarse y a esconderse de tal manera la primera parte de utilidad, el elemento primordial que se oculta y desaparece de nuestra vista en esta síntesis difícil. Sólo el análisis puede darnos a conocer el átomo de carbono de que he hablado antes al poner el ejemplo de las combinaciones orgánicas.

Tenemos, pues, que el elemento primordial del derecho (y así lo enseña la historia y la filosofía positiva) es la utilidad; y al formular este principio, todos los teólogos y metafísicos nos dirán que el derecho desaparece con esta concepción, pues se le priva de su elemento interno; nos dirán que la utilidad es cosa relativa, que no puede determinarse la capacidad jurídica, y que, dejando el derecho al arbitrio del más fuerte, retrocedemos en el camino de la civilización dificultando notablemente el progreso. La opresión, la barbarie, la esclavitud, el despotismo, no son útiles, pero se sostienen si no hay un principio superior a todos los principios que se encarnen en el derecho, consigne los de la personalidad humana y sea garan-

tía contra toda infracción. Este principio no lo ha encontrado la ciencia positiva, no lo ha sabido ver en el fondo de las nociones teológicas y metafísicas; este principio, pues, debe fundarse en bases positivas, en bases indestructibles, que ensayaremos hallar por medio del estudio antropológico.

El estudio del hombre psicológica y fisiológicamente, y el estudio de la ciencia de la vida, nos ha sugerido la idea de las conclusiones vertidas en este artículo. Vamos á exponerlas.

---

El derecho se funda en la utilidad y la capacidad jurídica, no sólo del hombre sino de todos los organismos de la naturaleza; se determina, se ha de determinar por las *facultades* y por el *trabajo*. Implícitamente reconocemos el derecho que tienen todos los organismos á la vida, porque esta vida es el resultado de penosísimos esfuerzos, de la lucha por la existencia, cuyo premio es el vivir: y el que más vive es el que más ha luchado, es el que ha desplegado mayor actividad. El organismo más bien conformado es el que se presenta con mejores derechos á la vida, es el que ha salido mejor librado de todas las batallas, es el que ha luchado más; la naturaleza le rinde los honores del vencedor, con los trofeos de los organismos inferiores que puede sacrificar á su antojo. Nadie se presenta con mejores derechos á la existencia que el hombre, el más perfecto de los organismos, ninguno de los cuales tiene tantas prerogativas y facultades. El derecho no es exclusivo del hombre, también existe en los animales; el hombre reconoce implícitamente su derecho á la vida experimentando una sensación cuando se la quita incondicional é injustamente. Todos reprobamos la ferocidad del dueño de un caballo que se entretuviera en matarlo á fuego lento, y la de otro que dejara morir de hambre á un perro útil teniendo con qué mantenerle y pudiendo utilizar sus servicios. Estos derechos á la vida que reconocemos en los animales mientras nos sean útiles, va siendo menor según éstos sean más imperfectos y llega á ser nulo en las plantas. Lo que sucede en los animales y en las plantas también debemos considerarlo en la huma-

nidad. Un hombre civilizado tiene más derechos que el rudimentario caribe. Un wedda de Ceylan tendrá un derecho embrionario. Un hombre instruido y de talento ha de tener por ley de justicia natural mayores derechos que el ignorante. Se dirá que el ignorante tiene derecho á la instruccion, pero nadie puede negar que el sabio tiene ya derechos adquiridos. La igualdad de derechos es el mayor de los absurdos. El pobre tiene derecho á la adquisicion de las riquezas, puede adquirirlas; pero el rico ya las tiene, y debe respetarse este derecho adquirido, real y directo á la cosa y en la cosa que posee. El pobre tiene derecho á su adquisicion; á nadie le está vedada la adquisicion de las riquezas por medio del trabajo.

Vamos á demostrar por qué serie de razonamientos hemos llegado á estas conclusiones.

El derecho es la ley sociológica ó la fórmula racional de la ley sociológica que la conveniencia convierte en ley ó disposicion positiva. Apliquémoslo al hombre cuyo distintivo es el de ser un organismo con especiales, especialísimas funciones de relacion. No hay ningun sér en la naturaleza que tenga las funciones de relacion tan desarrolladas, tan complicadas como el hombre. Nadie alcanza allí donde él alcanza y llega. Su talento y los instrumentos de su industria multiplican la potencia de sus sentidos.

Las relaciones que tiene el hombre con los objetos de la naturaleza son de un órden simple y elemental comparadas con las relaciones que mantienen los hombres entre sí; por esto á la vida social se la ha llamado muy propiamente vida de relacion. Para que el organismo social se conserve y progrese, es necesario que estas relaciones estén reguladas. El organismo social es de toda necesidad, como lo demuestran el excesivo desenvolvimiento de las funciones de relacion en el hombre, y sus escasas condiciones de vitalidad, las pocas fuerzas con que actualmente cuenta cuando se le coloca fuera de la sociedad y se encuentra aislado.

Para que la sociedad se mantenga ha sido necesario que se impusieran primero y establecieran más tarde ciertas leyes nacidas del estudio de su propia naturaleza; y dada la naturaleza y condiciones del organismo podemos averiguar los me-

dios para conservarle y mejorarle, podemos deducir las leyes de este organismo y comparar si aquellas leyes que se le han impuesto son las que reclama su naturaleza.

Las leyes de la sociedad han de estar conformes con su manera de ser; las del individuo han de ser las leyes de su crecimiento, desarrollo y relacion; de otra manera se contraviene á la ley natural y el individuo se encuentra en mala condicion y sucumbe.

Estudiando al hombre por lo que respecta á su vida de relacion, encontramos *facultades* y *aplicacion* de estas facultades. En sociología la aptitud ó facultad y su empleo, han venido á ocupar el puesto, á representar el papel que en la esfera de la biología realizan el órgano y la funcion. El grupo de fenómenos á que le damos el nombre de *órgano* y *funcion*, en biología se complican y aparecen bajo la forma de *facultad* y de *trabajo* en sociología.

Todos los actos de la vida de relacion se explican por el órgano que se forma paulatinamente, y á medida que se desenvuelve y perfecciona, realiza mejor la funcion y ofrece mejores condiciones al organismo, se presenta con más ventajas en la lucha por la existencia y se perpetúa su especie. La base de todo adelanto y progreso se debe á las especiales facultades del hombre, cuyas facultades le han dado la supremacía en la seleccion natural. Cada individuo tiene sus especiales aptitudes. Sus facultades son cosa inherente á cada individuo, cosa exclusiva y propia, y resultancia de estas facultades ha de ser la diversidad de trabajo, el diverso empleo dado á la actividad individual.

Estas son condiciones personalísimas, individuales; ahora bien: toda organizacion social para ser duradera y sólida ha de permitirle á cada cual el ejercicio de cada facultad, porque promover obstáculos á su libre desenvolvimiento, es matar la personalidad; pero debe al mismo tiempo armonizar estas facultades dirigiendo su actividad.

Este es el fundamento del derecho que llamamos personal; como el derecho no descansa en este principio, irá en busca de un ideal de justicia como hasta ahora, sin poder lograr un perfecto equilibrio entre las diversas actividades que en la so-

ciudad se despliegan sin poder hacer converger hácia un punto las diversas fuerzas que en la sociedad actúan.

Esta es á mi entender la explicacion más positiva del derecho natural. Este concepto del derecho descansa en la humana naturaleza y no desconoce ninguno de sus atributos. La aptitud, la facultad es la que da el derecho á obrar, es la que lleva en sí la necesidad de su empleo. El derecho no ha nacido de otra cosa sino de la facultad de obrar. El derecho no es más que una extension de la personalidad, una relacion. La regla de derecho (en sentido objetivo) es la norma de esta relacion que armoniza lo que sus facultades exigen con las facultades de los demas hombres. La sociedad ha debido formular principios que se acercaran á este ideal porque era la única manera de coexistir los individuos en la sociedad, la limitacion del derecho no se verifica, pues, en nombre del ideal de la justicia, sino por estricta necesidad.

## V.

La palabra derecho tiene dos acepciones. Con relacion á la facultad de obrar, la palabra latina *jus*, la alemana *recht*, la francesa *droit*, la italiana *diritto* y la española *derecho*, tienen dos acepciones. En el sentido objetivo se toma por las leyes y reglas que los hombres deben observar en sus recíprocas relaciones como norma de sus acciones. *Jus est norma agendi*.

En el sentido subjetivo, por el contrario, la palabra derecho significa facultad de obrar ó la posibilidad moral que tenemos de hacer alguna cosa ó de exigir que otro la haga ó no en provecho nuestro. *Jus est norma agendi*. En este caso el derecho indica una relacion favorable en la cual se encuentra un hombre respecto de otro.

El derecho objetivo es la ley sociológica que el Estado formula en vista, primero, de la legislacion vigente, sea cualquiera el origen de sus disposiciones; segundo, de las tradiciones, usos y costumbres del pueblo, y tercero, de las nuevas necesidades de los pueblos, necesidades que indican las nuevas ideas. Los filósofos y jurisconsultos van señalando

nuevo ideal de derecho que las nuevas circunstancias reclaman; los pueblos se asimilan estas ideas porque corresponden á sus exigencias y conocen que satisfacen sus necesidades morales, y la autoridad les da la sancion y les convierte en derecho positivo, en derecho escrito.

Para formular el ideal de derecho que cada época reclama, se ha de tener muy en cuenta la ley de herencia social; es decir, el cúmulo de elementos y de instituciones que una generacion hereda de otra generacion, que una época hereda de otra época. Ha de tenerse muy en cuenta el elemento *histórico*, ó lo que es lo mismo, las cualidades heredadas por el cuerpo social; y el elemento *filosófico* ó el nuevo ideal que reclaman las nuevas condiciones de los pueblos, los cuales se van transformando poco á poco en virtud de la *adaptacion y de la variabilidad de las especies sociales*.

El derecho subjetivo es la facultad de obrar, es una extension de la personalidad. Determinar el derecho subjetivo es determinar la capacidad jurídica cuyo fundamento queda indicado.

A mi entender ninguna escuela da un fundamento tan natural y tan sólido como el que al derecho da la filosofía positivista. La utilidad es el *primum movens* de toda accion personal, el mayor grado de bienestar dadas las especiales condiciones de un organismo, es el ideal que se ha de proponer el derecho objetivo; y las especiales aptitudes y aplicacion de las facultades sirve de base al derecho subjetivo.

Al hombre se le han de conceder forzosamente derechos, porque tiene facultades y las aplica. Si no se le conceden derechos, ejercita estas facultades y se las toma por su propia cuenta. Este derecho personal es innegable, porque es natural. El organismo, cuya superioridad es debida á la perfectibilidad y complicacion de los órganos, triunfa en la lucha por la existencia; así, pues, en el estado social nacen los derechos desde el momento en que entran en juego las diversas facultades de los individuos, es decir, desde el momento en que se ejercitan el órgano y la funcion social.

Los individuos, en virtud de los diversos medios de adaptacion, del medio ambiente en que viven y de la seleccion natu-



ral, presentan diversas facultades, diversas aptitudes; y de ahí nace la division del trabajo ó diversidad de aplicacion de las facultades entre los individuos de la sociedad. Esto permite que sus relaciones sean armónicas relativamente, porque lo que era lucha por la existencia en la vida animal, se convierte en principio de la concurrencia y de la competencia en la vida social.

En presencia de estos fenómenos naturales que el sociólogo estudia, puede formularse la ley natural de que el origen del derecho personal se encuentra en las facultades y en la aplicacion de las mismas. La sociedad garantiza por medio de las leyes los derechos adquiridos por el trabajo.

Diráse que con nuestro sistema quedan abandonados el huérfano, el enfermo y el anciano; que es el sistema de los fuertes contra los débiles, y que corresponderán mayores derechos al que tenga mejores aptitudes, al que la naturaleza le haya dotado de mejores facultades; y diráse por fin que esto es sancionar todas las injusticias, todas las tiranías. Pero á esta objecion que nos oponen los metafísicos, se contesta fácilmente.

Desde el momento en que el derecho se funda en la *facultad*, es ley indispensable que la sociedad ponga á disposicion de todo el que nace todos los medios para que sus facultades se ejerciten y para que pueda ser útil á la sociedad. Si se le desampara, el individuo perecerá abandonado á sus propias fuerzas. Lo propio sucederá con el enfermo, el cual, si bien es inútil cuando la enfermedad le acosa, puede llegar á un estado de salud y recompensar los beneficios que de la sociedad recibe. Con un sistema de seleccion espartana, la humanidad hubiera perdido á Pascal y á Krause, por los cuales hubiera podido dar veinte mil hombres que quizás en su vida no han hecho más que consumir sustancias azoadas.

La sociedad puede tomar sus medidas para que la poblacion no progrese en la terrible progresion geométrica. El legislador no debe olvidar ni un momento la más importante de todas las leyes de los fenómenos sociales, la ley de Malthus. Los gobiernos pueden tomar las medidas necesarias para que la poblacion no aumente; pero la sociedad debe respetar la vida del que nace desde el momento que entra en sociedad.

El primero de los derechos no es el derecho á la vida, sino

el derecho á vivir ; y el segundo el derecho á reclamar de la sociedad los medios para que se desarrollen las facultades del hombre. Ahora bien : aquel que carece de facultades, el *imbécil*, y aquel que no las ejercita, el parásito de la sociedad, están dispensados de tener derecho alguno. Un imbécil y un parásito consumen el ázoe, el carbono, el fósforo que necesitan los seres conscientes que se agitan á su alrededor.

El anciano tampoco queda abandonado cuando se inhabilita para el trabajo, pues durante su vida útil se ha hecho acreedor á todos los beneficios que luégo se le prodigan : esto con relacion al estricto derecho independientemente de todo cariño personal.

Lo que en el fondo es una injusticia, la mayor de las crueldades y el más grave de los absurdos, és que el hombre inútil haya de ser una eterna carga para el útil ; que el enfermo y el débil hayan de ser para el fuerte, y que la sociedad, sostenida por los sabios, los fuertes y los activos, vaya llamando á la vida y sosteniendo en ella á un enjambre de inválidos que, por contra-seleccion, se acumulan en interés compuesto.

Nada más natural que la sociedad reconozca y conceda mayor suma de derechos al que con mejores facultades realiza mayor trabajo ; pero nada más útil que la sociedad proteja todo derecho, sea cual fuere su mínima importancia y su ínfima categoría. La injusticia, la tiranía, debe eludirla la sociedad evitando que un individuo invada la esfera de otro. *Suum cuique tribuere* ha dicho el jurisconsulto romano de aquel pueblo que tan bien comprendía aquello de *Salus populi suprema lex esto*. Dar á cada uno lo que sea suyo, esto es, lo que se haya conquistado dentro de las especiales condiciones sociales en que vive por medio de su inteligencia y de su trabajo.

«No hagas á los demas lo que no quieras que te hagan,» es una fórmula negativa y un concepto igualitario, pero que en el fondo puede importar el principio que indicamos. «Haz á los demas lo que deseas que los demas te hagan,» esto es facultar todas las exigencias, legitimar todos los caprichos, porque me permite juzgar á los demas iguales á mí, como si las condiciones de cada hombre no fueran diversas. Pero en el fondo de estos principios se entreve otro principio; en el sentido

interno de estos dogmas morales hay una idea de correlacion, hay un principio positivo que aparece tan luégo como se descarta la idea metafísica de amor al prójimo inconsiderado, de amor al prójimo por amor de Dios, etc., etc., y este principio es el de dar á cada uno lo suyo ; á cada uno tratarle segun sus obras. La verdadera ley de igualdad consiste en tratar á cada cual segun sus condiciones y merecimientos, pues siendo todos desiguales, si á todos se les trata igualmente, resultará la mayor de las injusticias. Vemos, pues, cómo en el fondo de los grandes preceptos morales aparece el concepto positivo de la justicia, del derecho.

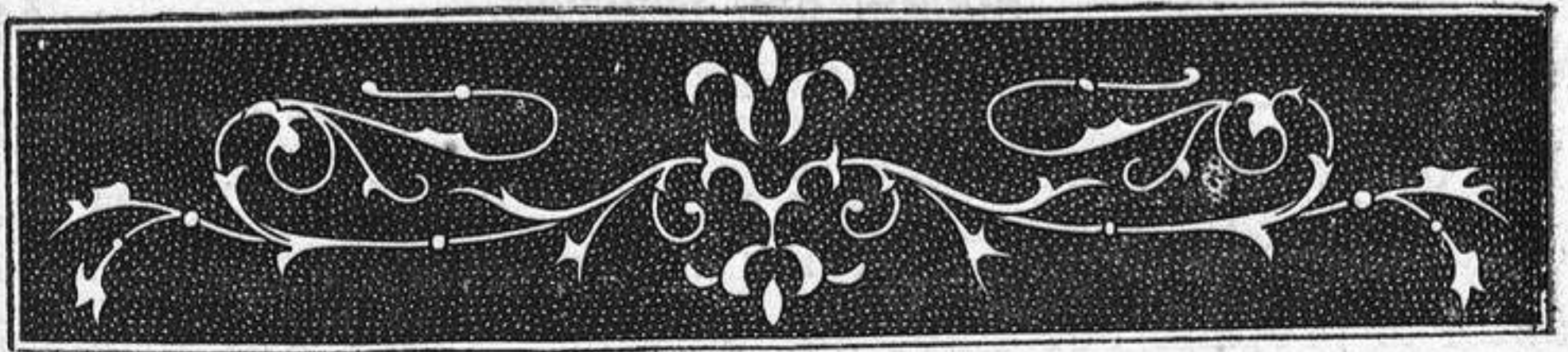
El órgano y la funcion determinan la importancia de los diversos séres. Todos los séres tienen derechos á medida que tienen mejores órganos y realizan mejor las funciones. El derecho objetivo será, pues, el conjunto de reglas que regulan las funciones de relacion de la vida social.

El derecho subjetivo es el conjunto de facultades que determinan la esfera de relacion en la vida social de cada hombre, segun sus facultades y aptitudes (órgano), y segun su trabajo (funcion).

Las modernas teorías del transformismo ó de la evolucion han cooperado á la definicion exacta y científica del derecho segun la filosofía positiva.

P. ESTASEN.





## LAMARTINE.

---

SEÑORES :

**T**emeridad insigne es hablar en público de Lamartine. Retrocedí en un principio ante las dificultades de esta tarea, y si me atrevo á emprenderla hágolo así por creer que á ello me obliga un deber de gratitud. ¿Cómo es posible, en efecto, merecer el honor de haber conocido á un hombre como aquél y haberse oído llamar su amigo, sin venir, én dia como éste consagrado á su memoria, á contar lo que se le vió hacer y lo que se le oyó decir, añadiendo de esta suerte á la imágen algo legendaria que damos, formando de él algunos rasgos más peculiares y verdaderos? Tal es, señores, mi ambicion : pintaros al verdadero Lamartine, al verdadero no sólo como poeta, sino como orador, historiador, estadista y hombre! No ocultaré en modo alguno sus flacos, porque forman parte de su originalidad é influían bastante en el indefinible encanto que ejerció sobre todos los que á él se acercaron, y es lo mismo que se le mire de léjos ó se le estudie de cerca, pues si de léjos se le admira, de cerca se le ama.

Siempre me ha preocupado un hecho; el maravilloso instinto del público para reconocer el genio en su primera mani-

festacion. Apénas aparece y habla, parte de los corazones una aclamacion entusiasta que le otorga realeza. Diríase que todo lo que ha de hacer está escrito con anticipacion en lo que hace, y esos comienzos encierran una larga vida de gloria. Diríase, y perdonadme la comparacion pues tratamos de un poeta, que aquello es el esplendor de un hermoso dia de sol, concentrado por completo en el pristino rayo de la aurora.

Así sucedió á Lamartine. Veinticuatro horas hacía que las *Meditaciones* se publicaron, y por un extraño fenómeno de electricidad moral, el nombre del poeta desconocido la víspera, estaba en labios de todos. Cuando apénas tenía algunos lectores, encontróse con una muchedumbre de admiradores y sobre todo de admiradoras, pues las mujeres y los jóvenes son siempre los primeros precursores del genio. El mismo M. de Talleyrand, avisado por este rumor de la gloria, buscó el tomo, lo leyó en algunas horas arrebatadas al sueño, y escribió á la mañana lo que sigue á un su amigo : «Esta noche nos ha nacido un poeta.» ¡Un poeta, es decir, segun el sentido etimológico de la palabra, un revelador! Aquel joven acaba de crear, efectivamente, algo desconocido para la poesía francesa, había brotado de sus labios nuevo himno á la pasion más poética del hombre, y había transfigurado el amor. ¿Qué fueron hasta entónces nuestros poetas elegiacos Marot, Ronsard, Regnier, La Fontaine, Parny, Millevoye, el mismo Andrés Chenier? Paganos que sólo cantaban del amor la voluptuosidad ó el delirio. Lamartine hizo de este sentimiento casi una religion. Fué el que primero pintó en un mismo corazon el amor y la fe, depurando la pasion con la piedad y acelerando á ésta con la pasion, ¡adorando á Dios en Elvira y á Elvira en Dios! De aquí una fuente de nuevas bellezas. La idea de lo infinito con sus tristezas y éxtasis, el sentimiento de lo que tienen de perecederos nuestros afectos, junto con la conciencia de lo que tienen de eternos, entran por vez primera en la poesía amatoria. Por primera vez vienen á sentarse al lado de un cantor de Eros dos musas desconocidas para la antigüedad, la melancolía y la esperanza, y sucede de esta suerte en las poesías de Lamartine que el amor, alternativamente inundado de sombras y de luz, inclinado hácia el sepulcro ó lanzándose

hacia el cielo, aparece á nuestros ojos revestido con nueva grandeza, entre la muerte y la inmortalidad.

No me propongo detallar las mil bellezas poéticas de las obras de Lamartine. ¿Qué podría decirnos que no esté dicho, incomparablemente mejor por el poeta mismo, hablando para el intento por boca de sus ilustres intérpretes? No haré más que recordar que las segundas *Meditaciones*, las *Armonías*, las *Recueillements*, la *Muerte de Sócrates*, de forma no tan pura quizás como la de su primer obra, pero de más vigor en la composición y más ricas de colorido, aumentaron cada año su gloria y que con *Jocelyn* llegó á su colmo. *Jocelyn* fué nada ménos que una segunda y brillante innovacion, una nueva conquista en los dominios de la poesía. Francia no tenía epopeya, y Lamartine se la dió : epopeya íntima con que se elevó á la altura de los genios creadores. La fama cada vez mayor del poeta de las *Orientales* no empequeñeció á Lamartine y ámbos brillaron sin eclipsarse. Para cada cual hubo un reino ; estoy por decir que un pueblo, y sus admiradores pudieron decirse mutuamente aquellos versos del autor de *Atalía* :

*J'ai mon Dieu que je sens, vous adorez le vôtre  
Ce sont deux puissants Dieux...*

¿Sucede otro tanto hoy dia? Permitidme que os hable con toda sinceridad.

Ha adquirido tales proporciones la gloria de Víctor Hugo y se ramifica de un modo tan profundo en todas las capas sociales, que constituye un fenómeno aislado. En cuanto á Lamartine, fuerza es decirlo, su astro palidece. Ya no ocupa en la admiración general el lugar que ha tenido tanto tiempo. Sus obras se compran, figuran en primera línea en las bibliotecas y se encuadernan lujosamente ; mas ya no se ponen debajo de la almohada ni se llevan á paseo en forma de esos pequeños tomos manuales y usados que parecen amigos, y que por valernos de una frase muy expresiva á pesar de su familiaridad, se aprenden de memoria. ¡Ah! Con razón quereis erigirle una estatua ; pocos serán los que se opongan y muchos los que se asocien ; mas ántes tuvo otra mucho más bella, eri-

gida en un lugar más santo que todas las plazas públicas de la ciudad... en el corazón de la juventud. Pues bien : esta estatua, ¡ya no la tiene! ¡Ya no reina él en ese santuario! ¡Alguien le ha sustituido! ¡El cantor de Rolla ha destronado al de Elvira!

¿Es esto justo? ¿Síguese de aquí algún provecho para la juventud? ¿Ha hecho bien en variar de religion? Voy á tocar un punto harto peligroso, á tocar á un ídolo que por cierto es el mio. Nadie admira más que yo al poeta de las *Noches*. Llenas están de sus versos mi memoria y mi imaginacion, y uno de mis placeres favoritos consiste en recitármelos en los bosques ó á orillas del mar. Pero al comparar á Alfredo de Musset en el lugar que ocupa, con el grande hombre que ántes que él le ocupaba, y sobre todo con la inmensa influencia que ejerce, no puedo prescindir de ver y de juzgar.

Alfredo de Musset es un incomparable pintor de las pasiones. Despliega al pintarlas todos los géneros de talento : gracia, emociion, profundidad, ingenio, verdad! Son lágrimas verdaderas las de sus ojos, verdaderos gritos de dolor los que profiere. Mas ¿por quién estos sollozos y estas lágrimas? ¡Siempre por criaturas más ó ménos degradadas, por Belcoler ó Namouna! Manen Lescaut es su Elvira. Sólo pinta lo que tiene el amor de enfermizo y fatal. Sólo poetiza la pasion, el aspecto en que se asemeja más con el vicio. Sólo describe la fiebre al describir el corazón humano. Eso es elocuente, conmovedor, punzante, pero no es sencillo ni sano. Muchas figuras de mujer pasan por estos poemas ; pero buscad entre ellas la pura y verdadera imágen de una doncella, de una hermana ó de una madre, de una abuela, de una mujer que cree, de una mujer que se sacrifica, de una mujer honrada, y no la encontrareis. Y aún voy más léjos : pedidle que os pinte uno de los grandes y eternos sentimientos del alma : el amor paternal, el filial, el patriotismo, la caridad, el amor á la libertad, el de la humanidad, no lo conseguiréis. Aquel gran poeta, pues lo era en sumo grado, no es ciudadano, ni padre, ni hijo, ni hombre en el divino sentido de la palabra. ¡La obra que nos ha dejado es un admirable paisaje... ¡sin cielo!

¡Ah! Cuando evoco con el pensamiento á los inmortales poe-

tas dignos de figurar en el techo que pintó Ingreo en honor de Homero, cuando empiezo por el principio de toda poesía, por los cantos de Orfeo, por Píndaro, por la *Iliada*; cuando paso á Esquilo y Sófocles; cuando llego de Sófocles á Virgilio y de Virgilio á Dante, á Petrarca, entro en sana y fortificante atmósfera, respiro un aire que me purifica y sostiene, alzo la frente, levanto el corazón, y comprendo que estoy entre los bienhechores de la humanidad. Pues bien, señores: Lamartine pertenece á este número y puede presentarse ante esos grandes hombres en la *Oracion del niño al despertar*, con *Mélly*, con *Las Estrellas*, con el *Crucifijo*, con el *Canto de los segadores*, seguro de que todos ellos le dirán: ¡Adelante! ¡Eres uno de nosotros, pues fuiste siempre grande y puro! ¿Podía decirse acaso otro tanto del poeta de *Rolla*? ¡No quiera Dios que intente yo derribarlo de su pedestal! No soy iconoclasta; pero no puedo ménos de creer y repetir que el genio que consuela y ennoblece es superior al que desespera y rebaja; que sólo se otorga verdadera inmortalidad á la pintura de lo que es eterno, y que, por decirlo de una vez, Dios por Dios, el de nuestra juventud valía más que el de la vuestra!... Sed fieles á vuestro culto si quereis, pero creedme: ¡no desertéis del nuestro! ¡Abrid otra vez vuestros corazones al que nunca hizo más que bien! ¡Guiados de nuevo por la voz que os dirige á los senderos que suben, ella os hará dignos de la tierra levantándoos sobre ella!

Hemos tratado de caracterizar la obra. Hablemos ahora del poeta.

Mucho se ha dicho del orgullo de Lamartine. ¿Qué pensaríais si yo os dijera que era modesto, aunque con modestia sin duda relativa? Solía cifrar su amor propio en cosas muy raras; se creía, por ejemplo, gran economista, gran vinicultor, gran arquitecto. «Jóven, dijo cierto día al hijo de uno de sus amigos, miradme bien: podreis decir despues que acabais de ver al primer hacendista del mundo! La gloria de Víctor Hugo no le ofuscaba; pero el título de primer vinicultor de Francia concedido á M. Duchâtel le mortificaba. «No es más que un aficionado, decía él; yo sí que soy una cepa de nuestras colinas.» Enseñaba una mañana en Saint-Point á cierta visita un pe-



queño pórtico... horrible, iluminado con chillon colorido, y que constaba de dos columnas del órden... de todos los órdenes. «Querido amigo, le dijo, cuando pasen cincuenta años se vendrá á este lugar en peregrinacion; mis versos se habrán olvidado, pero se dirá: Fuerza es confesar que este mozo sabía construir. Creerse hábil en las cosas de que no se entiende no constituye precisamente originalidad; pero no es posible decir otro tanto de no engreirse en el arte que se domina, y con esto llegamos á uno de los más singulares aspectos de la compleja naturaleza á que nos referimos. La modestia de los hombres superiores no es otra cosa que espíritu de comparacion. Cuando Lamartine se comparaba con sus contemporáneos hallábase grande; pero al compararse con los genios de primer órden ó consigo mismo, es decir, cuando ponía en paralelo lo que había hecho con lo que hubiera podido hacer, era modesto. Atrevíme un dia á decirle: «Explicadme un hecho inexplicable: me gustan lo mismo los versos de La Fontaine que los vuestros; los aprendo con igual facilidad y los recito con igual placer; mas al cabo de seis meses los versos de La Fontaine no se me han olvidado, y los vuestros se me olvidan. ¿Cuál es la razon?» «Os la voy á decir, me contestó. La Fontaine escribe con una pluma, ó si quereis, con un buril, y yo con un pincel; él graba, yo pinto; sus contornos son precisos, los míos flotantes; es natural que los unos se impriman y los otros se bórren.» Con sorpresa, y conmovido por tanta sencillez, añadí con profunda conviccion: «Y sin embargo, no ha habido un solo poeta francés mejor dotado que vos. Vuestro genio es tan grande como el de los más ilustres...» «Es posible, me dijo sonriendo, pero no tengo tanto talento: talento, querido amigo, es decir, lo que se adquiere con el trabajo y la voluntad; no he trabajado nunca, y no sé corregir. Siempre que he querido hacerlo en algunos versos los he echado á perder. No teneis más que compararme con Víctor Hugo como versificador, y vereis como no soy más que un colegial á su lado.» «Os pareceis mucho más, le dije, á otro niño mimado de las musas, que cual vos, nunca supo lo que son el esfuerzo y la lucha, y que deja caer sus notas como vos vuestros versos.» «¡Oh! no me igualeis á Rossini, repuso con viveza: ¡él sí que

tiene obras! Ha hecho el *Barbero*, *Otelo*, *Guillermo Tell*, y yo sólo he escrito algunos ensayos. Despues de todo, no soy más que un aficionado muy notable...» Lo decía sin creerlo. Contaba con el ardor de mi protesta, y de cierto que su asombro habría sido grande al verme tomar su dicho al pié de la letra. Sin embargo, bajo la exageracion de los términos, que estoy por llamar blasfemia, ocultábase un sentimiento verdadero... No se le ocultaba que, segun la elegante frase del cardenal de Retz, *il n'avait pas rempli tout son mérite*. Muchos han creido descubrir afectacion y comedia en el desden con que hablaba de sus versos. No ha habido hombre ménos dado á la ficcion que Lamartine. Aunque era diplomático y hábil hasta la torpeza, la farsa le fué siempre ajena. Desdeñaba sinceramente su grandeza poética, porque sentía en sí mismo un poeta muy superior á sus obras, y sobre todo, como vereis más adelante, un hombre muy superior al poeta. De aquí que hubiera en su amor propio de autor sencillez y candor, que eran un atractivo más. Paréceme que aún le oigo decir: «¿Habeis leído mis últimos versos en el *Conseiller du peuple*?—No...—¡Oh! leedlos, amigos míos, leedlos. Son bellos, muy bellos!» Y luégo, conteniéndose: «Regulares.» Como veis, se contenía, se juzgaba, y, cosa aún más rara, permitía que los otros le juzgaran. La lectura de *Jocelyn* excitó en Beranger un verdadero entusiasmo. «¡Oh, amigo mio, decíale á Lamartine, habeis hecho una obra maestra de poesía, de emocion, de número!» Y despues añadía con la sonrisa picaresca que le era habitual: «¡Lástima que contenga trescientos ó cuatrocientos versos que ensartais al portero!» ¿Sabeis qué contestó Lamartine? Reir; y hallando muy chistosa la frase, repetirla. Estamos, como veis, muy léjos del *genus irritabile vatum*. Nunca, en efecto, hubo un amor propio ménos irritable, ni ménos irritante. No sabía molestarse ni molestar á los demas. Todas las pequeñas pasiones de los poetas, la envidia, el odio, el rencor, eran cosas desconocidas para él. Harto lo demostró en su lucha poética con Barthélemy. Este infeliz le denunció, le calumnió, le ridiculizó. Pues bien: en su admirable *Epitre á Nemesis*, Lamartine no llegó nunca á dejarse arrebatado hasta la ira, ni rebajar hasta el desprecio. No pasó del desden. Y

como si este sentimiento le fuera tambien insoportable, se libra de él ; volando más allá é interrumpiendo de un golpe su ardiente ditirambo, deja caer sobre el culpable esta evangélica palabra de mansedumbre y de perdon :

*Un jour de nobles pleurs laveront ce délire,  
Et ta main étouffant le son qu'elle a tiré  
Plus juste arrachera des cordes de ta lyre  
La corde injurieuse où la haine a vibré  
Pour moi, j'aurai vidé la coupe d'amertume  
Sans que ma lèvre même en garde un souvenir  
Car mon âme est un feu qui brule et qui parfume  
Ce qu'on jette pour la ternir.*

Hé ahí á Lamartine en la natural grandeza de su actitud y esa *Epitre a Nemesis* que señala, como sabeis, el primer paso del poeta en los negocios públicos nos lleva como de la mano á estudiarlo como orador y hombre de Estado.

Cierta noche, y ya en los últimos años de su vida, estaba sentado Lamartine al amor de la lumbre, con la cabeza inclinada, cerrados los ojos, en el estado de somnolencia que le era habitual y en que vagaba entre el sueño y la abstraccion. Dos amigos suyos hablaban en voz baja no muy léjos de él. Levantábase la voz á medida que la conversacion se animaba, y uno de ellos dijo : «Preferiría haber sido el autor de las *Meditaciones* á haber hecho la *República*.» Lamartine, bostezando, volvió la cabeza hácia él : ¿Qué decíais, querido? «El amigo, corrigiendo algo la frase, contestó : «Quisiera mejor *aún* haber hecho las *Meditaciones* que la *República*.—Pues bien : eso me prueba, repuso Lamartine, sin dejar de bostezar, que sois un necio.» Y levantándose entónces y saliendo en un instante del estado soñoliento en que se hallaba. «Dejemos aparte mi pequeña personalidad, añadió : tratemos del asunto en general, y juzgad la inmensa superioridad del hombre de Estado sobre el poeta ; éste se consume en alinear las palabras y en concertar los sonidos : el otro, verdadero verbo, es decir, pensamiento, palabra y acto juntos realiza lo que el poeta no hace más que soñar, ve convertirse en hechos y beneficios (*se convertir en faits et bienfaits*) todo lo que tiene de grande y de

bueno y en beneficios que no sólo aprovechan las presentes generaciones sino que llegan en ocasiones á la más remota posteridad. ¿Sabeis lo que es un grande hombre de Estado?... un gran poeta en accion!» La accion, la necesidad y la esperanza de la accion : tal fué, en efecto, el pensamiento constante del que sólo se considera generalmente como un soñador sublime. Seguro estoy de que no adivináis quién era el hombre por quien sentía la más viva admiracion literaria. Ese hombre era Voltaire. Y ¿sabeis por qué? «Porque no hay, decía él, una sola línea en sus obras que no haya sido un acto, ni ha salido de sus labios una sola palabra que no haya influido en la cosa pública. ¡Voltaire fué cuarenta años el más grande suceso de su siglo! ¡Por eso se dice el siglo de Voltaire como decimos el siglo de Luis XIV y el siglo de Pericles!» Por último, cierto dia hallándose Lamartine en uno de los pocos momentos de completo abandono en que revelaba de lleno su pensamiento, pues bajo sus apariencias de descuido y efusion era muy reservado y dueño de sí y sabía guardar en el fondo de su alma ciertos recónditos secretos que todos ignoraban y quizás él tambien, exclamó : «¡Oh! ser un Napoleon sin espada al cinto!» Ved aquí el fondo de su corazon. Reinan sobre un gran pueblo por el pensamiento, mandar al mundo con la inteligencia! ¡Ser el conquistador, el dominador de su época sin derramar una gota de sangre y sin someter los hombres á otro yugo que el de la justicia, la piedad, la generosidad! ¡Quimeras, sueños! dirán muchos. ¡Sea en buen hora! ; pero lo cierto es que realizó este sueño por espacio de tres meses y que lo persiguió diez y seis años.

Daban los antiguos á los poetas nombre de *vates*, que quiere decir profetas. Ningun hombre lo ha merecido más que Lamartine, pues tenía doble vista. No sé qué instinto adivinatorio le revelaba á la vez las grandes crisis públicas y la mision que le estaba reservada; asusta el leer en el *Viaje á Oriente* su conversacion con Lady Stanhope, y ver con qué precision se señala un fin y con qué constancia se aplicó á cumplirlo. Estudiad su conducta desde 1832, pues lo merece. Llega á la Cámara: «¿A qué partido pertenecereis?» le preguntan. «Al partido social.» Frase nueva que no se había dicho nunca en las asam.

bleas parlamentarias. «¡Social!» le contesta su colega; ¿qué quereis decir? ¡Eso no es más que una palabra!—No : contesta Lamartine; es una idea.—Pero en suma, ¿dónde os colocareis? No hay sitio para vos en ninguno de los lados de la Cámara.— ¡Pues bien! replicó con una sonrisa entre confiada y burlona : ¡en el techo!» Extraña contestacion sin duda, pero característica y que le pinta muy bien. Lo conducía siempre su instinto á donde sólo podía llegar y sostenerle las alas.

Los espíritus superficiales comparan sin dificultad á Lamartine orador con un músico hábil, que canta tan pronto trozos de brío como entona poéticos ditirambos, y aún á las veces se aventura por capricho á tratar cuestiones prácticas; pues él fué, como recordareis, uno de los más ardientes defensores de los caminos de hierro contra Arago; mas para los hombres reflexivos, cada uno de sus discursos revela la premeditada conducta del estadista que aborda todos los problemas, porque quizás tendrá algun dia que resolverlos todos.

Un curioso hecho evidenció su facultad de asimilacion. Hallábase á la órden del dia un gran proyecto de canal. El diputado que debía defenderlo enfermó el mismo dia de la discusion. Aconsejóse á los interesados encargar de la defensa á Lamartine. Acuden á su casa y lo encuentran en el baño. Entran y le exponen el deseo que abrigaban. «Pero no sé una palabra de vuestro asunto.—Vamos á explicároslo.—Pero soy el diputado ménos versado en ingeniería de la Cámara.—Un hombre como vos gana su título en un momento.—Pues bien : hablad.—Empezaron los interesados su explicacion miéntras Lamartine se bañaba; la siguieron miéntras salía del baño y se vestía; la acabaron miéntras almorzó, y dos horas despues pronunciaba en la Cámara Lamartine un discurso sobre negocios con lucidez y precision admirables. El éxito fué extraordinario y el asombro mayor todavía. Todos se asombraban ménos él. «Hacetiempo, dijo, que conozco mi capacidad de hombre práctico. Las gentes no quieren creerlo, porque he hecho versos. ¡Si fueran malos! ¡Por desgracia los hay buenos, y algunos son bellos! ¡Eso es lo que me pierde!»

Su presciencia estalló á las veces desde la tribuna en acentos proféticos. Cuando la Cámara se disponía á votar la traslacion

de los restos de Napoleón I, Lamartine protestó. El extraño consorcio del liberalismo y el imperialismo verificado en tiempo de la Restauración, le había repugnado siempre. Veía en ello una mentira. En vano los grandes poetas de aquella época, los extranjeros al par que los franceses, Mongoni, Lord Byron, Béranger, Víctor Hugo, Casimir Delavigne se hacían corifeos de aquella inmensa gloria. Lamartine, admirando al genio, buscaba implacablemente al tirano debajo del conquistador y le lanzaba este terrible anatema :

*Rien d'humain ne battait sous son épaisse armure.*

Este maridaje de la libertad y el despotismo le parecía en ella un adulterio. Por eso se levantó contra la triunfal traslación con todas las fuerzas de su elocuencia. ¡Nunca resonaron en la tribuna acentos tan admirables! Y cuando hubo de reconocerse vencido, arrojó como su última palabra este conjuro, que nos obliga hoy á estremecernos, como las profecías de la antigua Casandra : «Pues bien ; sea en buen hora, ya que así lo quereis... ¡Trasladad sus restos! ¡Dad á su estatua por pedestal la columna!... ¡Es obra suya! ¡Es su monumento! Pero escribid al ménos en el zócalo : ¡A Napoleón no más! (*A Napoléon lui seul.*)

Poco despues acentuóse cada vez más la oposicion de Lamartine. No intervino, sin embargo, en ninguna conspiracion (1). Nadie era ménos dado que él á conspirar, porque para conspirar es preciso ser muchos, y á él le importaba ir solo, y tambien porque á su noble corazon repugnaban las maquinaciones clandestinas ; pero sus discursos y conversaciones, y muy pronto sus libros, conspiraron por él : publicó *La Historia de los Girondinos*.

*Los Girondinos* es al mismo tiempo un libro y un acto.

(1) Un hecho que cito aquí con alguna anticipacion, es buena prueba de su aficion á permanecer siempre alejado de los movimientos que se concertaban. Nunca quiso tomar parte en la campaña de los banquetes, mas luego que los jefes del movimiento dieron cita á la poblacion en la plaza pública y que, por prudencia, se negaron despues á asistir, dijo Lamartine : «Iré, aunque no me acompañe más que mi sombra.» Y fué.

Como libro, ofrece un mérito particularísimo que se caracteriza muy bien con cierta frase de Lamartine.

El día en que llegó por vez primera al Líbano, entusiasmóse de tal suerte, que al punto improvisó admirable descripción de este grande espectáculo, en presencia del espectáculo mismo. Uno de sus compañeros, que era un jóven oficial, no pudo ménos de decirle: «¿Dónde veis todo eso, M. de Lamartine? No veo nada de lo que decís.»—«Es muy sencillo, contestó Lamartine: yo miro como poeta y vos como capitán de estado mayor.» Pues bien, señores: tal es el mérito y tales los defectos de Lamartine como historiador. Nadie ha reproducido con más vigor los memorables días de la revolución; nadie ha pintado mejor á sus principales actores. ¿Por qué? ¡Porque los ve con los ojos al mismo tiempo que con la imaginación!... ¡Porque los transfigura sin desfigurarlos! ¡Porque, en suma, es poeta! Desgraciadamente no es capitán de estado mayor todo lo que debiera. De todo esto resulta un libro elocuente, arrebatador, patético y digno de admirarse en su conjunto, pero no tan irreprochable en los detalles, y por el cual comprendemos, que hay diferencia entre la exactitud y la verdad. Ni podía ser de otro modo. Lamartine había leído mucho, pero al azar, sin método, por gusto. Faltábale caudal de instrucción; ni siquiera tenía biblioteca. Algunos tomos diseminados por su habitación, sin domicilio conocido, constituían sus estudios. Cuando necesitaba una obra, mandábala buscar en la librería más próxima y la leía como leen autos los abogados, con la maravillosa intuición que les hace fijarse en las frases que pueden serles útiles, como si estuvieran escritas con tinta roja. Tal hacía Lamartine: devoraba los libros, los adivinaba, se los asimilaba, los transfiguraba y seguía. La *Historia parlamentaria* de Bucheg y de Roux, le sugirió la primera idea de *Los Girondinos*: completóla con la lectura febril de las obras que le indicó un amigo: lanzóse luego en busca de informes más personales.

Un hecho curioso nos llevará al fondo de este libro tan extraño y tan mal juzgado como acto. Supo Lamartine que uno de los últimos restos de la Convención, uno de los últimos miembros del comité de salud pública, uno de los más fieles

amigos de Robespierre, el doctor Soubervielle, vivía aún en uno de los arrabales de Paris. Lamartine va á verle una mañana á las diez. El anciano, que á la sazón tenía ochenta y tres años, estaba todavía en la cama. A la llegada de aquella ilustre visita, levantóse sin emocion y sin turbarse ante tan alta gloria : los hombres de aquel tiempo no se turbaban ni admiraban otra cosa más que lo que á ellos se parecía. Inclinando despues ligeramente la cabeza, cubierta de un gorro de algodón, le dijo con acento claro y perentorio : «¿Qué quereis de mí, caballero?»—Datos precisos sobre la Convencion, cuya historia escribo.—¿Vos? Repuso el anciano, mirándole de hito en hito, y luego, con el enérgico lenguaje que era propio de su tiempo, añadió : «Sois muy poca cosa para escribir esa historia.» (*Vous n'etes pas f... fait pour écrire cette histoire la...*) Y reclinóse de nuevo. Lamartine no se asustó al oír esta contestacion, ni de su fondo ni de la forma en que se le dió. Pasó por los términos, algo suavizados por mí, y que no le daban miedo, pues usaba las expresiones fuertes con bastante frecuencia, lo que muy mal se compadecía con el carácter de sus versos ; aunque, como dijo Pascal, todo es contraste en el corazon humano. Sostúvose, pues, y consiguió averiguar preciosos detalles.

Inmenso fué el efecto del libro y considerable su influjo; no, como injustamente se ha dicho, por ser la apología del terror, pues todos habían retrocedido ante ella con horror y repugnancia, sino por ser la apología de la República. Lamartine la rehabilitó presentándola bajo una forma poética y grandiosa. Purificóla, separándola de las atrocidades de que fué víctima y de que se la quiere hacer cómplice; despertó en Francia ideas de gloria y libertad que parecían otras tantas sátiras de la política tímida, un tanto burguesa... de la política retraida (*politique d'effacement*) que confieso no atreverme á combatir hoy dia, porque ¿qué importa este retraimiento si se compara con la mutilacion?

Entónces teníamos todavía el derecho de tener susceptibilidad nacional y aspiraciones de engrandecimiento. *Los Girondinos* respondieron á estos pensamientos. Lamartine trajo esta vaga agitacion de los espíritus con frase en adelante



histórica : *Francia se aburre*. (*La France s'ennuie*). En suma, al modo que las aves marinas, sintió que la tempestad se acercaba y voló hacia un término lejano, vagamente entrevisto. Un su amigo, inquieto por la nueva dirección de sus ideas, preguntóle el motivo, á lo cual contestó en estas frases textuales : «Adonde se encamina la Francia, quiero esperarla á diez años de distancia. Me encontrará, me cogerá al paso y acaso le seré útil...» ¡Hémos en el *Hotel de Ville*, señores!

---

El sueño de Lamartine se ha realizado. ¡Un día de tempestad y él con el timón! Mostróse entonces admirable por su cándida grandeza. Durante tres meses, sin cometer una ilegalidad, sin un acto de violencia, sin disparar un tiro, sin derroamar una gota de sangre, gobernó, administró, moderó, sujetó, electrizó... ¿Con qué? Con su palabra. Las más furiosas pasiones, las más imperiosas necesidades, las más perniciosas teorías acudían al *Hotel de Ville* y Lamartine salía del Consejo, subía sobre una silla, hablaba durante un cuarto de hora, preguntando ingenuamente á los que le acompañaban. ¿Está bien? y las pasiones se calmaban, cesaban los rugidos, apaciguábanse las fieras, no era aquello la historia sino la mitología : ¡no se había visto cosa semejante desde Orfeo!

Lucieron para Lamartine muchos días hermosos en aquellos tres meses : ¿cuál fué el más bello?... ¿El de la bandera roja? No. ¿El del manifiesto? No. ¿Aquel en que respondió á la turba frenética que pedía su cabeza : «¡Pluguiera á Dios que la tuviérais todos sobre los hombros!» No. El 16 de Abril y el 3 de Mayo: ellas fueron, á mi ver, las fechas más memorables de ese reinado de tres meses. El 16 de Abril, porque aquel día el grande hombre de Estado supo ser también habilísimo diplomático: el 3 de Mayo porque Lamartine sacrificó á la salvación de la ciudad, no su vida que á cada instante exponía con la sonrisa en los labios, sino su popularidad.

Puedo aducir sobre estos puntos algunos datos precisos y personales.

En Marzo de 1848, una casa situada en la calle de Rivoli, esquina de la plaza de las Pirámides y anexa á la administracion de la casa real, fué ocupada revolucionariamente por un jóven completamente desconocido tres meses ántes y que se hizo de un golpe temible por la publicacion de un periódico, cuyo título era por sí solo una amenaza. El periódico se llamaba *La Commune de Paris* y el periodista Sobrier. Yo conocía á Sobrier que tenía 25 ó 26 años á la sazón, que era honrado y hombre de conviccion y fanático hasta el iluminismo, que había dado un irrecusable testimonio de su sinceridad, haciendo á la República la ofrenda de toda su fortuna, doce mil libras de renta... Si todos los intransigentes se vieran obligados á dar tamañas pruebas, su número sería tal vez, aún más reducido. Nada conmueve más á las masas que el desinterés. Así fué que Sobrier ejercía grande ascendiente sobre los obreros de Paris. La víspera ó al dia siguiente de los grandes sucesos, aparecían fijos en todas las esquinas carteles pequeños en tinta encarnada con estas frases lacónicas y amenazadoras: «El pueblo no está satisfecho del dia de ayer. Si el gobierno provisional incurre de nuevo en semejantes faltas, doscientos mil somos los que vienen á recordarle sus deberes.— Sobrier.» Lo misterioso y terminante del estilo aumentaba grandemente el temor. Burlábase mucho la gente en voz baja de los eternos doscientos mil que reaparecían constantemente en los carteles y que nunca se veían en la calle; mas no por eso se los temía ménos pues se sabía que en la casa de la calle de Rivoli se reunía el estado mayor de la revolucion y que de allí partía sin cesar las consignas y órdenes que obedecían los obreros.

El 16 de Abril era grande la agitacion en Paris, y se hablaba de un temible movimiento popular. Pasé temprano por el ministerio de Sobrier, y entré para adquirir noticias. El patio, las escaleras, todo resonaba con el ruido de los fusiles. Había centinelas en todas partes. Traté de subir: —No se pasa. —Paso siempre. —¿Por quién preguntais, ciudadano? —Por M. Sobrier. —El ciudadano Sobrier está ocupado. —Es posible; pero aún así me recibirá. —¿Cómo os llamais, ciudadano? —M. Legouvé.» Confieso que me regocijaba multiplicar el *monsieur*

en aquel templo del civismo. Como viera bajar el centinela á un importante personaje, llamóle y le dijo : « Ciudadano, aquí teneis al ciudadano Legouvé , que desea hablar con el ciudadano Sobrier. — Que pase. — Gracias , dije ; y héme ya dentro. Encontré á Sobrier en un espacioso salon, inclinado sobre una mesa de grandes dimensiones , con una ancha banda tricolor ceñida al cuerpo , y dos pistolas en ella sujetas , escribiendo con suma rapidez cartas-boletines , que distribuía á los mensajeros que en pié le rodeaban : « Llegais á tiempo , me dijo ; os alisto. — ¡Oh! esperad un instante, le contesté riendo; á mí no se me alista de ese modo : necesito saber ántes con quién , por quién , y contra quién. — Vais á saberlo.» Y al punto, como estuvieran ya distribuidos sus boletines, llevóme al hueco de un balcon , y me dijo : « Se trata de salvar á Paris de la matanza y del incendio. — ¿Cómo es eso? — Hombrés hay que nacieron azotes , y Blonqui es uno de ellos. En este mismo instante acuden á su lado, al Campo de Marte, cien mil hombres frenéticos que le obedecen : de aquí á una hora saldrán de allí, avanzarán hácia el *Hotel de Ville*, derribarán al Gobierno provisional, pasarán á cuchillo á todos los que resistan, y están resueltos á incendiarlo todo si son vencidos.» Por exagerada que esta relacion me pareciera, pues en aquel tiempo, no creíamos posibles tales monstruosidades... la fisonomía y el tono de Sobrier me conmovieron profundamente. «¡Oh! exclamó, cogiéndose la cabeza con las manos , y llorando. ¡Yo que soñaba una república de ángeles!» Luégo, con febril energía , añadió : «Eso es lo que es preciso evitar, y lo que evitaré : se lo he prometido á Lamartine. — ¿A Lamartine? contesté. ¿Habeis visto á Lamartine? — Sí ; mandóme llamar anoche. Hemos estado hablando una hora : lo dicho , le pertenezco. ¡Qué hombre, qué republicano , qué estratégico! Me ha trazado él mismo mi plan de ataque. Reuno mi gente en las calles adyacentes al camino que seguirá Blonqui, y cuando pasen sus primeras filas divido en dos su fuerza; encuentra mis doscientos mil hombres entre el *Hotel de Ville* y él ; rétole á que avance.» Así sucedió : el *Hotel de Ville* quedó á salvo; mantúvose el Gobierno provisional; salvóse la ciudad; aquel dia , que se anunciaba como de matanzas, terminó en un

triunfo; y cuando más tarde se le echaba en cara á Lamartine el haber conspirado con Sobrier, contestaba sonriendo: «Sí, como el para-rayos con el rayo.»

El 13 de Mayo completó la obra del 16 de Abril. Bajo la impresion de este gran servicio prestado por Lamartine, la Asamblea quiso personificar en él solo el Gobierno provisional, á lo cual no accedió. Quísose, al ménos, excluir á M. Ledru Rollin. Negóse Lamartine áun con más energía; y este acto, que es el que más se le ha censurado, es el que más le honra. No quería él á M. Ledru Rollin; sus opiniones jacobinas le eran antipáticas; ni siquiera su notabilísimo talento oratorio le impresionaba; pero comprendió que si M. Ledru Rollin no formaba parte del Gobierno, sería tal vez adversario de éste, y que, unido al ejército del motin, era tal vez asegurar la victoria á los revoltosos. Nadie puede decir, en efecto, lo que habrían sido el movimiento revolucionario del 15 de Mayo y las terribles jornadas de Junio, si el primer dia no hubiera estado Ledru Rollin al lado de Lamartine, y si despues se hubiera unido á la rebelion. El profundo tacto de Lamartine no fué bien comprendido, y gritóse: «¡Traicion!» Los defensores del partido del órden moral de aquel tiempo, le acusaron de haber entrado en tratos con los revolucionarios por ambicion y por debilidad. Los partidos, como se ve, no son como los dias: se siguen, pero se parecen. Es de admirar en la conducta de Lamartine, que previó la calumnia y anunció la ingratitud. El dia en que iba á imponer á la Asamblea la eleccion de Ledru Rollin, salió del Ministerio de Negocios Extranjeros diciendo en voz alta: «¿Sabeis á dónde voy? A salvar á Paris y á perder mi popularidad.» Y fué, y cuando la eleccion se hizo salió de la Cámara, subió al coche con un su amigo, y despues de un corto silencio, le dijo: «Ya todo acabó: de aquí á un mes no serviré para nada.» ¡Ah! señores. Lamartine, en el curso de su vida se vió comparar con justicia á muchos grandes hombres; pero aquel dia mereció que su nombre se asociara al más puro de la historia: ¡al de Washington!

No le engañó su prevision: en pocos dias influencia, prestigio, todo se desvaneció, todo se convirtió para él en amarguras, decepciones, penas. Las jornadas de Junio le encontraron

como siempre, en pié delante del peligro ; pero le hirieron mortalmente. La había presentido con desesperacion, y expresaba su angustia con una de las frases trágicas y vulgares, al mismo tiempo que salían como una explosion de sus labios : ¡Ah! exclamó ; esto no tendría término sino con un escobazo en la sangre : «(*Nous ne sortirons de la que par un coup de balai dans le sang*) , lo que vino despues no le amargó ménos, y la eleccion presidencial del 10 de Diciembre fué el colmo de sus patrióticos dolores. Lo que le partía el corazon no era haber perdido el poder, sino la ruina de su obra, la república destruida, la libertad anonadada, y ver á esta nacion arrodillarse con entusiasmo ante el nombre que más maldijo él, y como si al oirlo le dominara nuevamente una profética agitacion, cual si entreviera el terrible castigo con que habíamos de pagar este fetichismo, lanzó, como Bruto en las campos de Tesalia, este grito de desesperacion : «Este pueblo no es más que arena : debí hacerme matar sobre las gradas del trono de Luis Felipe.» No protesteis, señores, pues este anatema contra Francia no lo pronunciaría él hoy dia. Sí, me atrevo á decirlo : si hubiera visto lo que ha hecho Francia en cuatro años : si la hubiera visto salir de todos sus desastres á fuerza de energía, y reparar sus pérdidas á fuerza de trabajo : si hubiera visto á este pueblo al cual desdeñosamente se llamaba pueblo de cigarras, demostrar todas las cualidades de un pueblo de hormigas... con la generosidad por aditamento y encontrar millones para la caridad, despues de haber hallado miles de millones para el rescate: si hubiera visto la masa trabajadora, la mayoría de la nacion permanecer tranquila entre todas las ambiciones que se agitaban sobre su cabeza, dirigirse hácia su fin, á pesar de las clases directoras y reconquistar por fin el respeto de Europa á fuerza de valor y buen sentido... ¡Oh! Entónces, estad ciertos, señores, de que Lamartine se habría retractado de su injurioso anatema, declarando digno de la República al pueblo que se ha mostrado digno de la libertad.

Llego á esos últimos sombríos años, que no fueron para él más que una larga lucha contra la más cruel esclavitud que es la de las deudas, y en los cuales, preciso es decirlo, careció á las veces de altivez... por orgullo.

No temais, señores, que os detenga en un asunto tan triste; recuerdo la bellísima frase de Saint-Marc Girardin, delante del cual se acusaba á Lamartine de desórden y de incuria. «Acaso es verdad, decía; pero conozco tantos que hacen lo mismo y que no han hecho las *Meditaciones*.» No olvidéis, por lo demás, que aquellos trances fueron santificados por el trabajo y poetizados por la abnegacion. Alábase con justicia el soldado que se bate hasta verter la última gota de sangre en defensa de su país; pues bien: Lamartine luchó hasta el último resplandor de su inteligencia por la liberacion del más sagrado de los territorios: ¡su probidad! Ya no era él mismo: faltábale á medias su pensamiento cuando todavía trabajaba su pluma, y trabajaba para pagar. Dióle el cielo un admirable auxiliar para esta obra, y no aduciré como prueba más que un hecho. Hallábase Lamartine en Saint-Point. Llegó cierta noche un su amigo: «Cuán á tiempo llegais, querido. Acabo de terminar para *Le Siecle* un larguísimo artículo sobre Beranger. Aquí están las pruebas: leedlas: os encantará: es notable.» Sube el amigo á su estancia, se acuesta y empieza en la cama tan preciosa lectura. Acababan de dar las doce, cuando oyó llamar á la puerta. «¿Quién llama?—Soy yo, responde una dulce voz—yo, madame de Lamartine, abridme.—Es imposible, señora, estoy acostado.—No importa: la puerta de vuestra habitacion está al pié de la cama: entreabridla y tomad.» Entreabrióse la puerta, pasó una mano y dió al amigo un papel. Tomólo, cerróse la puerta y oid lo que leyó: «Hay en la página 13 algo que me inquieta: temo que perjudique á M. de Lamartine en el ánimo de los lectores de *Le Siecle*. ¿No podría corregirse de este modo?...» La modificacion era excelente, y acababa de escribirla el amigo al márgen de la prueba, cuando oyó un segundo golpe. «¿Sois tambien vos, señora?—Sí, abridme la puerta como ántes y tomad...» Y leyó: «En la página 32 hay otra frase que...» ¿No es esto encantador? ¿Esta abnegacion que olvida los usos, esta pureza que se sobrepone al pudor, no os conmueve profundamente? Porque, notadlo bien, Mme de Lamartine no era solamente la más santa de las mujeres, sino una puritana... ¿Qué digo? Una inglesa que unía á todos los escrúpulos británicos todas las delicadezas france-

sas, y sin embargo, venía valientemente á media noche á tocar á la puerta de un jóven y no retrocedía ante su respuesta de que estaba acostado, y le hacía tomar dos esquelas por detrás de la puerta, exactamente como hacen los enamorados con sus cartas de amor. La conclusion de la historia la completa.

A la mañana del dia siguiente reuniéronse todos para almorzar. Mme de Lamartine inició una correspondencia de gestos y miradas significativas con su cómplice, que le hizo comprender que las correcciones estaban hechas. «¿Leisteis, amigo mio, le dijo Lamartine, mi *Beranger*?—Por supuesto... Hay, sin embargo, algunos trozos...—No me pidais correcciones, pues no las haré : está perfectamente.—Si me permitiérais, sin embargo, someteros dos ligeras modificaciones... Y al decir esto entrególe el amigo la prueba corregida.—«¡Excelente ; exacto! ¡Teneis mil razones!—Y luégo dirigiéndose á su esposa, añadió : No hubieras tú notado eso.» Su mujer bajó la cabeza y sonrió.

Esta admirable compañera de los prósperos y los adversos dias tuvo el pesar de morir ántes de aquél para quien había vivido. Pero su consuelo, al abandonarlo, fué legarle una abnegacion igual á la suya; abnegacion filial que asistió al poeta en su larga agonía y que vela hoy por su gloria... ¡La memoria de Lamartine tiene una Antígona!

Señaláronse sus funerales por un hecho enternecedor. Transportados sus restos á Saint-Point durante el invierno, los dejó en Mâcon el camino de hierro y atravesaron lentamente los pueblos esparcidos en el camino. Nevaba en abundancia. A la entrada de cada aldea hallábanse el cura que aguardaba el ataúd para bendecirlo y las poblaciones que se arrodillaban á su paso. Las campanas de varias iglesias se anunciaban unas á otras el fúnebre cortejo. Cerca de Saint-Point lloraba un aldeano de avanzada edad, de pié en el umbral de su puerta. «Llorais, pobre hombre, le dijo uno de los miembros de la comitiva cogiéndole las manos : ha sido una gran pérdida.—¡Ah! sí, señor : era un hombre que honraba á la municipalidad.» El viejo aldeano tenía razon. Lamartine era un hombre que honraba á la municipalidad como á la comarca, á la comarca como á

Francia, á Francia como á Europa y á toda la humanidad : honraba al hombre. ¡El hombre! : este es, señores, el que nos resta que considerar en Lamartine, es decir, en una de las criaturas más singulares y más originales que ha producido nuestro siglo. Os asombraba sin cesar; que todo en él era á un tiempo contraste y armonía. Tenía belleza de rostro y elegancia de maneras completamente aristocráticas, con descuidos en el vestir que corregía con su aire de príncipe y que convertía en elegantes muestras. Era la suya elocuencia de tribuno llena de frases esculpidas como medallas y de poderosas ideas traducidas en brillantes imágenes, todo acompañado de un grande vaso de vino que sacudía en el aire por cima de los taquígrafos asustados. Una enorme cantidad de deudas sin nada que las explicara formaban las suyas. No tenía una sola necesidad, pues era sóbrio como un árabe ; ni una afición verdaderamente ruinoso, pues en materia de lujo sólo le gustaban los caballos ; ni un vicio, aunque me engaño : tenía uno, al ménos alardeaba de tenerlo ; pero la razon que tuvo para corregirse es tan extraña que acabaré de pintároslo : «Tuve, decía, en mi juventud, la pasion del juego; pero una noche en Nápoles descubrí un medio infalible de hacer saltar la banca : desde entónces me fué imposible seguir jugando porque estaba seguro de ganar.» Conviengamos en que no abundan mucho los jugadores de este clase.

Se ha observado muchas veces que Dios lo colmó de dones : hermosura, nobleza, valor, genio ; pero algo le dió más raro aún que todos ellos : la facultad de utilizarlos á su antojo. Estaban siempre á su disposicion. A cualquier hora que se acudiera á él, hallábasele siempre dispuesto á hablar, á escribir ó á la accion. Sorprendíale de noche y dormido un gran peligro : ¡Ni un grito de sorpresa! ¡Ni un segundo de terror! Ponía manos en seguida á la obra de ser heróico y su valor se despertaba al mismo tiempo que él. Lo propio acontecía con su genio poético. Presentóle un dia su hermana á una jóven que deseaba algunas líneas escritas por él para su álbum. Lamartine coge una pluma, y sin pararse un instante á reflexionar, sin detenerse un segundo, escribe lo siguiente :



*Le livre de la vie est le livre suprême  
 Qu'on ne peut ni fermer, ni rouvrir à son choix  
 Le passage attachant ne s'y lit pas deux fois ;  
 Mais le feuillet fatal se tourne de lui-même ;  
 On voudrait revenir à la page ou l'on aime,  
 Et la page ou l'on meurt est déjà sous nos doigts.*

Luego que terminó estos versos entrególos con indolente ademán á su hermana, que los leyó, y que admirada de su belleza y de la indiferencia con que él se los daba, no pudo ménos de exclamar : « ¡ Dios mio, perdónale, no sabe lo que hace! » Era tal, en efecto, la facilidad de Lamartine, que parecía no tener conciencia de lo que hacía. ¿ No dijo él mismo en cierta ocasion á un su amigo al verle absorto en un trabajo : Qué estais haciendo ahí, querido, con la frente entre las manos?— Estoy pensando.— ¡ Es particular! ¡ Yo no pienso nunca : mis ideas piensan por mí! »

— La verdad es que al oír esta frase se llega á creer que Lamartine tenía como Sócrates un demonio familiar que en él vivía, que trabajaba por él y por él hablaba. ¡ Fuerza es convenir en todo caso que el tal demonio era un buen genio, pues nunca le inspiró otra cosa que piedad y bondad! La bondad : este era el último rasgo distintivo de tan admirable naturaleza, el sello supremo y como el coronamiento de todas sus cualidades; Lamartine fué bueno con grandeza como lo fué todo. Abrazaban sus simpatías no sólo á toda la humanidad, sino á todos los seres de la creacion. A semejanza de aquellos santos de la Edad Media que unía mística afinidad, segun se dice, con las criaturas inferiores y que nos pintan las leyendas rodeados de bestias que seguían sus pasos y de pájaros que volaban por cima de sus cabezas, tenía Lamartine con los animales vínculos misteriosos! Halló para pintarlos palabras é imágenes que llegaban hasta aventajar los versos de Virgilio y de Homero. Tal era la irradiacion de simpatía que brotaba de sus ojos, de su voz, de su ademán que parecía retener á su lado, por medio de no sé qué atraccion magnética, multitud de animales que vivían en su casa, con los ojos fijos en él. Esos perros, pájaros y caballos no eran para Lamartine lo que

son para los desocupados, objetos de diversion y de capricho : no! Veía en ellos amigos, y, como él mismo ha dicho, hermanos ; los interrogaba, les contestaba, parecía comprenderles : era aquello una comunicacion, iba á decir una perpetua comunion entre un alma tan superior y esos esbozos de almas. Le veo todavía tendido en un sofá hablando de asuntos muy serios, con dos grifos á los piés y una galga sobre los hombros : este bello animal hacía en derredor de la frente de su amo tan graciosos movimientos que no pude ocultar mi admiracion. «Miradla, me dijo Lamartine sin volverse : oye, ve que se habla de ella : ¡es tan coqueta!» El mundo está lleno de gentes que sienten tanto amor por los animales que nada les queda para los hombres. No sucedía lo propio con Lamartine pues su humanidad alcanzaba á los humanos. Inagotable era la compasion que sentía por los desgraciados, y como cierto dia le reprochara un amigo no sé qué prodigalidad caritativa, respondió : «No entrareis en el paraíso de los buenos : no lo sois demasiado.» No merecía él un cargo tal : juzgad, si no, vosotros mismos.

Un pobre jóven poeta llamado Armand Lebailly moríase de tísisis en el hospital de San Luis. Llevé á Lamartine á que le viera, seguro de que su visita haría más provecho al enfermo que dos del médico. Llegamos y subimos á la sala Sainte-Catherine. Ví al entrar, en lo último de la sala al pobre poeta sentado cerca de una estufa con los brazos tendidos sobre una mesa y la cabeza entre ellos, con el rostro sepultado bajo sus largos y desordenados cabellos. Al ruido de nuestros pasos levantó un tanto la frente y nos dirigió oblicua feroz mirada ; pero apénas reconoció á mi compañero, el asombro, la alegría, el orgullo y la emocion brillaron en su rostro. Levantóse trémulo, vino hácia nosotros y no tuvo fuerza más que para coger la mano que le alargaba el gran poeta y para besarla. La conversacion fué por parte de Lamartine encantadora mezcla de bondad paternal y de bondad de poeta. Habló á Lebailly de sus versos y le recitó algunos : no hubiera hecho más una hermana de la caridad. Al cabo de un cuarto de hora se levantó, y viendo que el enfermo quería acompañarnos hasta la puerta, díjole : «coged mi brazo y apoyaos en mí.» De este modo atra-

vesamos aquella larga sala entre dos filas de enfermos, unos en pié delante de su cama, otros que sobre la misma se levantaban y que se descubrían á nuestro paso. El gran renombre de Lamartine había puesto en conmocion á todo el hospital. Lebailly dirigía á derecha é izquierda miradas resplandecientes que parecían decir : «¡Es amigo mio, le doy el brazo!» ¡Lloraba, reía, sus padecimientos habían cesado ! Cuando volvimos al coche, díjome Lamartine despues de un rato de silencio : «Este pobre jóven está muy enfermo, pero no en víspera de morir. Cuidados prolijos le serán útiles todavía : juntad esto á lo que le deis.» Alargóme al decir estas palabras un billete de 500 francos. Tres dias despues ¡cuál sería mi asombro al saber que era objeto de un procedimiento por 4.000 francos que no podía pagar! Olvidó que tenía deudas al ver los ajenos padecimientos. Las personas sensatas dirán : ¡qué locura! ¡Oh, fué sin duda una locura, pero se puede divulgar sin temor porque no es contagiosa... Y si doy término á esta conferencia refiriéndoos este arretrato de caridad es porque hallo en él lo que distingue á las obras y á la vida de Lamartine no sé qué sobrehumano, superior á la misma razon. ¡Admirable virtud es la razon! Con ella se hacen las mejores cosas de este mundo; pero no las más grandes. No produce ella los héroes, ni los santos, ni los mártires, ni los poetas. No habría bastado para redactar el manifiesto á Europa ó para dominar al pueblo en el *Hotel de Ville*, como tampoco habría sido lo suficiente para escribir las *Meditaciones*. ¡Y si Lamartine fué el encanto de la tierra, si un dia mandó en ella, hízolo así porque tuvo siempre su punto de apoyo más arriba, porque fué un gran poeta en accion! Y pues quereis, señores, consagrarle un monumento, acordaos de los antiguos. Ellos poblaban el foro de altares á la juventud, á la belleza, al valor. Pues bien : levantad vosotros una columna á la poesía y poned en ella la estatua de Lamartine. ¡Ese es su sitio! : ¡en lo más alto! ; ¡en plena luz! ; cerniéndose sobre esta ciudad cuya gloria y salvacion fué, y alzando como el dios del dia una lira de oro con ambas manos.

L. LEGOUVÉ.



## DIÁLOGOS CIENTÍFICOS

---

### LA TIERRA EN EL ESPACIO

(Continuacion.)

#### III.

—¿Puedo ya empezar, tío?

—Cuando quieras.

—¿Me permite V. que ántes le haga una pregunta?

—¿Pues no te lo he de permitir?... Aunque sea un ciento.

—¿Por qué no quiso V. que ayer continuara, durante nuestro paseo por los Campos Elíseos, la explicacion interrumpida la tarde precedente?

—Voy á decírtelo ; pero no te rias de mí.

—¡Dios me libre, tío!

—No quise que allí prosiguieras tu explicacion porque me faltaba *algo* para comprenderte bien.

—¿Y cuál era ese algo?

—¡Esta silla!

—¡Oh poder de la costumbre!

—Confieso mi culpa, yo soy esclavo sumiso de esa excelente señora. Tanto, que aquí en el Luxemburgo, en nuestra luneta ordinaria, viendo ese enjambre de sonrosados diablillos que saltan y juegan entre los árboles, se me figura que mi inteligencia se aclara y que te comprendo mejor.

—De modo que en V. se cumple aquello de la segunda naturaleza.

—Sí, hijo mio. Conque ya tienes satisfecha tu curiosidad. Ahora, prosigue, y á ver si puedes hacerme palpable aquella endiablada cifra del peso de la tierra.

—¿Los 5.875 trillones de toneladas?

—¡Esos mismos! Por más vueltas que les dí en la imaginacion, aquella noche me fué imposible abarcarlos.

—¿Tio, sabe V. lo que es un cubo?

—¡Hombre, ignorante, pero no tanto! ¿Quién no sabe lo que es ese utensilio de sacar agua?

—No es del cubo casero del que yo le hablo, sino del cubo geométrico.

—Pues ese sí que no le conozco.

—Sin embargo, hay ocasiones en que le maneja V. con bastante destreza.

—¿Yo?... Entónces será sin saberlo. ¿Y cuándo le manejo, Enrique?

—Cuando juega V. al chaquete. ¿Qué arroja V. entónces con la trompetilla sobre el tablero?

—Los dados.

—Pues cada uno de esos dados es un pequeño cubo. En geometría se le da el nombre de cubo ó hexácaro á todo sólido que tiene seis caras exactamente iguales, esto es, que tiene las mismas dimensiones en anchura, longitud y profundidad.

—De manera que cuando yo expido una caja de mercancías que mide un metro de alto, uno de ancho y otro de largo...

—Manda V. una caja de un metro cúbico, ó, lo que es igual, un cubo de un metro.

—¡Lo que es la ignorancia!... Yo había oido hablar muchas veces de esa cúbica, sin darme cuenta de lo que era, sin sospechar que durante cuarenta años la he tenido metida en la cornetilla del chaquete.

—¿Con que sabe V. ya lo que es cubo?

—¡Perfectamente! Sigue.

—Pues imagínese V. un dado monstruoso de diez leguas de longitud, anchura y profundidad.

—¡Echa, hijo! Si ese cubo fuera una caja, ¿cuántas ciudades como Paris podrían meterse dentro?

—Bien embaladas, más de 25.000.

—¿Sin demoler ningun edificio?

—¡Ninguno! Y todavía podría V. meter, en los espacios que dejaran entre sí las torres y las cúpulas de los más altos monumentos, la mitad de las ciudades de Francia.

—¡María Santísima!

—¿Comprende V. bien la enormidad de ese cubo?

—Sí, hijo mio.

—Pues bien, el globo terrestre daría materia para hacer 16.921.000 cubos semejantes.

—¡Respetable guarismo!

—Si V. pusiera esos cubos en fila, de manera que se tocaran por uno de sus planos, y estableciera encima de ellos una vía férrea, ¿sabe V. cuánto tiempo necesitaría una locomotora para recorrer esa fila á todo vapor, sin detenerse nunca?

—¿Tanto como para ir desde aquí al sol?

—¡Cuatro veces y media más, esto es, la friolera de 1500 años!

—¡Aprieta manco! Es decir, que el maquinista que llegara al término del viaje se había dejado en el camino 50 abuelos.

—Próximamente.

—Pero esas enormes cifras, aunque me dan una idea clara del volumen de la tierra, no me la dan de su peso.

—A eso voy. Figúrese V. ahora que el cubo en cuestion...

—¿El de diez leguas?

—Sí, señor. Figúrese V. que ese cubo, en lugar de ser de materia terrestre, es del metal más pesado que se conoce, de platino.

—¿Cuánto pesa el platino, Enrique?

—Dos veces más que el plomo.

—Hombre, si te es lo mismo, yo preferiría figurarme que ese cubo es de oro macizo. Así alegraremos la vista.

—Sea de oro. V. sabe que despues del platino el oro es el más denso de todos los cuerpos.

—Y por eso le doy yo la preferencia, porque en poco terreno se lleva mucha cantidad.

—Pues bien : no obstante el peso enorme de ese metal precioso, todavía necesitaría V. para equilibrar la masa de la Tierra, meter en el otro platillo de la balanza muy cerca de 5.000.000 de los consabidos cubos de á diez leguas de lado ; todavía podría V. ir más allá del Sol poniendo esos cubos unos tras otros en forma de barra.

—¡Ahí tienes una imágen verdaderamente deslumbradora! Y dime, Enrique, si á mí se me antojara fundir esa barra, ¿dónde encontraría recipiente capaz de contener el metal en fusion?

—Sobre la Tierra, en ninguna parte. La agotada cuenca de ambos Océanos no sería bastante para contener el aurífero líquido.

—¿Y tú me decías la otra tarde que nuestro planeta era un grano de arena?

—Comparado con el universo, ménos que un grano, un átomo.

—¡Se aturde uno con semejante idea! Pero ¿cómo demonios han hecho los sabios esos cálculos? ¿Cómo han sabido lo que pesa la tierra?

—Por la gravitacion ó pesantez de que hablamos el otro dia.

—A ver, hombre, explícame eso.

—Yá le dije que atraccion, gravitacion ó pesantez, son tres nombres que designan la misma cosa.

—Lo recuerdo.

—Pues bien : conocidas las dimensiones del globo terráqueo, ó lo

que es lo mismo, su volúmen, el problema de su peso estaba reducido á saber la densidad de la materia que le constituye.

—¿Y cómo se averiguó esa densidad?

—Por la fuerza de atracción, es decir, por la rapidez con que los cuerpos descienden sobre la superficie de la tierra durante el primer segundo de su caída. En una palabra, por lo que en física se llama intensidad de la pesantez.

—Pero esa intensidad ¿cómo se midió? ¿Cómo pudo averiguarse la rapidez de los cuerpos en su caída, siendo así que apenas hay dos que desciendan de igual manera? Si yo arrojo de un quinto piso un martillo y una pluma, el uno echará, por ejemplo, en llegar á la calle tres segundos, y la otra dos minutos.

—Tiene V. razón, tío. Pero esa diferencia de tiempo no consiste en la desigualdad de gravitación, que es la misma en todos los cuerpos de la Tierra.

—¿Pues en qué consiste?

—En que la pluma tiene poca masa y mucho volúmen, y el hierro del martillo poco volúmen y mucha masa. De ahí resulta que la resistencia que el aire opone á la caída del martillo es muy débil, y por el contrario, muy fuerte la que opone á la caída de la pluma.

—De manera que si no hubiera aire...

—Los dos caerían al mismo tiempo. Y eso es precisamente lo que sucede cuando se meten varios cuerpos de diferente densidad en el vacío, por ejemplo, en un tubo de dos metros purgado de aire. Si entonces vuelve V. el tubo, los fragmentos de plomo, de madera, de pluma, todos los que haya dentro descienden con la misma rapidez; todos son atraídos hácia el centro de la Tierra con la misma intensidad.

—Pero vuelvo á mis trece: ¿cómo se supo lo que pesaba la tierra?

—¿No se lo estoy á V. diciendo, tío? La pesantez sirvió de dato para esa medida: ella atrae los cuerpos con una intensidad que aumenta en razón directa de la masa de los cuerpos y en razón inversa del cuadrado de las distancias. En la superficie de nuestro globo, á 1.594 leguas del centro de la tierra, ó lo que es lo mismo, del centro de atracción, esa intensidad es de 4 metros 9 centímetros durante el primer segundo de la caída. A 1.594 leguas de la superficie, como la distancia es doble, la intensidad de la pesantez es cuatro veces menor y por consiguiente los cuerpos no recorren sino 1 metro 225 en el primer segundo.

—¿Y á 6.276 leguas?

—La distancia sería cuádruple y la intensidad diez y seis veces más débil. De esta ley de la pesantez, comprobada por el plano inclinado de Galileo, por la ingeniosa máquina de Awood, y, sobre todo, por las oscilaciones del péndulo, dedujeron los sabios el peso de la materia terrestre, peso que es de 5,44 tomando por unidad el del agua destilada.

—¡Pues hijo, ya han necesitado esos señores quemarse las cejas para averiguar todo eso!

—¡Pues no han parado ahí, tío!

—¿Han ido más allá?

—¡Mucho más! Esa admirable ley de la pesantez, atracción ó gravitación universal, que entrevieron Copérnico, Galileo y Kepler y que demostró matemáticamente Isaac Newton, les ha servido, no sólo para averiguar el peso de nuestro globo, sino también el del Sol y el de todos los planetas.

—¡Hombre, no me lo digas!... ¿Han pesado el Sol?

—Y también le han medido: lo cual equivale á decir que se conocen su volúmen y densidad.

—¡Pues esa sí que es diablura! ¿Y dices que para pesarle se han servido de la misma ley?

—De la misma, tío.

—¿Es decir, que han medido la fuerza de la atracción solar, ó, en otros términos, lo que un cuerpo desciende en la superficie del Sol durante el primer segundo de su caída?

—No en la superficie, sino á 1.600 leguas de su centro, que es, en números redondos, la longitud del radio terrestre.

—¿Y por qué á 1.600 leguas?

—Porque era preciso que ese radio sirviera de punto de comparación.

—¡Ya! y á esa distancia del centro del globo solar ¿cuánto andan los cuerpos en el primer segundo de su caída?

—Diga V. cuánto andarían si pudieran estar abandonados á sí mismos.

—Bien, ¿cuánto andarían?

—Un millon seiscientos diez y siete mil metros, esto es, 1.617 kilómetros.

—¿En el primer segundo?... ¡Qué atrocidad! Pues ¿cuál es la masa del Sol?

—¿No sabe V. la regla de proporción, tío?

—Sí que la sé.

—¡Pues saque V. la cuenta! La masa de la Tierra es á la del Sol lo que 4,9 á 1.617.000. De otro modo: la tierra es uno y el sol 320.000.

—¡Cómo! ¿Se necesitarían 320.000 globos como el nuestro para equilibrar la masa del Sol?

—¡Ni uno menos!

—¡Me dejas aturdido!

—Pues lo estará V. más cuando conozca su tamaño.

—Ya le conozco. ¿No me lo estás diciendo?

—No, tío, le he dicho el peso; pero ya sabe V. que la densidad es una cosa y el volúmen es otra; ya sabe V. que una arroba de lana y una de hierro no tienen el mismo tamaño.

—Eso ya lo sé.



—Pues bien, como la materia solar es próximamente cuatro veces más ligera que la de nuestro globo, su volúmen se halla en la misma proporción respecto al guarismo precitado.

—Lo cuál quiere decir?...

—Que, como tamaño, se necesitan 1.273.000 globos terrestres para igualar el globo del Sol.

—Pues hijo, ya no me extraña que ese gigantesco lumínar nos tueste en el mes de Julio á pesar de los treinta y siete millones de leguas que de él nos separan.

—Para darle á V. una idea de su prodigioso tamaño, le pondré un ejemplo: desde la Tierra á la Luna hay por término medio 96.000 leguas.

—¡Vaya una miseria!

—Pues si nuestro globo cayera justamente en el centro del Sol y su satélite se quedara á la misma distancia de la Tierra, todavía habría que andar unas 80.000 leguas para ir desde la Luna á la superficie del amigo Febo.

—Es decir, que ambos planetas se perdían en la masa del Sol, como dos naranjas en el Océano?

—Exactamente.

—Pues ¿cuánto mide el radio de ese animal?

—Mucho, tío: 171.500 leguas, y su circunferencia más de un millon.

—¡Qué prodigiosa antorcha! Pero dime, Enrique, ¿quién ha ido al Sol á medir lo que los cuerpos andan en el primer segundo de su descenso?

—Nadie, tío, ya debe V. suponerlo.

—Entonces ¿cómo se sabe?

—Por la ley de la gravitación, por la velocidad con que la Tierra marcha al recorrer la inmensa elipse que anualmente describe alrededor del astro-rey. Esa velocidad, que es de 27.000 leguas por hora, nos da la medida exacta de la rapidez con que la Tierra caería hácia el sol, durante el primer segundo, á la distancia de 37 millones de leguas.

—¡Espera, Enrique, espera!

—¿Qué hay, tío?

—Que voy caminando de aturdimiento en aturdimiento. ¿Cuánto dices que anda la tierra al describir su eclipse?

—¿Qué eclipse es ese, tío?

—Ese que has dicho.

—Lo que yo he dicho es elipse y no eclipse. La elipse es al círculo lo que el esferoide á la esfera.

—Es decir, un círculo más ó ménos ovalado. Eso había comprendido yo, aunque no lo pronuncié bien. Y ¿cuánto dices que anda al recorrer ese óvalo?

—Veintisiete mil leguas por hora, ó sean siete y media por segun-

do. Esto es, sesenta veces más que una bala de cañon Krupp en el primer segundo de marcha.

—¡Pues mira que de eso á la antigua inmovilidad hay diferencia! Y ¿cómo no nos apercibimos de esa enorme rapidez?

—Porque no tenemos punto de comparacion, porque todo camina con nosotros. En el movimiento de rotacion las alternativas de luz y sombra, y el paso de los astros por el meridiano, ó sea por encima de nosotros, nos indican las vueltas de la tierra. Pero en el de traslacion, no tenemos nada que nos indique su marcha de una manera sensible.

—¡Qué grande es Dios, hijo mio, y qué admirable cosa es el universo! Mira las hojas de esos árboles, Enrique; ni una sola se agita. El aire está en calma, y la naturaleza parece dormida y en absoluta inmovilidad. Y sin embargo, nuestro vehículo terrestre devora el espacio con la vertiginosa rapidez de... espérate que lo multiplique... de 640.000 leguas por dia!!! ¿Qué es el vapor comparado con esa prodigiosa marcha?

—Menos que una tortuga, tio.

—¡Qué grande es Dios, Enrique! Déjame por hoy bajo la abrumadora idea de la velocidad terrestre; déjame que rumie esas leyes sublimes; déjame ante la tremenda imágen del gigantesco globo de fuego que nos alumbra, y mañana continuaremos nuestra celeste correría.

#### IV.

—Segun veo, tio, va V. tomando la tierra.

—¿Qué tierra?... ¿la del espacio?

—Y la de Paris.

—No te entiendo.

—Quiero decir que se va V. amoldando á nuestras costumbres.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque V., tan madrugador en Louviers, duerme aquí la mañana que es un portento.

—Y ¿qué he de hacer, si la mitad de la noche me la paso en vela? Las tres y media eran esta mañana cuando estaba fumando un cigarro. Hasta esa hora habían estado bailando en mi imaginacion, sin poder echarlos de ella, todos los ejemplos que me pusiste ayer y todos los guarismos que me citaste.

Despues soñé que la inmensa barra de oro de que hablamos servía de puente entre el Sol y la Tierra, y que tres ó cuatro docenas de usureros habían formado una compañía para rasparla con las uñas en toda su longitud.

—Y esa compañía, ¿comenzó los trabajos?

—Sí; pero á lo mejor de la explotadura, ó, mejor dicho, de la

raspadura, la barra se inclinó espantosamente hacia el Sol, y los comanditarios empezaron á resbalar, á resbalar...

—¿Y no les dió V. la mano?

—¿Yo?... ¡Cál me reía á carcajadas viendo los desesperados esfuerzos que hacían para agarrarse... y con la risa me desperté sin haber tenido el gusto de saber si fueron á zambullirse en el Sol. Ahí tienes el motivo por el cual me levanto casi todos los días á las once.

—Tío, eso prueba á V. que es una verdad como un puño aquella de que un caudal de conocimientos, por corto que sea, cuesta algunos desvelos.

—¿Que si cuesta?... Y eso que tú me lo das todo cocido y mascado, como suele decirse. ¡Valiente grillera tendría tu tío en la cabeza todas las noches, si lo que tú me has explicado en ocho días hubiera tenido él que aprenderlo! Pero ¿qué importan un par de horas de sueño más ó ménos? El placer que uno experimenta en decirse á sí mismo «soy ménos ignorante que ayer,» indemniza el desvelo cumplidamente.

—Sobre todo, cuando el desvelo de la noche se desquita por la mañana.

—Y aunque no se desquitara diría lo mismo.

—¡Bravo, tío Anselmo! No sabe V. cuánto me alegro de verle tan animoso en el fecundo camino de la ciencia.

—Tan animoso, que aquí me tienes impaciente por conocer hasta el último engranaje de la prodigiosa máquina que hace cuatro días me estás explicando. Conque decíamos...

—Decíamos, tío, que el Sol pesa 320.000 Tierras, y que se necesitarían 1.273.000 globos como el nuestro para igualar su volúmen.

—¡Párate ahí! Ayer me explicaste cómo se había averiguado el peso del Sol por la famosa ley de la atracción ó gravitación universal: ¿ha servido también esa ley para averiguar el volúmen?

—No, tío.

—¿Pues cómo se ha conocido el diámetro de ese gigantesco lumínar? Yo comprendo que el diámetro de la Tierra pueda medirse directamente; pero lo que es el del Sol, largo había de ser el cartabon que llegara hasta allá.

—¡Pues si viera V., tío mio, qué chiquito es el cartabon con que se ha medido ese colosal diámetro!... Esta noche se le enseñaré á V. en mi gabinete.

—¿Le tienes tú?

—Sí, señor.

—¿Y en qué consiste, Enrique?

—En una ruedecita de carton.

—¡Hombre, no me comulgues con ruedas de molino! ¿Hablas seriamente? ¿Un pedazo de carton ha servido para medir ese coloso á 37 millones de leguas de distancia?

—Como V. lo oye, tío.

—A ver, hombre.

—Conocida la distancia que nos separa del Sol...

—¡Pues ahí está el cuento!... ¿Cómo se ha medido?

—Ese cuento es otra *cuenta* que luego le explicaré. Conocida la distancia que nos separa del astro radiante, con un disco de carton de un decímetro de diámetro, un lápiz y media cuartilla de papel ha habido lo suficiente para resolver ese problema que á V. le parece tan peliagudo. Va V. á ver cómo: Se coloca el disco verticalmente sobre la línea que va desde la vista del observador al sol, y el observador se aleja poco á poco hasta que la ruedecilla de carton cubra de una manera exacta el disco solar... Ya ve V. que la operacion no puede ser más sencilla. ¿La comprende V. bien?

—¡Perfectamente!... Sigue.

—Hecho ésto, se mide con mucho cuidado la distancia entre la vista del observador y la ruedecita de carton, cosa que tampoco es difícil.

—Tampoco.

—Pues ya tiene V. resuelto el problema.

—¿Con eso?

—Sí, señor. Porque entre el diametro del Sol y el de la ruedecita hay la misma proporcion que entre las distancias del astro y la ruedecita al ojo del observador. De otro modo: si la distancia medida es de 10 metros 72 centímetros, como sucede cuando tiene un decímetro de diámetro el disco de carton, éste es al diámetro solar exactamente lo mismo que 10 metros 72 centímetros á 37 millones de leguas. Ya ve V. que la operacion se reduce á una sencilla cuenta de dividir, y que lo que á primera vista parece muy difícil, es á veces lo más sencillo del mundo.

—Mira tú si será sencillo, que ya me atrevo yo, con lo que me has dicho, á medir el volúmen del Sol y aunque sea el de la Luna. ¡Bendito sea Dios, y qué fáciles parecen las cosas despues que se saben! Pero nos falta el rabo por desollar.

—¿Qué rabo, tío?

—El que ha servido de base para hacer esa curiosa cuenta.

—¿Habla V. de la distancia de la Tierra al Sol?

—De esa misma. Porque sin conocer ese dato, la ingeniosa operacion de la ruedecita de nada hubiera servido. ¿Cómo se midió esa distancia? ¿Supongo que no sería con una cuerda, ni mucho menos á palmos?

—No, tío; pero se midió sobre una cuartilla de papel, por un método tan sencillo como el otro en el fondo, aunque mucho más complicado en los pormenores.

—¿Podré yo comprender ese método, en lo que tiene de sustancial?

—Se me figura que sí.

—Pues espónmele.

—Hay una ciencia, tío Anselmo, que se llama geometría.

—Ya he oído hablar de ella. ¿Y qué quiere decir la palabra geometría? ¿De dónde viene?

—Esa palabra viene del griego *ge*, que significa *tierra*, y de *métrou*, que quiere decir medida. Como lo indica el compuesto de su nombre, tiene por objeto medir la extensión, considerada bajo sus tres aspectos.

—¿Y qué aspectos son esos?

—El lineal, el superficial y el cúbico.

—¿Aquel cúbico de marras?

—Aquél, pero no reducido á una figura perfecta como el hexaedro, sino abarcando todos los cuerpos, cualesquiera que sean sus formas; porque todo cuerpo tangible tiene longitud, anchura y profundidad.

—Resultado: que, según tú me explicas, la geometría es el arte de medir la extensión, no importa cómo se presente.

—¡Bravo, tío! No puede darse una definición más clara ni más concisa.

—Es que para definiciones, las más á la buena de Dios son las que mejor se entienden. Yo creo que los sabios las embrollan muchas veces á fuerza de perfilarlas.

—Algo hay de eso, tío. De mí sé decir, que más de una vez al buscar en los diccionarios una luz que me iluminara en la oscuridad del tecnicismo científico, me he quedado tan en ayunas después de la definición como lo estaba antes de leerla.

—¡Pues ahí tienes una cosa que debe ser muy divertida! Si á mí me sucediera, júrote que se me habrían de pasar unas soberbias ganas de decirle al autor: «¡Hombre, no sea V. borrego! Cuando V. escriba para el público, hágalo de manera que todos le entiendan.» Sigue tu cuento.

—En esa admirable ciencia geométrica, que, dicho sea entre paréntesis, es una de las más antiguas del mundo, y acaso la más útil de todas, hay muchas verdades fundamentales que parecen de Pero-Grullo, y que, sin embargo, constituyen la base de los teoremas.

—¿Y qué es teorema?

—Los teoremas son proposiciones que deben hacerse evidentes por medio de la demostración.

—¿No puedes indicarme alguna de esas verdades de Pero-Grullo?

—Sí, tío. Por ejemplo: «La línea más corta entre dos puntos determinados es la recta.»

—Hombre, eso ya lo sabía yo sin ser geómetra.

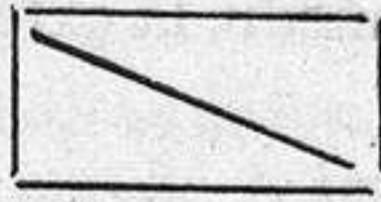
—«Dos rectas, perpendiculares á una tercera, no se encuentran jamás por mucho que se prolonguen.»

—También lo sabía yo sin haberlo estudiado.

—Y esta otra: «Si el rectángulo se corta por la diagonal, los dos triángulos que resultan son iguales.»

—Pues eso no lo sabía yo, porque no sé lo que es rectángulo.

—El rectángulo es un paralelogramo, ó para que V. lo entienda mejor, un *cuadro algo alargado*, como éste que voy á trazarle á usted con el baston :



—¡Ahora lo entiendo!... Y la diagonal es la línea que va de un rincón á otro, ¿no es eso?

—Eso es, tío.

—Pues tienes razon en decir que esas verdades parecen de Pero-Grullo.

—¡Pues si viera V. qué fecundas son en resultados! Con el auxilio de esas verdades fundamentales y con el de una docena de instrumentos de maravillosa precision; instrumentos que sirven para medir los ángulos...

—¿Tienes tú algunos?

—Sí, tío : tengo el grafómetro, el sextante y el teodolito.

—Ya me los enseñarás, aunque no sea más que para conocerlos de vista.

—Cuando V. quiera.

—Sigue.

—Con el auxilio de esas verdades y de esos instrumentos, la geometría le dice á V. : «tío Anselmo, ¿ves aquella torre de San Sulpicio? Pues vas á saber desde aquí, sin menearte, qué altura tiene y á qué distancia está.»

—¡Cómo! ¿tú eres capaz de medirme esa torre desde el Jardin del Luxemburgo?

—Sí, tío.

—¿Y cómo se opera esa brujería?

—¿Sabe V. lo que es un triángulo, tío?

—Una figura que tiene tres esquinas, si no me equivoco.

—No se equivoca V. Pues todo el problema se reduce á medir aquí una línea cualquiera que sirva de base á un triángulo cuyo vértice sea la torre.

—Y medida esa base...

—Se conoce el valor del triángulo, y por consiguiente, la distancia que nos separa de la torre.

—¡Es prodigioso! ¿Y cuál es la esencia de esa admirable operacion?

—Una muy sencilla. V. habrá tenido en la mano un compas, ¿no es cierto?

—Muchas veces.

—Pues las dos piernas de un compas, si V. le abre, forman un ángulo cuyo vértice es el clavillo.

—Así es.

—Si V. pone las puntas del compas sobre una mesa, y las va abriendo poco á poco, notará que á medida que el ángulo se agranda, disminuye la distancia entre el plano en que las puntas se apoyan y el vértice del compas.

—Comprendido.

—Si, por el contrario, disminuye V. la abertura del ángulo, la susodicha distancia aumentará; ó, lo que es lo mismo, el clavillo del compas se aleja.

—Es evidente.

—En resúmen: la distancia del clavillo á la superficie del mueble está siempre en proporcion de la abertura del ángulo, ó, en otros términos, de la base del triángulo que forman la tapa de la mesa y las piernas del instrumento.

—Espérate, que ya empiezo á ver claro. Segun lo que me dices, todo ángulo es un compas, y el busilis consiste en medir la abertura de las piernas.

—Justamente.

—De manera que lo que tú me trazas, al medir la distancia de la torre, es un inmenso compas, cuyo clavillo está en San Sulpicio, y cuyas piernas se apoyan en el jardin del Luxemburgo.

—Ni más ni ménos. Y conocida la abertura del compas, ó sea la base del triángulo, y la inclinacion de las piernas, cosa que me indica el grafómetro, la resolucion del problema es lo más sencillo del mundo.

—¡Bendita sea la ciencia que realiza tales prodigios, Enrique! ¿Y así pueden medirse todas las distancias?

—Todas, siempre que el objeto sea visible.

—¿Aunque esté fuera de la tierra?

—Sí, tio. Así se ha medido la distancia que nos separa de los astros.

—Pero se me ocurre una duda.

—A ver, tio.

—Si la Luna, por ejemplo, es el clavillo del compás, ó el vértice del ángulo, como tú dices, ¡para que las puntas que se apoyan en la tierra tengan una abertura perceptible se necesita una señora base!

—Tiene V. razon, tio: una abertura de una legua sería, en ese caso, ménos visible que un hilo de telaraña entre las puntas de un compas de 25 centímetros de longitud.

—Entónces, ¿cómo se mide la base del triángulo?

—Para todo hay remedio, tio. Entónces la base del triángulo es el radio de la tierra, y como V. dijo, una señora base que tiene 1.600 leguas de extension.

—¡Pues esa ya se percibe!

—Entónces, dos observadores se ponen sobre la misma línea meridiana, uno en cada hemisferio, y á la misma hora miden el ángulo de inclinacion bajo el cual se les presenta la casta Lucina.

—¿La Luna?

—Sí, tío.

—¿Y así han medido la distancia al Sol?

—No, esa base, aunque enorme, es todavía muy chica para el inmenso compas que hay que trazar desde el Sol á la Tierra.

—¿Cómo! ¿es chica?

—Tanto, que no se puede medir. Entre esas piernas de 37 millones de leguas, el radio de la tierra es ménos que un grano de mijo.

—¿Y cómo se remedia ese inconveniente? porque una base más grande no es posible.

—No, pero la ciencia busca y halla. En lugar de un compas, la geometría traza entónces dos de vértices opuestos, ó sean unas tijeras, cuyo clavillo es el planeta Vénus, para lo cual se aprovecha el momento en que ese globo pasa por enfrente del disco solar. Gracias á las leyes de Kepler, conocido cualquiera de los dos triángulos, se sabe el valor del otro, y así se ha sabido que la paralaje del Sol es próximamente de 8''9.

—¿Qué es eso de paralaje?

—Se llama así el ángulo bajo el cual se ve desde un astro el radio de la tierra.

—De modo que si yo estuviera en el Sol...

—Necesitaba V. unas soberbias gafas para distinguir nuestro planeta.

—¿Y así se puede medir tambien la distancia á una estrella?

—No, tío. Esa distancia es tan grande, que la más cercana exige una *base de operaciones* veintidos mil quinientas veces mayor.

—¿Y dónde está ella?

—En la órbita que la Tierra describe alrededor del astro-rey, órbita que mide la miseria de 232 millones de leguas.

—¿Todo eso mide la elipse aquella de que hablamos? ¿Todo eso anda la Tierra en un año?

—Todo eso, tío.

—Y ¿cómo se hace entónces la operacion?

—Ya comprenderá V. que los observadores no pueden entónces ponerse uno en cada extremo del radio de la órbita.

—No es fácil.

—Pero el imposible se salva haciendo la operacion en dos partes, es decir, que un mismo astrónomo observa la estrella en el equinoccio de Marzo, y vuelve á observarla seis meses despues, en el equinoccio de Setiembre, cuando la Tierra se halla al otro extremo de la elipse.

—¡Ajá! y de esa manera tiene una base monstruosa, base que si no he comprendido mal, equivale á dos veces la distancia que hay desde aquí al Sol. Pues por largo que sea el compas, no se quejará de que no tiene abertura.

—Sí se queja, tío Anselmo.



—¡Hombre, no me lo digas!

—Tanto, que por ser esa base ó abertura demasiado chica, no llegan á una docena las estrellas cuya distancia ha sido posible medir.

—¡Crísto nos ampare!

—Entre las que se han medido figura Sirio, la estrella más hermosa de cuantas hay en el cielo; y desde Sirio, ¿sabe V. bajo qué ángulo se ve el diámetro de la órbita terrestre, es decir, esa inmensa línea de 74 millones de leguas?

—¿Bajo qué ángulo?

—Segun el astrónomo Henderson, bajo el ángulo de  $0''230$ .

—¿Y cuánto es eso en anchura?

—Poco más de nada; esa anchura angular apénas tiene valor. La línea de 74 millones de leguas se ve desde allí como si estuviera reducida á un punto.

—¡No me aturdas! Pues entónces, ¿qué tamaño tiene esa estrella, para que desde aquí la veamos tan grande y tan hermosa?

—Si la luz de ese sol es tan intensa como la del nuestro, su diámetro debe ser de 5.250.000 leguas, y su volúmen 3.375 veces mayor que el del rubicundo Apolo.

—¡Echa, hijo, echa!

—La distancia que nos separa de ese magnífico Sol es de ochenta y nueve mil veces el radio de la órbita de la Tierra...

—¡Ave María!

—Y su luz tarda en llegar á nosotros más de 14 años.

—¿A razon de 74.500 leguas por segundo?

—Sí, tío.

—¿Y dices que hay otros muchos soles, cuya distancia no se puede medir, porque la base del diámetro de la órbita terrestre es demasiado chica?

—Vista desde ellos, tiene ménos ancho que una película de cebolla.

—Pues, hijo de mi alma, ¡qué volúmen no tendrán esos globos de luz para que nosotros los veamos!

—¡Calcule V., tío! El que ménos tiene más diámetro que la órbita de la tierra!

—¿Es decir, que nuestro Sol, á pesar de su abrumador tamaño, parecería dentro de ellos como una pepita dentro de una manzana?

—¡Ménos aún!... Como un grano de mostaza dentro de un globo de un metro de alto.

—¡Qué prodigiosa máquina! Razon tenías en decirme que nuestro planeta es un grano de polvo flotando en el espacio infinito.

—Ahora que ya sabe V. cómo se miden las distancias terrestres y celestes, hablemos de la posicion que ocupamos en el espacio.

—Eso iba yo á decirte. ¿Cuántos planetas lleva el Sol á remolque? Porque ya sé que tenemos una porcion de vecinos que se calientan al mismo hogar.

—Sí, tío ; nuestro sistema se compone de un vecindario numeroso.

—¿Cuántos somos?

—Ciento y tantos ; pero vecinos decentes no somos más que ocho hasta hoy. Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. Los otros son planetillas de tres al cuarto, pedazos tal vez de algun planeta que estalló como una granada en la region comprendida entre Marte y Júpiter.

—¿Y qué categoría tenemos nosotros entre esas personas decentes?

—En tamaño, la quinta.

—¿Y en posicion, respecto al hogar?

La tercera : despues de Mercurio y Venus, somos los que mejor nos calentamos. Bajo este concepto, el pobre Neptuno, que se halla treinta veces más léjos que nosotros del Sol, es el que ménos luz y calor recibe.

—¿Treinta veces más léjos, Enrique?

—Sí, tío ; para los neptunianos, el Sol es como una gran estrella.

—¡Infelices! Pues ya necesitan leña para no helarse. Y como solidez, qué categoría tenemos?

—¡Oh, como solidez somos gente de mucho peso! A volúmen igual nadie más que Mercurio nos echa la pata.

—¡Nadie lo diría!

—¿Por qué, tío?

—Porque, para ser gente de tanto peso, hacemos por acá bastantes disparates.

—Eso es verdad.

—Y dime, Enrique, todos esos planetas ¿giran, como nosotros, alrededor del Sol?

—Todos, tío. Amen de otros astros nómadas que se llaman cometas, cuyas órbitas son tan prodigiosamente excéntricas ó alargadas, que hay algunos que nos visitan una vez cada cien siglos, y otros que no vuelven jamás.

—¿Pues á dónde van?

—¡Quién puede saberlo! Tal vez á otros sistemas ; tal vez esos cuerpos errantes son las mariposas del infinito, que van de sol en sol á bañarse en diferente luz, como nuestras mariposas van de flor en flor á bañarse en diferente aroma.

—Dios Omnipotente, ¡qué grande eres!—Y esas órbitas, ¿son círculos concéntricos?

—Sí, tío ; pero no en el mismo plano ideal. Figúrese V. un racimo de arcos enlazados que se cruzan en dos puntos, pero que en los otros se separan en ángulos más ó ménos abiertos.

—¿Y todos los planetas caminan en su respectiva órbita con la misma velocidad?

—No, todos siguen la ley del péndulo.

—¿Qué ley es esa?

—Una ley maravillosa que V. puede comprobar. En un péndulo, cuanto más larga es la cuerda ó varilla, más pausado es el movimiento ; cuanto más corta, más rápido.

—Efectivamente.

—Pues los planetas son péndulos sometidos á esa admirable ley. El Sol es el clavo que los sostiene, la cuerda la distancia que de él los separa. Cuanto mayor es ésta, más lentamente caminan, porque la fuerza de atracción es más débil, porque gravitan menos. Esto hace que unos echen en recorrer su órbita 87 y pico de nuestros días, como le sucede al pequeñuelo Mercurio, y que otros, como Neptuno, tarden en recorrerla más de 164 años.

—Es decir, que esos 164 años no componen allí más que uno.

—Sí, señor. Pero hay más, tío Anselmo : como el Sol no ocupa exactamente el centro de la órbita, sino uno de sus focos, un mismo planeta anda más ó menos de prisa, según que la distancia que le separa del lumínar atractivo es más ó menos grande. En el afelio, ó sea en el máximum de distancia, que para nuestra tierra es en el mes de Julio, va más lentamente ; en el perihelio, ó sea en el mínimum, corre que vuela.

—¿Y cuándo es para nosotros eso último?

—En el mes de diciembre.

—¿Cómo! ¿estamos en invierno más cerca del Sol?

—Sí, tío, estamos 1.200.000 leguas más cerca que en verano.

—¿Pero eso es un contrasentido! ¿Cómo hace entónces más frío?

—Porque en nuestro hemisferio los rayos solares caen más oblicuamente á causa de la inclinación del plano del Ecuador sobre el plano de la elíptica. Como esa inclinación es invariable, en Julio presentamos al sol el polo Norte, y en Diciembre el opuesto.

—A propósito de polos, Enrique : ¿son los dos helados?

—¿Por qué, tío?

—Porque recuerdo ahora que un poeta dijo una vez, comparando no sé qué cosa, «desde el ardiente hasta el helado polo.»

—Pues ese poeta no había saludado la cosmografía, ni siquiera la geografía, y al decir eso dijo un disparate garrafal.

—Eso me parecía á mí.

—Los dos son igualmente fríos durante la noche de seis meses que los envuelve.

—Y dime, Enrique : ¿todos los planetas tienen un satélite, una luna como la nuestra?

—No todos ; Marte, Vénus y Mercurio no tienen ninguna. En cambio, hay otros que las tienen á racimos.

—¿De veras?

—Júpiter tiene cuatro, otras tantas Urano y ocho Saturno. Este último tiene además un misterioso apéndice en forma de triple anillo.

—¿Pues apenas lleva cortejo! ¡Ocho lunas y un apéndice anular!... No podrán quejarse los saturnianos.

—Pues todo les hace falta durante sus inmensas noches.

—En resúmen : la máquina planetaria tiene por centro el Sol, que es un gigantesco globo inmóvil.

—Poco á poco, tío Anselmo ; inmóvil respecto á los planetas que giran alrededor suyo ; pero absolutamente, no. En el universo no hay nada inmóvil ; todo se mueve, y ese movimiento constituye la infinita armonía. Como la Tierra y los otros planetas el Sol gira sobre su eje ideal, y aunque estacionario respecto á nosotros, marcha arrastrando en pos de sí todo el sistema alrededor de un centro desconocido, con una velocidad de 7 kilómetros por segundo. Actualmente se dirige hácia un punto de la constelacion de Hércules?

—¿Y cuál puede ser ese centro?

—Otro sol más grande ó un grupo de ellos. De aquí resulta una cosa que va á dejarle á V. estático, tío.

—¿Cuál?

—Que desde que la Tierra existe no ha estado ni estará *dos veces* en el mismo punto del espacio. Moviéndose todo el sistema, la elipse que ella describe alrededor del Sol es una inmensa espiral que no tendrá fin.

—¡Que asombroso conjunto! Y el Sol que atrae á nuestro Sol, ¿tendrá á su vez otro centro atractivo?...

—¡Sin duda! ¡Y el otro, otro, y siempre más grande, y así hasta lo infinito!

—¡Es para caer de rodillas, Enrique! ¡Ay! ¿Qué somos junto á los colosales eslabones de esa cadena sin fin?

—¡Átomos humanos! La ciencia al romper los límites del antiguo firmamento, nos ha empequeñecido, ha humillado nuestro orgullo, tío de mi alma, y al mismo tiempo ha hecho más grande á Dios, si se me permite hablar así. Pero consolémonos : si por la talla somos animálculos microscópicos, el animálculo puede decir golpeándose la frente : «*algo soy todavía cuando por el espíritu, por la inteligencia puedo elevarme á la contemplacion de esa obra divina y comprender algunas de sus admirables leyes.*»

FEDERICO DE LA VEGA.

(Se continuará.)





## CORRESPONDENCIA DE PARIS

---

10 de Agosto de 1877.

**A**pénas hacía seis semanas que os había escrito, cuando se ha realizado un verdadero acontecimiento literario : M. Renan ha publicado el quinto tomo de sus *Orígenes del Cristianismo*. Era la intencion de su autor que este quinto tomo fuese el último, y expusiera la historia del cristianismo hasta el año 180 de nuestra era, época en que sobre poco más ó ménos termina el período legendario, y en que la historia eclesiástica puede ya fundarse en el testimonio de los Padres de la Iglesia. Pero la materia se ha dilatado de tal suerte bajo la pluma del escritor, que para acabar el trabajo se necesitará un sexto volúmen. No lo deploremos. El autor nos promete que no se hará esperar mucho tiempo. Despues podrá decir : *Exegi monumentum*.

El tomo IV (*El Anticristo*) concluía con el sitio de Jerusalem por las legiones de Tito y la destruccion del templo. Este se titula *Los Evangelios*, y comienza al dia siguiente del sitio de Jerusalem, terminando en el año 117, época de la muerte de Trajano y de la sublevacion de los judíos á las órdenes de Bar-Coziba, rebelion suprema que consumó la destruccion de la nacionalidad israelita.

En el momento de la toma de Jerusalem aún no es completa la separacion entre el judaismo y los discípulos de Cristo ; ántes, en la

comunidad judía es donde principalmente recluta partidarios el cristianismo. En la Judea, sobre todo, donde habitan los hermanos y parientes de Jesús, y abundan los discípulos de Pedro, el cristianismo no es todavía otra cosa, por decirlo así, que una secta judaica particular. Un curiosísimo estudio sobre la dispersion de los judíos por la Palestina despues de la toma de la Ciudad Santa, ocupa los primeros capítulos del libro de M. Renan. Los judíos ortodoxos, de los cuales saldrá más tarde el movimiento talmúdico, han buscado un refugio en las ciudades situadas entre el Jordan y el litoral; por el contrario, al otro lado del Jordan se han retirado las pequeñas comunidades cristianas; señalándose de esta suerte, ya una division que pronto debe terminar en un completo divorcio, y más tarde en guerra declarada.

Los Evangelios han dado nombre á este volúmen; y en efecto, la redaccion de los tres primeros, á los que se llama *sinópticos*, ocupa el lugar central del libro. M. Renan, modificando algo las ideas que había emitido al comenzar su trabajo, hace catorce años, piensa que los Evangelios de Márcos, Mateo y Lucas han sido escritos (poco más ó ménos en la forma en que á nosotros han llegado) entre los años 75 y 95 de la era moderna, siendo, por consiguiente, posteriores todos á la toma de Jerusalem. Para M. Renan, como para la mayor parte de los exegetas de nuestros tiempos, el Evangelio de Márcos fué el primero, y se redactó en Judea con arreglo á las tradiciones de los discípulos de Jesús, ó de hombres que directamente habían recogido aquellas. Con respecto á Mateo y Lucas, ambos conocieron el Evangelio de Márcos y de él hicieron uso. Mateo vivía tambien en Palestina, y si ha tomado de Márcos los principales hechos de su narracion, ha utilizado ademas algunas colecciones, hoy perdidas, de los discursos de Cristo. En efecto, lo que principalmente se propone darnos á conocer son estos discursos, y la doctrina del maestro le preocupa por lo ménos tanto como los acontecimientos de su vida. A esto se debe la superioridad del Evangelio de Mateo bajo el punto de vista cristiano, pues allí es donde irá á buscar la humanidad incesantemente el *Sermon de la montaña*, y tantas otras hermosas parábolas. Lucas fué el último de todos, y sirviéndose del Evangelio de Márcos, trabajó por su parte, sin conocer la obra de Mateo. Al paso que éste vivía en Oriente, Lucas moraba en Occidente, en el mundo helénico, y escribió en griego. Había sido discípulo de Pablo; estaba exento de toda influencia judaica, y advertíase en él el espíritu griego, hasta en su sentimiento artístico, que da á sus relatos particular encanto.

Tales son las conclusiones de M. Renan. A propósito de los Evangelios, ocurre otro problema de importancia, el del cuarto Evangelio, el Evangelio de Juan, tan distinto de todos los demás en su inspiración, y á veces hasta en su doctrina. M. Renan no ha olvidado este problema, que parece destinado á ocupar un lugar importante en el siguiente tomo. Con tal ocasión veremos sin duda una vez más las transformaciones operadas en las ideas de un sabio por detenidos estudios; espectáculo que no dejará de ser interesante. Léjos de censurar al autor por las variaciones de su pensamiento en asunto tan importante y delicado, hallo, por el contrario, en ello un motivo más para considerarlo y estimarlo. Cuando, hácia 1860, comenzó M. Renan á estudiar los orígenes del cristianismo, ya era seguramente un talento de los más ilustres y un erudito distinguido; pero en estos diez y siete años ha aprendido mucho; ha tenido que volver más de una vez sobre conclusiones en que había creído al principio que debía afirmarse; y le agradezco que no haya vacilado en quitarse á sí mismo la razón cada vez que ha creído ver la verdad en parte distinta de aquella en que ántes se le apareciera.

Cuando esta obra esté acabada (y ya veis que se acerca á su término) será, á no dudarlo, una de las grandes y nobles empresas de nuestro tiempo. Olvidaránse pronto las injurias con que fué acogida, para apreciar sus serias cualidades, y se acabará por reconocer que no la inspiró un pensamiento hostil al cristianismo. Quizá no tuvo nunca Jesús admirador más ferviente que este historiador respetuoso que, si no puede ver en él un Dios, ve, por lo ménos, el primero y el más verdaderamente «divino» de todos los hijos de la humanidad.

Ya sabeis con qué cuidado y con qué arte ha mezclado constantemente M. Renan la historia general del mundo antiguo con el desenvolvimiento del cristianismo naciente. Su admirable retrato de Neron, en el tomo del *Anticristo*, está en la memoria de todos. Una larga serie de emperadores desfila esta vez en su libro: Vespasiano primero, despues Tito, luégo el horrible Domiciano, Nerva más tarde, y, por último, Trajano. En el próximo tomo tendremos á Adriano, Antonino Pio, Marco Aurelio, Lúcio Vero y Cómodo. Nunca contempló pintor alguno modelos más soberbios, tanto en el vicio como en la virtud; porque era ley fatal de aquel poder sin medida y sin límite de los Césares, que ninguno pudiera ser mediocre en el mal ni en el bien. Os confieso que tengo verdadera debilidad por todos los capítulos que M. Renan ha dedicado al imperio romano; á pesar mio, me atraen todavía más los dueños del mundo que los oscuros continuadores de los Apóstoles, que forman lo que

el autor llama «la segunda generacion cristiana.» Falta en este volumen (y esta es su única inferioridad bajo el punto de vista literario) alguna gran figura cristiana, como lo fueron en los anteriores las de Jesus, Pablo, Pedro y Juan. Pero el autor puede responder, con razon, que no es culpa suya si tal figura no existe, y que no estaba en su mano crearla. Si los Clementes, los Linos ó los Ignacios de Antioquía no han igualado á los Apóstoles que les precedieron ni á los Padres de la Iglesia que vinieron más tarde, el historiador no puede ser responsable de ello.

No tengo para qué hablaros del talento de escritor de M. Renan. En este punto su reputacion está hecha hace mucho tiempo. No creo que tengamos á la hora presente ( hablo bajo el punto de vista del estilo ) un artista que pueda comparársele. Es una vergüenza que la Academia Francesa aún no haya consentido en admitirle en su seno. Hace mas de un mes tuvo que escoger la Academia entre un duque que ha pronunciado algunos interesantes discursos, y un zarzuelero, hombre de chispa, pero privado de todo sentido literario, que ha dado á la escena unas veinte piezas divertidas; ha escogido, no sin vacilacion, al zarzuelero. Hay en Francia un hombre que ha escrito quince volúmenes, todos igualmente notables por la elevacion del pensamiento y el esmero de la forma, y que es considerado en el extranjero como una de las glorias de nuestro país. Pues este hombre no es de la Academia Francesa. Se dirá que no lo solicita. Lo sé; pero ¿por qué lo hace? Porque, dadas sus ideas filosóficas y religiosas, sabe de antemano que no sería recibido en ella, como no lo han sido los Sres. Taine y About. En último resultado, á la Academia Francesa será á quien más perjudiquen estos ostracismos.

El período de agitacion política en que vivimos no es favorable para las letras. ¿Quién ha de interesarse en cosas de ciencia, de poesía ó de arte, cuando están en cuestion los destinos del país? Si fuera á hablaros de lo que nos ocupa, os hablaría de los periódicos cuya venta se ha prohibido en la vía pública, de M. de Fourton y de los prefectos, de las candidaturas oficiales, de los funcionarios republicanos destituidos, y nada más que de ésto. Ha sido necesario el nombre de M. Renan para que un libro como el suyo hallase lectores en estos tiempos; y aún así se ha hablado de él mucho ménos que en otra ocasion cualquiera. Si el libro no se hubiese acabado de imprimir el 16 de Mayo, estad seguros de que el autor hubiera retrasado su publicacion.

A estas mismas razones debemos la aparicion en las últimas semanas de una obra importante en dos tomos sobre el *Japon*, cuyo autor



es M. Jorge Bousquet, y que ha sido editada por la librería Hachette. M. Jorge Bousquet es un jóven de unos 35 años, y era uno de nuestros distinguidos abogados, cuando hace cuatro ó cinco años el gobierno del Japon, deseoso de introducir en aquel país el estudio del derecho francés, le propuso que se pusiera al frente de este ramo de la enseñanza. Aceptó M. Bousquet, y terminada su mision, acaba de regresar á Paris. Durante su estancia en el extremo Oriente, fué constante corresponsal del periódico *Le Temps* y envió á la *Revue des deux mondes* una serie de interesantes artículos que acaba de reunir, ó mejor refundir en una obra en que ha podido decir muchas cosas que naturalmente debía guardar para sí mientras ha durado su mision.

Todos los que se interesen por el Japon, por su historia y por su porvenir, leerán con gran aprovechamiento esos dos tomos, obra de un observador inteligente, concienzudo é imparcial, y cuya lectura es tan agradable como instructiva. La religion, la política, la organizacion administrativa, las costumbres, el arte y la literatura, las producciones del suelo, la riqueza, la industria y el comercio, todas las cuestiones están allí sucesivamente examinadas, con abundancia de exactos informes. Penétrase hasta en los más ocultos resortes de aquella civilizacion tan curiosa y refinada y por tantos conceptos diferente de la nuestra. Ahora bien: los valerosos esfuerzos hechos por el Japon en estos últimos años para asimilarse los descubrimientos del Occidente ¿llegarán á feliz resultado? Difícil es fallar sobre este punto, y en todo caso importa no desanimar la buena voluntad de aquellas gentes. M. Jorge Bousquet no puede disimular, sin embargo, que el trabajo es muy delicado y que los espíritus generosos que han acometido las reformas, hallarán muchos obstáculos en su camino. El autor ha regresado á Francia, pasando por Manila y las estaciones de la Oceanía, por lo cual llamo la atencion de vuestros compatriotas sobre algunos interesantes capítulos acerca de vuestras colonias del Océano Pacífico.

M. Octavio Feuillet acaba de publicar en la *Revue des deux mondes* una novela nueva en tres partes. No soy de los que admiran más de lo justo el talento algo travieso de M. Octavio Feuillet; pero no desconozco, sin embargo, la elegancia de su estilo y convengo en que tiene gran éxito con muchas de nuestras mujeres, á las que seduce con una mezcla de aventuras amorosas y honestas moralidades que les proporcionan el doble placer de saborear las emociones de la pasion y las lecciones de la virtud. ¿Es esta la verdadera y sana moral? Me permito dudarle; pero así gusta á muchos, y cuenta suya es.

*Los amores de Felipe* (tal es el título de la nueva novela) no aumentarán mucho, á lo que entiendo, la fama de su autor. Felipe es un buen muchacho de elevada clase (cosa que no hay necesidad de decir tratándose de personajes de M. Octavio Feuillet), y provisto de una prima rica y bella que le adora. Los padres sueñan en casar á los dos chicos, y lo mejor que pudieran hacer seguramente, sería casarlos desde luego; pero entónces no habría novela, ni la virtud obtendría el pequeño triunfo que es de rigor. Por consiguiente, el jóven Felipe se lanza al mundo y sucesivamente se enamora de dos mujeres: una artista y una mujer de mundo. La primera le deja plantado cuando él la ama todavía, y la segunda se agarra á él desesperadamente cuando ya no la ama y ha resuelto, con muy buen acuerdo, volver á su prima. Suprimo los incidentes. Sabed únicamente (y de ello no tendríais duda á buen seguro) que todo acaba con un casamiento para gloria y satisfaccion de la virtuosa primita. En suma, hay algunas lindas páginas delicadamente escritas, y el tomito es una lectura muy conveniente para un dia caluroso del mes de Agosto en camino de hierro, ó en la playa y á la sombra de una tienda.

Si el tiempo fuera á propósito para preocupaciones literarias, excitaría grandemente la atencion la novela titulada *El Nabab*, que publica en estos momentos M. Alfonso Daudet en el periódico *Le Temps*. M. Alfonso Daudet es, así como M. Emilio Zola, el novelista de moda entre los hombres que se acercan á los cuarenta años. Ambos son meridionales y tienen mucho talento; en esto se parecen. Pero las diferencias abundan entre ellos y ambos escritores forman un perfecto contraste. M. Zola busca la fuerza bruta y M. Daudet la gracia encubierta; aquél es un naturalista y un realista implacable; éste comenzó por publicar versos y aún le queda bastante de poeta; tiene sensibilidad y me atrevo á decir que á veces sensiblería; y al leerle se adivina que ha estudiado mucho á Dickens, el novelista inglés, y que trata de apropiarse sus procedimientos. En general, los hombres prefieren á M. Zola; pero las mujeres (y para un novelista vale mucho contar con ellas) son grandes admiradoras de M. Daudet. Por último, éste entrará en la Academia Francesa mucho ántes que M. Zola, si por ventura éste llega á entrar. Verdad es que dentro de cincuenta años de quien más se hablará acaso será de M. Zola.

Hará poco más de dos años que la novela *Fromont jóven y Risler mayor* hizo la reputacion de M. Alfonso Daudet. De esta misma novela hizo despues el autor una produccion dramática que el teatro

del Vaudeville representó con cierto éxito. El año pasado, la novela *Jack* obtuvo un éxito ménos popular, pero no ménos verdadero, entre los inteligentes.

*El Nabab* es hasta ahora más bien una serie de cuadros de la vida parisiense que una verdadera intriga. Los incidentes dramáticos vendrán, sin duda, despues. Estos primeros capítulos son una larga exposicion que nos transporta sucesivamente á todos los círculos de la gran ciudad, desde los más aristocráticos á los más humildes; son cuadros de género diseñados por mano tan firme como delicada. Pasa la historia al acercarse el año 1865, en la época más brillante de la dominacion imperial. Poco ántes de esta época, precisamente en el momento en que entraba en la vida parisiense y en la literatura, había sido M. Alfonso Daudet secretario del duque de Morny. Estaba, pues, bien colocado para observar, y ha sabido hacerlo.

Ha visto en carne y hueso los personajes que ha puesto en escena; los ha oido; sabe sus historias, que divulgaba la crónica escandalosa en aquellos tiempos de opresion de la prensa, en que dicha crónica estaba tan bien provista. Todo Paris ha conocido tambien á esos personajes y todo el mundo los designa por sus nombres verdaderos al leer la novela de M. Daudet. No os nombraré más que uno: el mismo duque de Morny, que figura en la obra con el nombre de Duque de Morx, y es de un parecido asombroso.

En suma, este libro nos promete un curiosísimo y picante estudio del Paris de hace diez ó doce años. ¿Tendrá para el resto de los lectores de las provincias y del extranjero el interes que tiene para nosotros los parisienses? No me atrevo á decidir sobre este punto.

Entre tanto, lo que temo es que este estudio sea muy largo; pues le veo con trazas de ocupar muchos tomos. Por lo demas, ahora están de moda en Francia las novelas largas. Deparan más número de líneas al autor y los editores de periódicos hacen su negocio prolongando un éxito cuando llegan á lograrlo. ¿Quién deja la suscripcion ántes de que la historia acabe, cuando ya ha empezado y gusta? Todo el mundo, desde los Malot y los Fabre hasta los Daudet, escriben novelas interminables. ¡Quiera Dios que no se introduzca entre vosotros esta moda deplorable! ¡Es tan difícil aún el hacer una buena novela en un tomo!

Los teatros están todavía de verano y viven principalmente del repertorio. El Teatro Francés ha puesto en escena con cierta solemnidad *El barbero de Sevilla* y *Andrómaca*. Mlle. Sarah Bernhardt, á quien una enfermedad tenía hace muchos meses apartada de la escena, ha obtenido en *Andrómaca* un éxito muy grande y merecido. En *El bar-*

*bero de Sevilla* el mayor éxito ha sido para dos de nuestros ministros del orden moral que el público descubrió, al uno (el duque de Broglie) en la primera representacion, al otro (M. José Brunet) en la segunda. El patio les hizo tal acogida que se metieron en el fondo de su palco y no se les ha visto más.

La Opera ha representado con pomposo aparato escénico *La reina de Chipre*, del maestro Halevy, que no se había puesto en escena desde 1858. Algunas páginas de esta partitura son soberbias. El conjunto ha envejecido y parece largo.

En suma, el «estreno» más interesante desde hace muchas semanas ha sido, en la sesion anual de la Academia Francesa, el discurso de M. Alejandro Dumas, encargado, en su calidad de director, de distribuir los premios á la virtud. Su disertacion, muy ingeniosa, llena de vivos rasgos, nada académica y pronunciada por un hombre que sabe hablar mejor todavía que leer, ha obtenido un éxito grandísimo, que no se han explicado por completo al dia siguiente los que no han hecho más que leer el discurso de M. Dumas, sin haberlo escuchado.

CHARLES BIGOT.




---

Madrid 15 de Agosto de 1877.

*Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.*

---

TIPOGRAF.-ESTEREOTIPÍA PEROJO

Mendizabal, 64